

ENTRÉGAME

TU

CORAZÓN



for you...

Maribel Martín

ENTRÉGAME TU CORAZÓN

Maribel Martín

Esta obra tiene todos los derechos reservados. No copiar ni reproducir sin el expreso permiso del autor.

Capítulo 1

—No me gusta.

Kristine puso los ojos en blanco y dio un sorbito de su zumo natural de aguacate y naranja mirando distraída al hombre que estaba discutiendo con lo que le parecía un mecánico sobre algo de la carrocería de su deportivo rojo.

—Parece rico —insistió, apartando la mirada del desconocido de pelo rubio y corto, espalda ancha y culo respingón—. Y tiene buen culo.

Anabel le lanzó un rápido vistazo al hombre antes de girar el cuello hacia ella con una sonrisa displicente.

—¿Por qué crees que es rico?

Kristine parpadeó y clavó la mirada en los ojos azules de su amiga.

—Por el coche.

—¿Y si es de empresa?

—¿Desde cuándo te da un coche así la empresa?

Las dos se miraron fijamente y finalmente Anabel se encogió de hombros, doblando el periódico que había estado leyendo hasta hacía un momento.

—No todas son nuestra empresa.

—No lo dudo.

Difícilmente podrían hacer mucho la competencia en mediocridad a la empresa de catering en la que trabajaban desde hacía cinco años, los mismos que llevaba fuera de la universidad.

—También tendría que ver el puesto de trabajo...

—¡Ajá! —le interrumpió Kristine señalándola indecorosamente con un dedo—. Lo que admites que si tiene un buen puesto de trabajo por el que se le ofrece ese cochazo de empresa, tiene que ganar una pasta.

—Eso no implica que sea rico.

—Pero sí que tiene un buen sueldo.

—Vale, aceptemos que tiene un buen sueldo —Anabel puso los codos sobre la mesa y le dedicó una media sonrisa condescendiente—. ¿Crees que eso lo es todo para ser una buena pareja?

Kristine dudó un segundo antes de responder pero cuando lo hizo también sonrió.

—Vale, no, pero tendrás que admitir que el dinero ayuda mucho en una relación.

Su amiga sonrió y sacudió la cabeza pero terminó apoyando la espalda en el respaldo de la silla.

—Al menos no es importante para mí.

—Vale, da igual que tenga dinero pero míralo.

Esta vez señaló con las manos al chico a través de los cristales y miró significativamente a su amiga. Anabel volvió a girar la cara para mirar la espalda del hombre que seguía discutiendo y señalando efusivamente algo insignificante en un lateral de la puerta del coche. Hasta Kristine pudo ver la manera casi imperceptible en la que Anabel enarcó una ceja antes de volver a girar el cuello hacia ella.

—Sí, tiene una espalda llamativa.

—Y un culo bonito.

—Sí —aceptó su amiga moviendo los dedos por la taza—, y un culo bonito.

Y se hizo un silencio que para Kristine pareció interminable mientras veía como la apatía de Anabel volvía a teñir su expresión.

—¡Eh! —estalló—. ¿Y ya está?

—¿Ya está sobre qué?

—¡El hombre! ¿Qué te parece?

—¿Qué quieres que te diga?

Anabel se encogió de hombros y Kristine respiró con fuerza.

—Tú impresión, Anabel, ¿te gusta o no?

—Sólo veo su espalda... y su culo —añadió con una irritante sonrisilla—.
Puede que sea un monstruo.

—El físico es lo que menos importa. Además tiene buen cuerpo
independientemente de su espalda y su culo. Míralo.

Esta vez Anabel no giró la cabeza hacia los cristales; se llevó la taza a los
labios y mantuvo la sonrisa.

—Sí, pero sigo sin verle la cara.

—¡Oh, vamos!

—Y antes de que continúes, es verdad que su aspecto no es algo importante
pero sólo tengo que ver como actúa por un estúpido coche para saber que su
personalidad da asco.

Kristine ladeó la cabeza para anotar un punto a la observación de su amiga. En
ese aspecto el chico fracasaba estrepitosamente como candidato a futuro novio
para Anabel.

—Pero...

—Tampoco tengo que salir para saber que es un chulo, demasiado pagado de sí mismo y posiblemente un déspota que opina que cualquier persona un rango inferior a él existe únicamente para servirle.

Kristine miró a su amiga alucinada, incapaz de llevarse el vaso a los labios y vio como Anabel daba otro sorbo a su café sin mirar nada en realidad.

—¿En serio? —logró decir sólo por el placer de oír su propia voz o ya puestos únicamente por decir algo, una chiquillada por ser la última en hablar.

—Además —siguió su amiga como si no la hubiera escuchado—, está casado.

Kristine giró el cuello mecánicamente para mirar la escena cada vez más grotesca del hombre casi escupiendo mientras le gritaba al otro que trataba de razonar con él.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó al final intrigada.

—Por el anillo.

—¿Anillo? —Kristine casi pegó la frente en el cristal para ver más de cerca la mano que el hombre no dejaba de mover efusivamente frente a la cara del otro y de varias personas que se habían detenido alrededor con curiosidad—, ¿de verdad distingues algo?

¡Era increíble la capacidad que tenía la mirada de Anabel! Kristine se dio cuenta que había apoyado las palmas de las manos en el cristal cuando su amiga carraspeó disimuladamente al acercarse una de las camareras y se apartó avergonzada.

—Obviamente no —admitió.

—¿Entonces?

Kristine entrecerró los ojos agarrando con fuerza el zumo ya olvidado.

—Es el capullo del que hablábamos Brad y yo esta mañana cuando preguntaste qué nos pasaba. Está casado, con una mujer que vale mucho más que él pero trata como si fuera una inútil descerebrada. Se comportó con Brad como si fuera un parásito que debía arrastrarse y lamer las migajas que se habían caído en sus brillantes zapatos.

¿Era en serio? Kristine miró a su amiga con los ojos muy abiertos y estuvo a

punto de que se le escurriera el largo vaso de entre los dedos aunque reaccionó a tiempo y lo dejó sobre la mesa.

—Vale, de acuerdo —aceptó al final con un movimiento desinteresado de manos haciendo sonreír a Anabel—. No sirve. Tendremos que seguir buscando.

—Deberías dejarlo, Kristy. Ya te he dicho que no quiero empezar ninguna relación nueva por ahora.

Kristine no insistió. La expresión taciturna de su amiga hizo que guardara silencio. Hacía ya tres meses que Jonathan, su marido, se había marchado y sólo un mes que le había enviado por correo los papeles del divorcio.

Tampoco habían ido muy bien los dos años de matrimonio, algo que no había ayudado los dos abortos que había sufrido Anabel y la exnovia de Jonathan, que no había dejado de envenenar su oreja desde el inicio de su relación y había terminado consiguiendo que él volviera con ella y abandonara a Anabel.

Kristine no había visto a su amiga más desolada que los primeros días de la ruptura, cuando Jonathan se había ido de la casa que compartían pero el optimismo de Anabel la había llevado a seguir adelante y fingir que su vida no había cambiado. Todos admiraban su fuerza de voluntad y hasta Kristine escuchaba los típicos comentarios de no te merece, ya encontrarás alguien

mejor o él se lo pierde y, aunque Kristine opinaba igual, se habría mordido la lengua antes de hacer alguno de esos comentarios. Anabel no lo llevaba tan bien como aparentaba y mucho menos era tan fuerte. Siempre había dependido de alguien y tras la muerte de sus padres se había volcado en su relación con Jonathan. Y ahora estaba sola. Kristine la había descubierto algunas veces llorando y en los peores momentos había confesado que lo echaba mucho de menos, que lo necesitaba y que no quería seguir viviendo sin él.

Anabel tenía veintiocho años, los mismos que ella pero a diferencia de su amiga, Kristine era independiente y se negaba a compartir su espacio con un hombre. Sus relaciones eran esporádicas y generalmente no duraban demasiado. Kristine estaba bien como estaba pero Anabel no y el miedo a que pudiera decidir cometer una locura la había llegado a decidir encontrarle un nuevo amor, algo que Anabel había catalogado de imposible y locura pero le había dejado hacer lo que quisiera y Kristine llevaba una semana buscando al candidato perfecto para su amiga.

—¿Y no has visto ningún cliente que llame tu atención?

Y era tozuda. Anabel lo sabía así que se limitó a sonreír y suspirar.

—¿Por qué en vez de buscarme un hombre a mí, no buscas uno para ti?

La cara de Kristine tuvo que ser todo un espectáculo porque Anabel se echó a

reír con ganas.

—Ni en broma.

Eso lo dices ahora pero llegará un momento...

Kristine la miró espantada.

—Dios mío, comienzas a hablar como una vieja.

—Ríete, ríete, adelante, pero llegará un momento que te diré ese molesto "ya te lo dije"

—¡Oh, vamos! —Kristine puso los ojos en blanco—. No es no. No estoy interesada.

Ni en broma iniciaba una relación en la que posiblemente sufriría.

—Ya, ya.

—Además, soy muy exigente.

—Deja que adivine —rió Anabel—. Alto...

—Por lo menos más que mi metro setenta para no desentonar.

Y se permitió asentir con la cabeza para dar mayor énfasis a sus palabras.

—Guapo...

—No me gustan los monstruos.

Esta vez le dio un sorbito a su zumo e ignoró la sonrisa divertida de su amiga.

—También existen los normalitos. Y de esos abunda el mundo.

—No doy el brazo a torcer.

—Cabezota...

—Lo sé.

Las dos sonrieron.

—Y rico.

—Entre otras cosas, sí.

Anabel sacudió la cabeza.

—Cuando te enamores de verdad te recordaré tus tonterías.

—Ja, ja.

Las dos volvieron a sonreír.

—Hora de volver al trabajo —informó Anabel consultando la hora en el móvil.

—De acuerdo. Yo no entro hasta dentro de una hora. Nos vemos en un rato.

Kristine vio como Anabel se levantaba, dejaba su taza en el mostrador y se

despedía del camarero antes de sacudir la mano acercándose a la puerta. De improviso, Kristine giró medio cuerpo en la silla y se puso casi en pie.

—Eh, vete mirando a los chicos que entren a la tienda.

—¡Cállate!

Kristine se echó a reír, ignorando a los que le lanzaban miradas no tan disimuladas.

Esa era otra de sus peculiaridades. A Kristine le daba igual lo que los demás pensaran de ella. En sus veintiocho años de vida había comprobado con desagradables experiencias que daba igual lo que los demás pensaran de ella. No servía de mucho excepto si uno quería amargarse la vida con cosas sin importancias. Tal vez por eso tampoco tenía muchos amigos pero podía presumir que eran los mejores.

Se levantó con desgana, apurando el resto del zumo y salió de la cafetería despidiéndose de John con una mano, quien le respondió de la misma manera desde la barra, preguntándose si él no hubiera sido un buen pretendiente para Anabel si no fuera porque ya estaba casado.

Caminó tranquilamente hasta el aparcamiento, deteniéndose un momento

cuando escuchó el sonido de llamada de su teléfono y lo buscó en el bolso, aceptando la llamada al comprobar que se trataba de Helen, su jefa.

—¿Helen? ¿Ocurre algo? —saludó echando el bolso al hombro y siguió caminando sin prestar atención de por donde lo hacía, fijándose a medias y sin darle mayor importancia a la cinta de seguridad rota que había en el suelo.

—¿Tienes algo que hacer ahora?

—¿Ahora? —preguntó Kristine apartando un momento el móvil del oído para comprobar la hora y descubrir con fastidio que aún tenía casi una hora libre antes de entrar a trabajar y ya se imaginaba a qué se debía la llamada—. No, supongo que no...

—¿Entonces te importaría venir ahora al trabajo? El hijo de Jessica se ha puesto malo y ha tenido que llevarlo a urgencias y estamos justos de personal.

Bueno, era lo que esperaba.

—Sí, enseguida estoy...

Todo sucedió muy deprisa. Ni siquiera llegó a terminar la frase. En lo que tardó un parpadeo, Kristine había dado un nuevo paso y escuchó un grito desde

algún punto alto del andamio que tenía al lado. Estaba segura que levantó la cabeza para ver como algo se desprendía del edificio en construcción y como su cerebro procesada a cámara lenta que debía correr y apartarse.

Posiblemente no lo hubiera logrado a tiempo pero antes de que su cuerpo se moviera solo o llegara a sentir como lo que fuera que caía la golpeaba, alguien tiró de ella, empujándola bruscamente a un lado y cayeron al suelo con un impacto tan fuerte que Kristine tuvo que apretar los dientes para no gritar de dolor.

Capítulo 2

—¿Estás bien?

Lentamente abrió los ojos, sin acordarse del momento en que los había cerrado y miró al hombre que tenía sobre su cuerpo y quien sostenía su cabeza en las manos, seguramente las que habían evitado que su nuca golpeará los escombros del suelo y aquello hubiera tenido el mismo desenlace que si hubiera esperado a que las piedras del tejado cayeran sobre ella.

Era guapo y fuerte. Había sostenido y movido su cuerpo como si fuera un saco de paja y Kristine podía notar sus duros músculos rodeando todo su cuerpo. Su rostro era notable, aunque en lo primero que se fijó fueron sus ojos, de un

verde lima tan intenso que por un segundo la dejaron sin respiración. También tenía una piel ligeramente bronceada y a esa distancia, casi rozando sus sugerentes labios, podía distinguir las diminutas arruguitas bajo los ojos. También tenía una barba de dos días que le daba un aspecto más de salvaje que de desaliñado.

—¿Señora? ¿Se encuentra bien? ¿Se ha golpeado con algo?

Kristine parpadeó, recuperando la compostura y trató de incorporarse, dándose cuenta que él lo hacía a la vez para darle espacio para levantarse pero cuando trató de ponerse en pie sintió un fuerte dolor en el tobillo que le atravesó toda la pierna derecha haciendo que perdiera el equilibrio y hubiera vuelto a caer si los brazos del mismo hombre no la hubieran sostenido otra vez.

—¿Te duele algo?

—Mi tobillo —logró decir con una mueca de dolor, aferrándose indecorosamente al cuello del desconocido.

—Will, ¿estás bien? ¿Ha ocurrido algo?

Kristine vio como otros hombres con ropas típicas de obras y bastante

cubiertos de polvo y barro corrían hacia ellos y se detenían mirándolos con cierta preocupación.

—Yo estoy bien. Ella parece que está herida. Norman, ¿puedes ayudarme a sostenerla? Voy a revisar su pie. Logan, las llaves del coche están en el bolsillo de mi cazadora, ¿puedes acercarlo hasta aquí?

—Sí...

Kristine en silencio vio como los hombres obedecían y como pasaba de unos brazos a otros sin dejar de mirar a quien parecía llamarse Will que se arrodilló frente a ella y agarró su pie, moviéndolo con suavidad.

—¡Ah!

Los ojos de él se levantaron para mirar los suyos y Kristine volvió a experimentar esa sensación electrizante que recorría todo su cuerpo y que nunca había experimentado antes.

—Duele, supongo.

—Sí.

—¿Puedes caminar?

Ni siquiera lo intentó. Le daba demasiado miedo volver a sentir aquel dolor que recorría toda su pierna.

—No.

Como respuesta, Will miró detrás de ella cuando un coche a su espalda se acercó hasta ellos y levantándose, la agarró en brazos por sorpresa y antes de que ella tuviera tiempo a reaccionar —y a pararse a pensar en los kilos que englobaba su metro setenta pese a que a simple vista era una persona delgada — ya se encontraba tumbada en los asientos traseros del vehículo.

—¿A dónde me llevas?

—Al hospital.

—¿Qué? —Kristine miró espantada la nuca de la maraña de pelo castaño de Will que se sentaba en el asiento del conductor—. No, no puedo. Tengo que ir a trabajar... — Miró desesperada a su alrededor como si esperase que por arte de magia apareciera su móvil—. Mi teléfono...

Uno de los hombres miró por el suelo y se acercó hasta ellos con el teléfono que estaba apagado y con la pantalla completamente rajada.

—Lo siento —se disculpó el hombre mientras daba un paso atrás y se inclinaba en la ventanilla de Will.

—La llevo al hospital. Parece un simple esguince pero es mejor prevenir.

—De acuerdo. Te llamo luego.

Will cabeceó para asentir y arrancó.

—Espera, espera. Se me ha roto el móvil y...

—Algo bueno —dijo él de pronto en un tono de voz más severo.

—¿Cómo dices?

Kristine enarcó una ceja, contrariada, pero desvió la cabeza cuando volvió a coincidir con la eléctrica mirada de aquel hombre en el espejo que también la había mirado.

—Nos hubiéramos ahorrado este incidente si no hubieras estado mirando el móvil.

El colmo...

—¿Ahora es culpa mía que casi me mate?

—Entrar a una zona restringida y sin la protección adecuada, sí. Para eso están las cintas y advertencias. No son de adorno. Pero supongo que estabas demasiado ocupada con el móvil como para...

—No, disculpa —protestó irritada inclinándose hacia delante y arrepintiéndose un segundo después al mover el tobillo a la misma vez. Volvió a quedarse completamente inmóvil—. Yo no vi nada que me impidiera pasar —¿No había visto una cinta de advertencia rota en el sueño?—. No había nada. Así que la culpa es vuestra. Puedo denunciaros.

—Adelante —dijo él con ese tono de seguridad tan irritante.

El resto del trayecto los dos permanecieron en silencio y cuando por fin llegaron a la sala de urgencias, Will no volvió a pretender llevarla en brazos, sino que se adelantó un momento y tras hablar con alguien del personal del

interior, salió junto a un chico que llevaba una silla de ruedas.

Los dos la ayudaron a bajar y mientras ella era conducida a un box independiente con separación de cortinas, él se acercó al mostrador a rellenar los pertinentes papeles del seguro sin que ella pudiera evitar que los gastos pasaran a él. Tampoco hizo mucho para que no lo hiciera. Había sido culpa de él, de su empresa o de quien hubiera organizado aquella dichosa demolición, obra o lo que fuera, así que lo mínimo que podían hacer era pagarle su estancia en el hospital pero no pudo pasar por alto la manera en la que las dos chicas del mostrador coqueteaban con él.

—Asombroso —murmuró echando un vistazo desde su posición al hombre que después de todo había salvado su vida. ¿Debía agradecerle? Una parte de su cerebro le obligaba a estar agradecida, la otra le decía ser rencorosa por su comentario pero la parte más intensa era la que no podía evitar aceptar que había algo extraño en la manera en la que reaccionaba todo su cuerpo cuando sus miradas se encontraban. Vio como una de las recepcionistas se inclinaba hacia él para decirle algo de manera confidencial y Kristine apartó la cabeza asqueada—. Esto es de locos —murmuró tapándose casi la totalidad de la cabeza con la sabana para no tener que seguir mirándolo. Al menos el dolor molesto aunque no tan punzante como cuando movía el pie, le ayudaba a no pensar en cosas innecesarias. Sólo cuando escuchó como se movía una de las sillas de plástico hasta su lado en la cama, volvió a destaparse y miró directamente a los ojos de aquel hombre quedando sin aliento por un momento.

—Te atenderán en un momento.

—Sí, gracias.

Por un momento Kristine creyó que Will diría algo más pero no lo hizo; cruzó las piernas y miró a su alrededor como si la situación fuera de lo más normal y si ella pensó en algún momento hablar, ya fuera únicamente para destruir ese desagradable silencio que se había creado entre los dos en un espacio tan reducido, al menos buscar las palabras que no sonaran ofensivas para pedirle que se fuera y la dejara sola, se acordó de pronto de su trabajo y se inclinó para buscar en el bolso que le habían entregado tras caer al suelo y donde había guardado el móvil.

—¿Qué haces? —se interesó él frunciendo el ceño y levantándose para impedir que ella siguiera moviéndose—. Han dicho que no hagas movimientos bruscos hasta que no te examinen.

—Necesito el móvil. Tenía que entrar a trabajar ahora.

Hizo un nuevo ademán de agarrar su bolso pero Will fue más rápido y se lo alcanzó, dejándolo sobre la cama y ella comenzó a rebuscar desesperadamente. Cuando lo encontró, rezó para que encendiera.

—Sí no funciona puedo dejarte el mío...

Kristine ni lo miró.

—No me sé los números de memoria... ¡Sí!

Vio como en la pantalla aparecía la imagen de inicio y con la misma impaciencia esperó a que terminara de cargar y le saltara la notificación de varias llamadas y mensajes de su jefa y Anabel y aceptó la llamada entrante que en ese momento comenzaba a sonar estridentemente.

—¿Kris?

—¡Anabel!

—¿Qué es lo que ha pasado? —parecía angustiada—. Helen está a mi lado y dijo que te oyó gritar antes de que se cortara la comunicación... ¿Estás bien?

—Sí, estoy en el hospital...

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado? Voy ahora para...

—No. Estoy bien, de verdad, sólo es un esguince —Puso los ojos en blanco y miró de reojo a Will que sin pretender siquiera que no escuchaba la conversación, la miraba fijamente, muy serio. Kristine se revolvió incomoda —. Además, Helen ya está en problemas sin Jessica como para que faltes tú también. Además... —murmuró de pronto entrecerrando los ojos pero sin volver a mirar a Will. Tal vez había encontrado algo interesante en el camino... Y si comenzaba a creer en el destino, posiblemente William había sido alguien que tenía que encontrar y conocer ahora que necesitaba un novio para Anabel... Apartó el teléfono de la oreja y lo apretó en la mano—. Perdona... Will —sonrió tratando de parecer simpática aunque la expresión de él no cambió—, Hmmm, ¿tienes algo que hacer ahora?

Bueno, era algo atrevido para soltárselo a alguien que acababa de conocer pero la intención y el propósito lo justificaba.

—No.

Por la pausa que hubo antes de responder, Kristine estuvo segura que iba a decir otra cosa diferente a su ruda negación. Incluso la manera en que la observaba era inquietante. Kristine volvió a revolverse nerviosa y necesitó carraspear para seguir hablando.

—¿Te importaría esperar a que me venden el tobillo y acercarme a casa?

Siempre podía coger un taxi o llamar a cualquier otro de sus amigos pero eso implicaría que se despediría para siempre de ese hombre y su plan de averiguar si era el candidato perfecto para Anabel se iría por el desagüe.

—¿No tienes a nadie que pueda hacerlo?

¿Era incomodidad lo que se percibía?

—No tengo familia —admitió sin pensarlo demasiado. Era un tema que ya había superado. Se había quedado huérfana a los once años y sin familiares que se hicieran cargo de ella, había pasado de un hogar de acogida a otro hasta cumplir la edad en la que pudo pedir la emancipación. Desde entonces había vivido sola. No pretendía dar lastima pero por la manera que la expresión de Will se suavizó y pudo percibir cierta calidez en su fría mirada verde, consideró esa idea como otra cualquiera para conseguir sus propósitos.

—¿Y amigos? ¿Novio? ¿Pareja?

Kristine sacudió la cabeza.

—No tengo muchos amigos y los que tengo están trabajando —Puso los ojos en blanco—. No tengo novio —ni lo necesito— y pareja lo mismo.

—Ya, comprendo.

Su voz era áspera, con un tono grave y Kristine sentía que podía acariciarle la piel con ella... Se quedó completamente paralizada y se obligó a mover el tobillo para que el dolor la pusiera los pies en la tierra. ¿En qué demonios estaba pensando?

—Pero si tienes algún otro compromiso... Seguramente a tu pareja no le haga mucha gracia que llegues tarde y...

—Vivo solo —soltó igual de bruscamente que con la negación anterior y desvió la cabeza como si de pronto estuviera molesto—. Me quedaré.

Bueno, algo era algo.

—Gracias...

Capítulo 3

No conocía a Kristine Hersen y para William su presencia no era muy

agradable.

No tenía nada en contra de la mujer. De hecho, acababa de conocerla pero exceptuando a sus amigas y los miembros femeninos de su familia, ninguna mujer era bien considerada para él.

Hacía años que una mujer le había destrozado el corazón y posiblemente desde entonces simplemente había dejado de tener sentimientos románticos por nadie.

No los quería, no los necesitaba y realmente diez años después podía asegurar que se encontraba muy bien tal y como estaba, mimando a sus dos sobrinos, comiendo frecuentemente con su familia, dedicándose exclusivamente al trabajo, algo de lo que se sentía muy orgulloso después de que la empresa de arquitectura hubiera tenido tan buena apreciación desde los comienzos. No necesitaba ninguna complicación más en su vida y realmente no tendría que haberla habido.

Incluso habiéndola ayudado, la idea era esperar a que confirmasen que no tenía ninguna lesión más grave de lo que parecía, hacerse cargo de los gastos del hospital y tratamiento aunque había sido negligencia de ella cruzar por un camino cortado y sin la protección necesaria pero hacer eso era lo mínimo que podía hacer por alguien que había tenido un accidente en la zona de su trabajo.

Era verdad que no había entrado en sus planes llevarla a casa pero algo en su historia le había conmovido y aunque en otras circunstancias se hubiera negado completamente, se había encontrado aceptando llevarla a casa, a una casa tan vacía como la de él pero de alguna manera ésta se le antojaba solitaria. ¿Esa era la impresión que daba la casa de alguien que no tenía nada de familia?

Echó un vistazo a Kristine que se movía torpemente con las muletas por la casa y no dejaba de quejarse por tener que usarlas.

—Si ya estás en casa me iré.

Will se dio la vuelta.

—Espera...

Kristine no llegó a terminar de hablar, soltando un nuevo gritito de dolor y otra maldición en voz baja pero no lo suficiente para que él no llegara a escucharla. Cerró los ojos con ansiedad y se giró para volver a mirarla.

—¿Qué?

—No te vayas tan rápido... No... —pareció dudar mirando a su alrededor

como si buscara una excusa para retenerlo allí y Will se odió por no ser capaz de fingir que no se daba cuenta de que claramente trataba de que alguien se quedara con ella, posiblemente porque no quería quedarse sola.

—Puedo hacerte la cena —se ofreció haciendo un gesto con la cabeza hacia su cocina.

—¿Sí? —preguntó entusiasmada—, pero quédate a cenar conmigo.

—¿Qué?

Ella lo miró con los ojos muy abiertos y notó como el rubor teñía sus mejillas y maldijo para sí mismo.

—Has dicho que no tienes novia...

Joder... William se giró completamente y se acercó al frigorífico con los hombros tensos. Si aquello era la nueva táctica para conquistarlo, él comenzaba a envejecer o se había vuelto un sentimental pero iba a arrepentirse después si resultaba una táctica de aquella chica. Le gustaba ser claro desde el principio con cualquier mujer que se le acercaba de manera romántica. Podría haber sexo, al menos si la chica le gustaba lo suficiente pero nada más. No quería más complicaciones y aquella mujer ya era en sí misma un problema.

Con un suspiro resignado abrió el frigorífico y frunció el ceño, sorprendido, y sin soltar la puerta giró el cuello para mirar la sonrisa de la chica que parecía tratar de ocultar el interés divertido que tenía por ver su reacción cuando comprobara que allí dentro sólo había vegetales o derivados.

—¿Vegetariana? —preguntó con rigidez.

Ella amplió la sonrisa y Will volvió a suspirar pero esta vez fue de amargura. No estaba seguro a qué nivel estaba su compasión pero nunca se había planteado cambiar su dieta y mucho menos a algo tan poco apetitoso como lo que se veía en esos envases.

—No soy vegana así que también hay huevos.

Will sacó lo más conocido que encontró en el frigorífico y preparó unos huevos con ensalada y tofu y puso la mesa para dos, buscando todo lo necesario en los armarios o escuchando las indicaciones de Kristine que se había sentado en la mesa del comedor y no perdía detalle de todo lo que hacía.

—Y después tengo que irme.

—Sí... —aceptó ella como a regañadientes con una expresión abstraída

mientras pinchaba el tenedor y esparcía el huevo.

—¿No te gusta?

—¿Hm? —Ella pareció volver del lugar donde se encontraban sus pensamientos y un segundo después sonrió—. Oh, sí... A todo esto... ¿A qué te dedicas?

—Soy arquitecto.

—Vaya. Eso está muy bien.

William entrecerró los ojos.

—Me gusta mi trabajo.

—A mí el mío no —soltó ella sin borrar la sonrisa.

—¿A qué te dedicas?

—Bueno... —pareció dudar y reanudó el desmenuzamiento del huevo—,

trabajo para una empresa de catering... Con eso ya te lo digo todo.

—¿Te gusta la cocina?

—Me gusta cocinar —admitió ella con una nota que destilada melancolía aunque parecía estar acostumbrada a borrarlo con una sonrisa.

—Pero no en ese tipo de lugar.

—No soy la encargada de cocina. Digamos que me encargo de atención al público y preparar los pedidos... de una comida ya hecha por alguien más... — Sí, había melancolía y resignación. Will no sabía lo que era trabajar en algo que no le gustase. Siempre había hecho lo que había querido y por ahora seguía dedicándose a ello pero posiblemente ella no había tenido muchas opciones de ser selectiva con el trabajo. No tenía el respaldo de unos padres que la apoyarían económicamente hasta que pudiera escoger algo de su gusto mientras trabajaba en algo más mediocre—, pero no hablemos de mí. ¿Tienes familia?

—¿Es necesaria esta conversación?

Kristine se encogió de hombros, posiblemente para restarle importancia.

—¿Por qué no?

—No me gusta hablar de mí mismo.

—¿Eso no es muy triste?

William la miró en silencio y ella sostuvo la mirada, un momento, antes de que Kristine apartara la mirada con lo que a Will le pareció un estremecimiento.

—Será mejor que me vaya.

—¿Ahora? —Ella pareció escandalizada y él se detuvo alarmado a medio camino de levantarse.

—Sí, tengo que irme.

Era su imaginación... ¿O ella trataba de retenerlo?

—Ya... Pero me duele mucho el pie.

—Y te seguirá doliendo hasta que no te tomes los analgésicos que te ha dado

el médico.

—Sí, sí —¿Estaba escuchando algo?—, pero no puedo andar bien.

William enarcó una ceja.

—Para eso están las muletas...

Aquella conversación era tan inverosímil.

—Claro —hasta asintió con la cabeza— pero ahora estoy muy dolorida.

Los dos volvieron a mirarse fijamente y William entrecerró los ojos, desconfiado.

—¿Y qué quieres que haga yo?

La sonrisa de ella esta vez fue espléndida.

—¿Puedes ayudarme a llegar a la cama?

Capítulo 4

—No deberías haber venido a trabajar —le reprendió Anabel por décima vez desde que había entrado a las seis y media de la mañana.

—A Helen le hubiera dado un infarto si no aparezco yo después de que Jessica necesitara días libres por el ingreso de su hijo.

—Podía haberme encargado de todo en tu lugar —refunfuñó su amiga.

—Me sirven las gracias.

—No voy a darte las gracias por venir a trabajar herida solo para ayudarme.

—¡Sólo! Y sólo es un esguince, por el amor de Dios. Cualquiera que te oiga dirá que me estoy muriendo.

Anabel bufó, salpicando en uno de los envases de plástico reciclado la ración de una especie de pasta pringosa de color crema en cuya etiqueta tenían que poner que era puré de patata.

—Casi te matas.

—No fue a propósito. Creo que ya te lo dije.

Y realmente se lo había dicho tres veces. ¿O habían sido cuatro?

—¿Qué demonios hacías en medio de una obra de construcción?

—No me fijé —protestó a la defensiva—. ¿No se supone que esas cosas tienen que estar protegidas con algo?

—Y las pasaste por alto.

—No lo hice... A ver, Ana, ¿no crees que si hubiera una valla ya sólo al chocarme me hubiera dado cuenta que no podía pasar?

Anabel sólo sacudió la cabeza, sin responder a eso, aunque Kristine creyó escucharla balbucear algo, posiblemente nada agradable, así que decidió pasar por alto el comentario de su amiga sobre su ineptitud para prestar atención al entorno y se acercó a ella con la ayuda de una muleta y le dio un abrazo rápido, consiguiendo que Anabel volviera a balbucear algo más y

Kristine se echó a reír.

—¡Algún día te vas a arrepentir de tus tonterías!

—No seas pájaro de mal agüero —siguió riendo ella mirando con desagrado el puré—. Además, gracias a eso te he encontrado al candidato perfecto.

—¿Candidato?

—Sí —Kristine puso los ojos en blanco—, tu novio.

La expresión de Anabel fue lo único que necesitó para comprender que su amiga comenzaba a creer que se había vuelto loca. No es que ella descartara la idea; sencillamente no le importaba ser un poco... diferente fuera cual fuera el tornillo que se le había desenroscado, pero no fue suficiente para que no se apoyara en la encimera de poliuretano gris y sonriera misteriosamente a su amiga.

—No empecemos —le advirtió Anabel girándose hacia ella con una ceja levantada.

Kristine puso los ojos en blanco.

—¡Pero si es perfecto!

Y vaya que si lo era. Sólo había necesitado sonsacarle alguna información, una que le había costado bastante conseguirla, para saber que no tenía defectos. Al menos no unos sin solución o fáciles de convivir y... Vale, no había nadie perfecto pero aquel hombre era el perfecto para Anabel. Tenía que serlo.

—Claro, como el mamarracho de ayer.

—¿Quién...? —A Kristine le costó acordarse del tipo borde con el buen culo que había visto ayer en la cafetería e hizo una mueca de disgusto. Aquel tío había sido un chasco—. Ah, ése.

—Sí, ése. Y si quieres que comience a decirte el por qué hubo que desestimarlo...

—No, no. Ni comparación.

—Kris...

—Es guapo.

—Puede que lo sea pero...

—Tiene dinero.

—¿Lo dices por el coche?

—¡Cochazo! Pero no. Lo digo porque es arquitecto, tiene su propia empresa y ha llevado la construcción de varios edificios del gobierno del país.

Aunque eso último lo había investigado por Internet después de que no hubiera manera —ni excusa— para retenerlo más tiempo en su casa.

—¿Arquitecto? ¿Y cómo sabes todo eso?

El movimiento de la mano de Ababel se detuvo de rellenar los envases con el puré y pareció hacer un repaso mental de todos sus conocidos —o los de ella — para encontrar un arquitecto entre ellos pero no pareció tener mucha suerte porque arrugó la frente y la miró desconfiada.

Kristine sonrió encantada.

—Es el tío de la obra en la que me lesioné el pie.

Esta vez no sólo fue la frente la que se arrugó. Ababel la miró asombrada.

—¿Has interrogado a un desconocido después de haber estado a punto de matarte?

—Él me salvó la vida. No sé lo que hubiera ocurrido si no llega a apartarme de la trayectoria de aquello...

Kristine sintió un escalofrío pero lo apartó de golpe. No solía mantener las emociones negativas mucho tiempo. Sabía que la hundirían aunque el motivo por el que William se había quedado tanto tiempo en su casa era porque sentía lástima por ella. Lo había visto reflejado en su mirada, esos ojos tan intensos que la incomodaban. Hasta ahora no le había gustado que los demás sintieran lástima por su vida. Puede que no fuera la mejor vida del mundo pero había peores, había circunstancias peores y había crecido con la mentalidad positiva de conformarse y valorar lo que tenía, no llorar y vivir lamentando lo que no tenía o había tenido. Ni siquiera sentía curiosidad por saber quienes eran sus verdaderos padres. Si la habían abandonado era porque no la querían y si no la querían, ella no tenía por qué pensar ni en ellos. Ni buenos pensamientos ni malos, pero era la primera vez que no le importaba que sintieran lástima por ella si podía sacar beneficio por ello.

—Peor aún me lo pones.

—A ver, que le pedí que me acompañara a casa.

—¡Tú estás loca! ¿Y si era un chiflado? ¿Crees que puedes invitar a tu casa a cualquiera?

—Me había salvado la vida.

Anabel sacudió la cabeza.

—¡Eres una irresponsable!

—Entonces mejor no te cuento sobre el momento en el que le pedí que me llevara a la habitación...

—¡Kristine!

Kristine se echó a reír con ganas y tras unos instantes en el que su amiga trató de mantener una expresión enfadada, sonrió también y la amenazó con el enorme cazo con el que estaba repartiendo hasta hacía un momento el puré de patata.

—Es guapo, tiene un buen trabajo y de seguro que tiene dinero. No sé... No parece de esos tíos solteros que pasan de fiesta en fiesta. Diría que está completamente entregado a su trabajo.

—Ahora eres detective.

Kristine puso los ojos en blanco.

—Por lo que decía, Ana, por lo que decía.

—¿Y no has pensado que podría ser un obsesivo por su trabajo? ¿Para qué quiero a alguien que ya se ha casado con su trabajo?

—No exageres. Además, ese vicio se lo podrías quitar enseñándole que hay algo mejor en su casa... —esta vez sonrió traviesa—, en su cama... —cantó.

Anabel puso los ojos en blanco incapaz de borrar la sonrisa.

—Estás loca.

—¡Vamos! ¡Dale una oportunidad! Te gustará.

—Ya, claro, según tú el hombre perfecto.

—¡Eso es!

—¿Y debo suponer que alguien tan perfecto no está comprometido con alguien?

—¡Eso es lo mejor! ¡Soltero y sin ningún tipo de compromiso!

—Ya —volvió a usar ese tonito insufrible de desconfianza—. Y ahora voy yo y me lo creo.

—¡Es verdad!

—¿Lo dices porque él te lo ha dicho?

—Bueno... —titubeó Kristine de pronto contagiándose de la desconfianza de su amiga—, sí.

—¡Ajá! —exclamó Anabel satisfecha, retomando el monótono movimiento de rellenar los envases con la comida—. ¿Y qué decimos sobre eso?

—Bueno...

—Que nunca hay que tomar por válida la palabra de un hombre.

—Sí, bueno...

—No seas ingenua, Kris. Ese hombre te ha engañado. Si te descuidas hasta está casado y tiene dos críos en casa.

Capítulo 5

William farfulló de nuevo algo sin sentido y volvió a prestar toda su atención a las hojas del nuevo proyecto que le habían pedido aquella mañana para construir un edificio de grandes almacenes en un terreno a las afueras de la ciudad.

Era algo que había estado deseando hacer desde hacía meses pero en aquel

momento no tenía la cabeza ni para pensar en leer lo que ponían las hojas.

Frustrado, cerró los ojos y dejó los papeles sobre la mesa cerca de los documentos que había pedido a la empresa encargada de preparar las medidas de seguridad pertinentes en el trabajo que estaba realizando en ese momento y que en su opinión, tras investigar lo ocurrido con Kristine, consideraba mediocre y deficiente y había pedido a su abogado que iniciara una querrela contra la empresa por lo ocurrido.

—¡Eh, jefe! —asomó la cabeza Gabriel, un chico de veinticinco años que había empezado trabajar para él hacía cuatro meses—. Ella insiste, ¿qué le digo?

Estaba claro que no, que aquella tarde no conseguiría concentrarse en otra cosa que no fuera aquella mujer.

—Dile que pase.

Se frotó los ojos con fuerza, esperando a que Gabriel saliera y fuera a buscar a Kristine para volver a suspirar resignado. Conocer a aquella mujer hacía seis días sólo había significado desgracias. Y éstas aún continuaban pese a que había tenido especial cuidado de no volver a encontrarse con ella pero aunque se había negado a facilitarle su número de teléfono aquella noche, no podía desaparecer de la faz de la tierra y ella sabía donde trabajaba en ese momento.

Si quería encontrarlo podía hacerlo.

Y eso era lo que había hecho.

William volvió a suspirar.

Había intentado negarse a creer que aquella mujer tenía alguna intención romántica pese a su extraña actitud pero tras lo sucedido en su casa aquella noche después de salir del hospital y que hubiera vuelto a buscarlo al trabajo, comenzaba a sospechar de sus intenciones.

Cuando Kristine entró en el improvisado despacho en mitad de la obra, plegó el paraguas gris y echó un vistazo a su alrededor, posiblemente decidiendo donde dejar el empapado paraguas que empezaba a dejar un charco en el suelo y tras meditarlo unos segundos, abrió la puerta y lo dejó apoyado en la pared, manteniendo la única muleta que llevaba con ella. Cuando se giró hacia él sonreía radiante.

—¿A qué debo la visita?

Los ojos grises de ella lo escudriñaron con lo que a Will se le antojó que era reproche y enarcó una ceja, observando en silencio y con curiosidad como ella apartaba la silla más cercana y se sentaba frente a él, lo más cerca posible y

con la única distancia de la pequeña mesa de por medio.

No era su tipo.

Al menos eso era lo que había pensado el día que la conoció. Cabello castaño y ojos grises. Alta y delgada, demasiado delgada pero lo que peor llevaba era su actitud demasiado parlanchina, demasiado extrovertida y una auténtica entrometida pero ahora que la veía una vez más admitía que sus ojos eran increíblemente grandes, ligeramente rasgados y muy penetrantes. Su color gris tenía un matiz azulado según le daba la luz y hacía que su mirada fuera aún más intensa.

Su cabello rozaba más abajo de los hombros y adornaba un rostro alargado y delicado y un cuello que se veía poco a través de su chaqueta.

Por un momento, William se vio deteniendo la mirada en aquellos sinuosos labios rojos.

—¿Puedo ser sincera? —comenzó ella apoyando las manos en la mesa y clavando los ojos en los de él, obligándole a apartar la mirada de sus labios.

—Por favor —pidió él de pronto con toda su atención. Después de todo era la primera persona que intentaba explicar sus intenciones tan pronto y tan

claramente.

—Entendí la otra noche que no estás casado.

Will frunció el ceño pero pese a imaginar qué venía después, no pudo evitar seguir sintiendo curiosidad. La actitud de aquella mujer, independientemente del camino que significaban sus palabras, estaban lejos de usar cualquier intento de seducción típico como habían usado hasta ahora las mujeres interesadas en ese mismo propósito. Era imposible no estar curioso.

—Es verdad. Estoy soltero.

Aún así le sorprendió ver como Kristine entrecerraba los ojos, cruzaba los brazos y le miraba desconfiada.

—¿Estás seguro?

—¿Cómo dices?

Como fuera, la conversación estaba resultando de lo más entretenida y surrealista.

—Pregunto si realmente no estás casado.

—Puedo asegurar de que no tengo ningún conocimiento de estar casado.

Kristine bufó.

—Y si lo estuvieras tampoco me lo dirías.

—En realidad —dijo él muy despacio, entrelazando los dedos y echando la espalda hacia delante—, no tengo ninguna obligación de responder a esa pregunta.

Ni a esa ni a ninguna otra; respondía por cortesía y ni siquiera sabía qué esperaba respondiendo a eso. Will admitía que sentía cierta consideración por el pasado de aquella mujer. Consideración, ya que no planeaba sentir lástima por ella. De alguna manera esa mujer tenía una fuerza admirable y no le correspondía a él empequeñecer el optimismo con que enfrentaba su vida.

También admitía que sentía una fuerte curiosidad por el absurdo comportamiento de la mujer. Si lo que pretendía era seducirlo estaba usando la estrategia más extraña que había visto hasta ahora. Aunque la más fascinante. Eso tenía que admitírselo.

Y, siendo honesto con él mismo, admitía que comenzaba a sentirse atraído por ella. De una manera sexual y de lo más retorcida pero tampoco quería indagar demasiado en esa incipiente necesidad siniestra de su propia conciencia de someter la voluntad de apariencia inquebrantable de aquella mujer. Y realmente deseaba someterla en su cama y bajo su cuerpo.

William se obligó a echar la espalda hacia atrás, apoyándola en el respaldo de la silla de plástico plegable para tratar de alejarse todo lo posible de Kristine. Hasta se escuchó a sí mismo carraspear, controlando sus impulsos antes de volver a levantar la cabeza y mirarla a los ojos, sobrecogiéndose y aferrándose a la poca cordura que le quedaba para no levantarse y empujarla sobre la mesa que los separaba, cuando leyó en su mirada el mismo deseo, la confusión de esos sentimientos y la manera que le estaban perturbado a ella también.

—¿Entonces?

William vio el esfuerzo que hacía la mujer por centrarse y volver a hablar.

—Entonces, ¿qué?

Will observó como ella parpadeaba y se mordía el labio y él deseó ayudarla a hacerlo, mordisquearlos y arrancar de ellos constantes jadeos.

—¿Tienes... pareja, novia, estás casado?

—No.

Los dos se miraron fijamente unos instantes en los que posiblemente ambos dejaron que sus pensamientos vagaran libremente y Will imaginó que los de ella no eran muy diferentes a los suyos y por un instante pensó en abrir la boca y proponerle algo tan absurdo como que pasara la tarde con él.

Por suerte no lo hizo.

Kristine tardó en volver a abrir la boca pero cuando lo hizo lo dejó completamente descolocado.

—Seré de nuevo sincera —volvió a decir—. Quiero que salgas con mi amiga.

Capítulo 6

Kristine dejó que el agua cayera por su cabeza durante unos minutos tratando de dejar la mente en blanco e ignorando la parte de su cabeza que le advertía

que había tapado mal la venda del pie con la bolsa de plástico.

—Joder —murmuró apoyando, casi golpeando, la frente contra los azulejos y buscó sin abrir los ojos el grifo del agua fría y lo encendió, apretando los dientes el instante que soportó antes de volver a cerrarlo y salir de la ducha cojeando.

Era de locos.

Kristine se enrolló en el albornoz blanco y salió hasta el salón, dejándose caer en el sofá y buscó el móvil, comprobando frustrada que no tenía ningún mensaje antes de tirarlo a un lado.

—Es de locos —susurró.

Aún podía sentir el calor en su cuerpo, la manera en que éste había reaccionado a la forma tan intensa en que aquellos ojos verdes la habían devorado y le había gustado sentir ese ardiente deseo en los ojos de aquel hombre.

—No, no, no. Él es para Anabel, yo ni quiero ni necesito amor en mi vida.

Joder. Aquella mirada no prometía palabras de amor, hablaba de pasión, de

lujuria, de placeres capaz de hacerla perder la razón y ella se encontraba deseando probar todo aquello.

—¡He dicho que no!

Además, después de soltarle que quería que pensara en salir con Anabel, Will la había echado, literalmente, de la caseta prefabricada.

Y teniendo especial cuidado de no tocarla.

Por un momento, Kristine había pensado en la posibilidad de alzar la mano, tocarlo y descubrir lo que sucedía pero había tenido miedo de descubrirlo realmente... No, había tenido miedo de perderse en la profundidad de aquella mirada y en todo lo que prometía.

—Es para Anabel —se repitió frotándose con fuerza la cara antes de volver a coger el móvil y llamar a su amiga. Cuando ésta contestó, Kristine tardó en responder—: No está casado.

—¿Qué?

—Tampoco tiene novia, ni pareja ni nada parecido.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea y Kristine tuvo que comprobar que no se hubiera cortado la comunicación.

—¿Entonces es gay?

Esta vez la sorprendida fue ella.

—¿De qué hablas?

—Si es tan perfecto como dices, la única explicación que encuentro de que aún siga sin pareja es que le gustan los hombres.

Kristine respiró con fuerza recordando la mirada febril cargada de deseo de aquel hombre y sintió un fuerte estremecimiento, obligándose a alejar esos pensamientos antes de centrarse en la conversación con su amiga. Anabel era mucho más importante que el calentón de un momento.

—Puedo asegurarte que no es gay.

—¿Puedes asegurarme?

El tono que usó su amiga junto a lo que implicaba el significado de su pregunta, fue lo único que Kristine necesitó para notar como se le encendían las mejillas y se llevó una mano a la cara.

—Bueno, no lo parece, ¿de acuerdo?

No iba a reconocer que por la forma en la que la había mirado podía asegurar que la deseaba y si la deseaba siendo una mujer o era bisexual o le gustaban sólo las mujeres pero ya fuera por lo uno o por lo otro, Anabel tenía posibilidades.

—No puedes asegurar algo sólo por la apariencia de una persona.

—Pues nos arriesgaremos porque no voy a preguntárselo.

—Kristine... No voy a ir a conocer a un desconocido.

—Bueno... Él no se ha mostrado muy dispuesto cuando le dije lo que pretendía.

Durante unos segundos el otro lado de la línea sólo le devolvió silencio y cuando Kristine hizo ademán de apartar el teléfono de la oreja para volver a comprobar que no se había interrumpido la comunicación, comenzó a escuchar

unas risas a través del teléfono.

—¡Ay, que bueno!

—Muy graciosa —masculló Kristine irritada.

—No, no, lo siento —siguió riendo—, pero nunca creí que de verdad fueras a decirle a un desconocido que saliera con otra persona que ni siquiera conoce.

—Oye...

—Perdona, perdona —controlaba mal las risas y Kristine notó como se le iban entrecerrando los ojos, pasando de la irritación a la vergüenza—, pero me hubiera gustado ver su cara cuando se lo saltaste... ¿Cómo se lo dijiste?

—¿Qué importa?

—Vamos, no te enfades...

—No me enfado —soltó no muy convencida.

—Vamos, Kristine, has perdido la cabeza. ¿Te imaginas estar en su situación?

—¿A qué te refieres? No te entiendo.

—Piensa, ¿qué pensarías si aparece una chiflada de pronto y te dice que empieces a salir con su amiga a la que no has visto en la vida?

—Bueno...

Si lo ponía de esa manera realmente sonaba mal.

—Tal vez deberías disculparte con él.

—No, creo que paso.

Y eso ya era por orgullo.

—¿Sabes, Kris?

—¿Hm?

—La situación hubiera sido distinta si hubieras ido de tu parte. Habría sido algo normal.

—Algo normal, ¿eh?

Kristine recordó el fuerte deseo en los ojos verdes de aquel hombre y la manera que se había dejado arrastrar por ello... ¿O simplemente se sentía igual de atraída por él? Sacudió la cabeza y suspiró. Hasta ahora no había experimentado una atracción sexual tan fuerte como la que había sentido con William y mucho menos veía razonable que fuera por alguien a quien acababa de conocer.

—Pero lo deseo...

—¿Qué dices?

—¿Eh? —Kristine se sonrojó violentamente al darse cuenta de sus pensamientos y sobre todo que los había expresado en voz alta—. Nada, nada. Estaba pensando en otras cosas.

—¿Y cómo tienes el pie? ¿Necesitas algo?

—Estoy bien —Kristine sonrió al recordar el drama que había montado el día

que volvió del hospital con Will—. No es mi primer esguince y estoy acostumbrada a cuidar de mi misma.

—Sabes que no es necesario. Me tienes a mí.

—Tú preocúpate de encontrar novio.

Su amiga se echó a reír.

—Creo que tú lo necesitas más que yo.

—No, no —Kristine movió una mano escandalizada—. No sirvo para esas cosas.

—Todos valemos para tener alguien al lado que nos dé cariño.

—Y problemas.

—No es para tanto.

—Amar es sinónimo de sufrir.

—No, Kristine, estás equivocada.

Sí, tal vez ella era la equivocada, puede que su actitud, cerrarse como lo hacía y rechazar cualquier compromiso no era lo mejor ni lo más apropiado pero ¿de verdad tenía que oírlo de ella cuando el maldito de su marido la había abandonado por otra mujer y eso la había destrozado? ¿De verdad podía decirle eso?

—Anabel...

—Además, si tú no quieres una pareja ni novio tal vez deberías plantearte dejar de buscar algo así para los demás —el tono rudo de Anabel la sorprendió. Su amiga siempre se había tomado las cosas con calma, siempre había sido amable pero esta vez le estaba pidiendo que se detuviera. Ni siquiera necesitaba ponerlo en palabras para que Kristine lo entendiera.

Quería que dejara de entrometerse en su vida sentimental.

—Pero...

Anabel suspiró.

—Mira, estaba bien cuando sólo era mirar a un extraño y reírnos de sus cualidades y defectos. Admirarlo o aborrecerlo pero lo que has hecho es traspasar la línea y ha sido una línea no conmigo, sino con un extraño a quien no sólo no conozco yo, sino que tú tampoco. Lo has abordado y le has pedido algo que no tiene ningún sentido. Además, ¿qué te hace pensar que él quiera pareja o salir con alguien? Es obvio que si sigue soltero está dejando un mensaje muy claro.

—¿Que no ha encontrado a la persona adecuada?

Otro suspiro.

—Kris, sabes que te quiero.

—Lo sé...

—Y por eso sé que lo que haces es porque eres una buena persona, me quieres y estás preocupada por mí...

—¡Lo hago porque el imbécil de tu ma...!

—¡Pero! —la interrumpió rápidamente Anabel haciendo que Kristine cerrara la boca de golpe—, pero ese hombre al que has avasallado con ideas extrañas

no te conoce, no sabe como eres y mucho menos lo que pretendes —hubo una pausa y Kristine la escuchó suspirar una vez más, cansada—. Es hora de terminar esto. No quiero otro hombre en mi vida. Aunque te cueste aceptarlo aún quiero a...

—No lo digas.

Kristine apretó con fuerza el teléfono y esperó así hasta volver a oír la voz de su amiga.

No, no quería escuchar que aún quería a Jonathan, que aún esperaba que volviese y lo que era peor, que estaba dispuesta a perdonarlo. ¡Anabel podría perdonarle todo lo que le había hecho sufrir pero ella no iba a perdonárselo! No podía ni quería. Había sido ella quien la había abrazado mientras lloraba desconsolada y había sido ella quien había estado a su lado viendo como recomponía su destrozado corazón. Anabel se merecía alguien que la valorara y la quisiera no a alguien como Jonathan.

—Está bien. No lo diré pero deja ya lo de ese hombre. Olvídate de él y si vuelves a encontrarte con él, discúlpate.

—Bueno...

Kristine miró hacia otro lado.

—Promételo, Kristine.

—Sí, sí —refunfuñó.

Capítulo 7

No había esperado volver a verla y realmente después de dos semanas, William creyó que no volvería a toparse con ella. Era lo mejor. Había deseado que no apareciera frente a él y cuando habían pasado los días y no la había visto comenzó a darse cuenta que disminuía la ansiedad y el fuerte deseo sexual, aunque para eso había necesitado otro tipo de tratamiento.

Por un momento, al ver que no conseguía calmarse, había ido a uno de los clubes donde frecuentaba cuando quería encontrar a alguien deseable con quien compartir la cama. Como siempre no había necesitado mucho tiempo antes de que las ofertas surgieran pero ninguna de ellas había despertado esa emoción, esa excitación irracional y había decidido ahorrarse un desagradable encuentro y había vuelto a casa sólo y buscar algún tipo de consuelo por sí mismo.

Al final, no volver a verla había solucionado el problema y toda su vida había encauzado su ritmo habitual.

Todo volvía a ser como antes.

—Señor Asert, buenos días.

William levantó la cabeza del plano que estaba estudiando y vio contrariado como la señora Donawal, la hermosa esposa de uno de sus más importantes clientes andaba hacia él por el terreno lleno de arena y piedras con unos altos tacones negros que realzaban su esbelta figura, con sus largas piernas al descubierto bajo unas finas medias y una falda que subía mucho más de encima de las rodillas.

—Señora Donawal... —saludó cortésmente haciendo una seña con la cabeza a sus compañeros y trabajadores para que regresaran al trabajo y dejarán de mirar con una expresión necesitada a una mujer que era pura sensualidad.

William admitía que siempre se había sentido atraído por esa mujer. Cabello negro y largo, ojos oscuros, como el ébano y ligeramente rasgados como único indicio de su procedencia asiática. Su figura era esbelta pero de llamativas y bien formadas curvas donde la mujer no dudaba en mostrar parte de sus sugerentes pechos.

William la había deseado en su momento. Aún la deseaba. Rika Donawal era una amante increíble y dado que estaba casada y que no pretendía renunciar a la posición que su esposo de sesenta y ocho años, empresario de renombre y casi treinta años mayor que ella, le ofrecía con el matrimonio, era la situación perfecta donde ninguno de los dos esperaba algo más que un breve placer ocasionalmente.

Pero era la primera vez que iba a buscarle a su trabajo y eso ponía a William inmediatamente a la defensiva.

—¿Puedo ayudarla en algo?

La mujer sonrió curvando sus labios perfilados en rojo.

—Tan atento como siempre, Will —dijo, entrecerrando los ojos al decir su nombre—, pero, ¿no crees que podemos prescindir de ese tratamiento de cortesía? Somos algo más que conocidos.

Amantes.

Hasta Will podía escuchar la palabra flotando en el aire.

Se revolvió inquieto y miró de refilón a su alrededor comprobando que no había oídos indiscretos.

—Rika no es el mejor lugar para encontrarnos. El señor...

—Mi marido está lo suficientemente ocupado en las Vegas como para preocuparse por mí en estos momentos.

—Pensé que te gustaba ir con él de visita a las Vegas.

—Me gusta —reconoció ella con voz melosa mientras acariciaba provocadoramente su brazo por encima de su camisa. Will pudo notar el deseo en la mirada oscura de la mujer y la intención impregnada en sus palabras. La insinuación era lo que Will necesitaba para encenderse y sabía que la hubiera estrechado entre sus brazos y besado si no hubieran estado en público—, pero ahora mismo me gustas mucho más tú. Y —dijo perdiéndose en su mirada—, también te necesito.

William no se dio prisa en responder.

Tenía trabajo. Eso era lo que su cerebro, al menos la parte racional le demandaba y aunque todo su cuerpo reaccionaba al encanto y promesa de pasión de esa mujer, se obligó a apartarse un poco de ella y se permitió

sonreír.

—Estoy en medio del trabajo —le recordó suavemente—. Y pensé que nuestros encuentros terminarían.

—Es verdad —aceptó ella sin muchas intenciones de ceder—. Lo hablamos.

—Lo hablamos —corroboró él.

Habían pasado seis meses desde que tras una sospecha de su marido al creer que se veía con alguien, Rika le había pedido no volver a verse nunca más y ser para él sólo la esposa de uno de sus clientes.

A William le había herido esa decisión. O al menos le hubiera dolido si tuviera sentimientos por la mujer pero no había sido el caso y sólo había lamentado perder a una gran amante.

—No he podido olvidarte, Will, así que no seas rencoroso.

—No se trata de rencor, Rika, sino de trabajo.

—Entonces, veámonos después ya que tu trabajo está por encima de mí.

Aún así, Will dudó.

—¿Estás segura de que es una buena idea?

—¿A ti no te lo parece?

Will preferiría callarse lo que le parecía. Hacer el amor con ella le gustaba pero ya había comprobado lo peligroso que podía resultar para su empresa si su relación quedaba expuesta y al fin y al cabo, había dejado de ser una prioridad, no como en el pasado.

William suspiró.

—En el hotel...

—¡Tenemos que hablar!

William giró el cuello bruscamente a la misma vez que percibió como se giraba Rika también para averiguar quien era la dueña de aquella voz tan demandante.

—Lo siento, jefe, no quiso esperar.

—Tenemos que hablar —repitió Kristine sin el mismo tono de voz que antes pero mirando a Rika con el mismo ojo crítico con el que era analizada por la otra mujer y tardó en girar el cuello para clavar sus intensos y perturbadores ojos en él—. Ahora.

Capítulo 8

—Parece que te gustó la experiencia de estar a punto de ser aplastada por los materiales de la obra —soltó William con lo que a Kristine le pareció demasiada brusquedad.

Estaba irritado y Kristine se negaba a creer que lo que le molestaba de todo aquello fuera la posibilidad de que le hubiera interrumpido su íntima conversación con aquella mujer tan extravagante. Sí, sí, hermosísima e increíblemente sensual pero era tan llamativa que resultaba exagerado aunque suponía —y eso la fastidiaba de una manera irracional— que tenía un cuerpo y apariencia muy del gusto de cualquier hombre.

Incluso de ese hombre.

Hizo un puchero infantil y entrecerró los ojos antes de responder a William sin pensar realmente en lo que le había dicho.

—No sé a qué te refieres.

—No es la primera vez que entras a la obra despreocupadamente y sin las medidas de protección pertinentes.

¿Volvía a usar ese tono irritado?

—¿Y ella? —dijo aún más molesta, señalando ridículamente con un dedo a la mujer que miró a uno y otro con una ceja levantada y una sonrisa burlona—.

¿Ella sí puede entrar?

—Ella —respondió William arrastrando la palabra con aspereza haciendo que Kristine comprendiera de golpe la situación y el comportamiento que estaba teniendo delante de desconocidos y se sonrojó avergonzada, bajando la mano —, es uno de mis mejores clientes. Tiene autorización y conoce los riesgos de encontrarse aquí dentro.

—Y yo sé perfectamente el lugar que me corresponde ahora mismo —soltó Kristine tan molesta como avergonzada, girando sobre sus talones y caminando

todo lo rápido que pudo con el tobillo a medio curar sin llegar a correr hasta la salida.

Aquella rabia no era normal y mucho menos racional pero le daba igual. Se sentía engañada, como si se hubieran burlado de ella y como siempre que se sentía así, las lágrimas comenzaban a brotar de sus ojos bochornosamente.

—Joder, a la mierda con todo —soltó frotándose los ojos con la manga de la cazadora.

—¿Está bien, señora? —escuchó a uno de los obreros cerca de ella pero no se giró a mirarlo. Tampoco quería ir exhibiendo sus malditas lágrimas y mucho menos que sintieran lástima por ella.

—Joder —repitió moviendo una de las vallas que impedían el paso a la obra y pasó por ella, saliendo a una calle transitada—. ¡Y una mierda con el rollo de que estaba soltero y sin compromiso! ¡Maldito mentiroso! Todos los tíos son iguales.

—No mentí y sí, estoy soltero y sin compromiso.

La áspera voz de William a su espalda hizo que Kristine se girara bruscamente y se enfrentó a su expresión de enfado que pasó rápidamente a una de sorpresa

cuando la miró a la cara.

—¿Qué? —soltó ella con rudeza claramente a la defensiva.

Los ojos de William se entrecerraron.

—¿Estabas llorando?

—¿Qué? —lo miró espantada— ¡No! ¡Por supuesto que no!

Y empezó a frotarse de nuevo los ojos, algo que seguramente sólo conseguía irritarlos más y ponerlos aún más rojos.

William suspiró y se revolvió incómodo.

—Mira...

—No digas nada —farfulló irritada—. No estoy llorando. Es sólo...

¿Y cómo demonios explicaba que tenía la desagradable costumbre de llorar cada vez que se enfadaba? Ni siquiera podía explicar por qué estaba enfadada.

—Creo que esto no tiene sentido —soltó él evidentemente a la defensiva haciéndola sentir peor.

—Oye, no sé la idea que tienes ahora mismo —le señaló con un dedo—, pero ni se te ocurra pensar que esto es porque me gustas o yo pensaba que entre tú y yo podía haber algo... No tiene nada que ver...

La expresión de William no cambió y realmente Kristine sintió miedo al darse cuenta de que ni a ella le sonaban convincentes sus palabras y dio un paso hacia atrás no muy segura de la expresión que debía estar poniendo en ese momento.

—¿Entonces lo dices por esa amiga tuya de la que hablaste el otro día?

—¿Qué?

Kristine parpadeó confusa.

—Tu amiga, esa con quien querías que empezara a salir.

Su voz se había endurecido de pronto y Kristine se metió las manos en los

bolsillos de la cazadora, nerviosa, deseando salir de allí.

—Me tengo que ir —musitó—. Siento lo de ahora —dijo rápidamente, casi atropelladamente—. Ella es muy guapa y hacéis una bonita pareja.

Por un momento, Kristine creyó que él separaba los labios, un movimiento que se le antojó hipnótico, con la intención de decirle algo, pero no lo hizo y tras una breve pausa, volvió a cerrar la boca.

Con un movimiento brusco, tal vez más violento de lo que había pretendido, Kristine se giró, dándole la espalda y caminó todo lo rápido que le dejó la pierna por la acera alejándose de él.

Capítulo 9

Nunca hubiera imaginado que rechazaría a Rika y mucho menos de esa manera pero la visita de Kristine había menguado su humor. Todo tipo de humor y no había prestado demasiada atención a la reacción de Rika ante el contundente rechazo, algo que debía haber previsto no era algo a lo que estuviera muy familiarizada.

Y no le había gustado.

—¿Intentas decirme que me estás despreciando por ese tipo de mujer?

Lo más escalofriante era que lo preguntaba con una sonrisa irresistible que, cualquiera que no estuviera lo suficientemente cerca para escuchar la conversación no podría adivinar el tema y mucho menos la acidez que destilaban sus palabras.

William ni siquiera dudó antes de responder.

—No es por ese tipo de mujer. Yo no veo ningún tipo de mujer, Rika. Y no, no es por ella.

Las finas cejas negras se elevaron peligrosamente.

—¿Entonces sí es por otra?

—¿Qué? ¡No! —William se llevó los dedos a los ojos, frustrado—. Mira, Rika, no estoy de humor para este juego.

—Yo te ofrecía otro tipo de juego pero por lo visto es uno que prefieres jugar

con alguien más.

Era tan frustrante...

—Rika, no tenemos el tipo de relación en el que puedas permitirte el lujo de reprocharme si existe otra mujer o no en mi vida.

La expresión de Rika se hizo peligrosa pero William no estaba acostumbrado a amedrentarse por algo así, incluso sabiendo que tenía mucho que perder si esa mujer se enfadaba y decidía usar a su marido para perjudicarlo.

—¿Me reprochas algo?

Aún así la respuesta de ella le sorprendió.

—Eres una mujer casada, Rika —dijo despacio, con diplomacia.

—¿Me estás pidiendo que deje a mi marido?

Si pensó que nada podría sorprenderle más que la pregunta anterior, con ésta, William no fue capaz ni de responder.

Nunca se había planteado la posibilidad de que Rika dejara a su marido.

No. Lo que nunca había pensado es que pudiera haber una posibilidad en que esa mujer estuviera dispuesta a dejar a su marido y todos los privilegios que eso suponía.

No respondió. De hecho no tenía nada que decir en ese momento. Que ella dejara o no a su marido no cambiaba nada para él. Él no la amaba, nunca la había querido y realmente estaba seguro que hacía años había perdido la capacidad de amar a nadie. Sus sentimientos habían muerto cuando Susan le rompió el corazón.

—Entiendo tu silencio —dijo ella inclinándose hacia él y sin mucho disimulo pero sí para su sorpresa, le dio un tierno beso en la mejilla—. Hablaremos en otra ocasión.

Se había marchado con los mismos movimientos elegantes con los que había entrado y William había visto de refilón, aún saliendo de su sorpresa, como varios de sus trabajadores se giraban para admirar a la mujer.

Dio un golpe a la mesa con una mano y tras una breve pausa en la que cerró un segundo los ojos, agobiado, agarró con la misma mano la copa de vino que se había servido nada más llegar a casa y se la bebió de un trago.

—Esto cada día es más estúpido.

Y ya no sabía si ese sentimiento se lo daba la aparición de Rika con la extraña pregunta que lo había dejado completamente descolocado o había sido Kristine.

¿De verdad había llorado? Ella había afirmado que sus lágrimas no tenían nada que ver con la idea que él se había hecho, suponiendo que ella se había encaprichado o había pensado que entre ellos podría existir algún tipo de relación.

—De locos —murmuró dejando la copa vacía sobre la limpia superficie de madera de la mesa.

Pero lo que sí eran reales eran aquellos extraños sentimientos, aquel retorcido deseo que burbujeaba candente en lo más profundo de su interior y poblaban los más oscuros de sus pensamientos.

Volver a ver a Kristine no le había ayudado a controlar ese recién descubierto lado sádico o lo que fuera esa sensación, ese deseo de controlarla.

Lo único que había confirmado era que la deseaba y de una manera bastante

enfermiza.

Y que sólo le pasaba con ella.

—Este hubiera sido un buen momento para encontrarme con Rika.

Sí, esa mujer sabía como satisfacer a un hombre pero la conversación con ella, al menos la última parte hacia que no se sintiera cómodo. O había sido una broma, lo más probable o significaban problemas.

Suspiró y volvió a llevarse una mano a la cabeza, echándose distraídamente el pelo hacia atrás.

—Todo había sido perfecto hasta que apareció esa mujer.

Pero podía entender que ya no volvería a verla, ¿no? Esa era la sensación que le había dado cuando se había alejado de la obra y si resolvía ese asunto extraño con Rika su vida volvería a la normalidad.

A su normalidad.

Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y miró el techo abstraído.

Estaba excitado.

—Menuda mierda.

Suspiró y se enderezó, levantándose para ir a darse una ducha.

Al menos debía estar despejado para el día siguiente cuando se reuniera con su familia. Si por un momento mostraba debilidad o agobio, sus días de paz y tranquilidad terminarían.

Ya había experimentado lo que significaba para su familia apoyar a alguien cuando se encontraba mal en su primer y único desengaño amoroso. Aquello le había destrozado la vida y su familia se había volcado a apoyarle y ayudarle.

Lo había necesitado y lo había agradecido pero después de un tiempo, cuando su alma se había compuesto y se había dado cuenta de lo que le rodeaba, comprendió que su familia tenía que abandonar otras obligaciones, otras responsabilidades u otras cosas que hacer, privándose de su propia vida por cuidar de la de él, William había decidido no volver a mostrar debilidad y permitir a todas esas personas que lo querían y a quienes quería poder disfrutar de sus vidas sin tener que preocuparse por él.

Y él seguir disfrutando de su soledad.

Una tranquilidad que se estaba viendo interrumpida por dos mujeres.

A cada cual con sus respectivos problemas.

William dejó que el agua cayera por todo su cuerpo durante unos minutos antes de salir de la ducha y vestirse con un albornoz mientras revisaba el móvil que reposaba sobre el lavabo.

Se sorprendió al ver el remitente del mensaje. ¿Cuándo había sido la última vez que había recibido un mensaje de Rika? Incluso se había olvidado de que aún mantenía el número en su agenda.

Pero lo que le preocupó fue el contenido del mismo. ¿Quedar con ella?

William apagó el móvil y lo dejó de nuevo sobre el lavabo.

—Esto comienza a ser un problema.

Capítulo 10

—¿Vas a decirme qué te ha pasado?

Kristine sacudió la cabeza y siguió con la monótona tarea de ir rellenando los recipientes con la comida —en esta ocasión era verdura con patatas— sin prestarle demasiada atención, sólo ir pasando el cazo por la gran cazuela industrial y dejar en el recipiente vacío, que dejaba durante unos segundos la cinta que tenía frente a ella, la cantidad de comida que había sacado con el cazo y seguir así hasta que terminara su turno.

Como novedad cambiaría de cazuela.

—No pasa nada.

Si no fueran por sus enormes ojeras y su taciturna expresión, hasta ella se lo hubiera creído.

También ayudaba si se lo repetía muchas veces.

—Kris, te pasa algo. Llevas todo el día muy rara.

—No.

No quería pensar en ello así que mucho menos quería hablar del tema.

—Ni siquiera te he hecho una pregunta ahora.

Anabel la miró con el ceño fruncido, preocupada.

—Me refiero a que estoy bien, no me pasa nada.

—¿Te has mirado en un espejo?

—A la mañana, sí.

—Kris...

El tono de voz alarmado de su amiga hizo que Kristine comprendiera que no era la mejor actitud que podía tener. Se giró con una sonrisa esperando que fuera lo suficientemente realista y sincera y miró a su amiga.

—Lo siento... Es sólo que no he podido dormir bien, en serio.

—Sabes que mientes.

Anabel ni siquiera trató de suavizar su respuesta o plantearse la posibilidad que estuviera diciendo la verdad.

Se conocían bien. Eso era verdad.

Con un suspiro, Kristine bajó el cazo y dejó que la cinta siguiera pasando recipientes vacíos hasta que Anabel le dio al interruptor para detenerla.

—De acuerdo —aceptó—. Fui a verlo.

—¿Ver a quién?

—A William.

—¿A ese hombre? ¿Por qué? ¿No me habías dicho que no volverías a verlo?

—¡Fui a disculparme!

Se hizo un silencio y Kristine se mordió el labio con aprensión.

No quería hablar del tema. Ni siquiera tenía nada que decir sobre lo que había ocurrido pero aunque no lo entendía, recordar la complicidad que había entre William y esa mujer le escocía.

¡Y no había una explicación para eso!

—¿Y qué pasó? —preguntó al fin Anabel despacio, como si realmente no quisiera saber lo que había ocurrido—. Tú y él no...

—¿Qué?

Kristine parpadeó sin comprender.

—Sí, ya sabes —insistió su amiga sonrojándose ligeramente—. ¿Lo habéis hecho?

—¿Hacer? —Kristine sacudió la cabeza aún sin comprender, mirando directamente a los ojos de su amiga con las cejas muy levantadas expectante y poco a poco, muy lentamente comenzó a comprender lo que le estaba

preguntando—. ¡No! —soltó horrorizada meneando una mano mientras notaba como se sonrojaba ligeramente ante la idea—. ¿De dónde sacas esa locura?

Anabel se encogió de hombros.

—No sé —volvió a encogerse de hombros—, me parecía que te gustaba.

Si antes la había mirado horrorizada ahora su expresión era de espanto.

—¿Qué? ¿Qué? No sé de qué hablas. Me gusta... ¡Me gustaba! para ti...

—No hace falta. Te lo he dicho. Ni ese ni otro. No quiero pareja y para que no vuelvas a cometer la misma locura que con ese hombre aunque no quieras oírlo, aún sigo queriendo a Jonathan y no estoy de humor para conocer a nadie más.

—Eso...

Anabel la interrumpió levantando una mano.

—Así que puedes quedarte para ti a ese hombre.

Kristine apretó los labios con fuerza, contrariada, no quería pensar siquiera en que su amiga aún lloraba por el tipo ese que la había abandonado pero no quería discutir con ella.

O más bien no se sentía con ánimos para discutir.

—Tiene novia.

—¿Cómo dices?

Kristine suspiró.

—Lo vi con una chica en su trabajo.

Anabel la miró de reajo.

—¿Una empleada? ¿Ayudante?

Kristine le devolvió la misma mirada de reajo.

—¿Intentas animarme?.

—Trato de explicar una posible situación.

—Bueno, para empezar William no me gusta.

—William... —repitió ella con ese tonito insufrible que a Kristine le dio dentera— Hmmm.

—Hmmm, ¿qué? —farfulló Kristine irritada—. No es lo que crees.

—¿Y por eso te importa haberlo visto con una mujer que ni siquiera sabes quién era? ¿O te dijo él que era su novia? ¿Lo dijo ella?

Kristine puso mala cara. ¡Vale, sí! ¡Le molestaba! Se sentía dolida y herida y encima sabía que era una tontería sentirse así pero...

—No hacía falta que dijeran nada —suspiró amargamente—. La complicidad que tenían era... Lo decía todo. Esos dos tenían algo...

Se calló bruscamente notando la amargura de su propia voz. Ahora, con la mente más fría sabía que su comportamiento no era el adecuado. Aunque

aceptase que le gustase... algo... entre Will y ella no había nada. ¡Por no haber no había ni una amistad! Y encima se había comportado con él como si estuviera en su derecho de reprocharle algo...

Joder, sí, ahora lo que peor llevaba era la sensación de haberse comportado como una mujer despechada que había encontrado a su novio con otra...

¿O era porque se sentía de esa manera aunque sabía que no tenía motivos para sentirse así?

—¿Kris?

—¡No me gusta! ¡Suficiente! —gritó infantilmente acercándose al botón que accionaba de nuevo la cinta y comenzaba a rellenar los recipientes tirando la comida en ellos como si quisiera descargar toda su rabia de esa manera.

—Bueno, al fin te gusta alguien lo suficiente como para tener esa actitud — Anabel asintió con la cabeza, lanzándole una sonrisa cuando Kristine la fulminó con la mirada—. Eso es bueno.

—He dicho que no me gusta.

—Claro, lo que tu digas —rió su amiga—. Y dime, ¿cuándo volverás a verlo?

—¿Tú no escuchas? ¡No me gusta! ¡Y tiene novia!

—Bueno —Anabel se encogió de hombros pensativa—. Dijiste que él te dijo que no tenía novia, ¿no? Puede que si lo que dices es cierto sólo sea alguna amiguita con quien tiene encuentros sexuales...

Kristine la miró escandalizada, deteniendo el cazo de nuevo.

—¿De qué estás hablando?

—¿Eres una monja? No actúes como si fuera un acto deplorable. Si ninguno de los dos tiene pareja no hacen ningún daño a nadie.

—No es eso —murmuró Kristine derrotada, pasándose la manga sucia de la bata por la frente—. No sé ni como me siento. Tal vez tengas razón. Me gusta —admitió con un suspiro—. Tiene algo... —se encogió de hombros—. Deberías conocerlo...

Sonrió con tristeza y Anabel le dio un golpe con la cadera, pasando el brazo por sus hombros.

—¿Y bien?

—Pero no es lo mío, Ana.

Anabel enarcó una ceja.

—¿No es lo tuyo?

Kristine volvió a suspirar.

—No quiero complicarme la vida. Aquella mujer era una preciosidad y no habías visto como se movía... No quiero pelear por una batalla perdida.

Además, era obvio que fuera lo que fuera lo que ella sentía, era algo de un sólo lado. Las veces que se habían encontrado siempre había sido ella quien había forzado el encuentro. Él nunca había intentado verla y cuando lo había hecho... ¿No había existido deseo en aquellos perturbadores ojos? Kristine se estremeció y sacudió la cabeza con la intención de quitarse esa idea de la mente.

—¿Kris?

—No, no —insistió—. No tengo nada que hacer. ¡Y no necesito amor en mi vida!

—Vale, muy bien —aceptó su amiga apartándose de ella—, como quieras. Ya aparecerá una mujer que no tenga tantos problemas como tú en salir con él.

Kristine hizo una mueca y giró la cabeza para mirar a su amiga quien también la observaba con una sonrisa radiante.

—Tiene novia.

—Puede que no... —canturreó.

Kristine puso los ojos en blanco, nuevamente derrotada.

—Demonio...

—¡Gracias!

Capítulo 11

Era una tontería.

William ni siquiera sabía que hacía allí. ¿Su voluntad se había limitado a dos semanas, quince miseros días? Frustrado se llevó una mano a la cara y suspiró por décima vez desde que había bajado del coche y se había detenido frente a la puerta del piso donde vivía Kristine.

No era un acosador. Al menos era lo que se había repetido una y otra vez. Ella lo había arrastrado a su casa el mismo día que se conocieron y aunque las circunstancias eran distintas, William se repetía una y otra vez que no estaba

haciendo nada malo.

—Sólo voy a preguntarle qué tal tiene el pie.

Como excusa no estaba mal. Hasta él se lo creía después de repetírselo varias veces pero sólo hasta que la realidad de lo que hacía allí volvía a aplastarlo como una pesada losa sobre su cabeza.

Siendo realistas quería comprobar si lo que realmente había sentido por aquella mujer seguía apareciendo o sólo había sido una emoción del momento, pero necesitaba averiguarlo. Desde aquel fatídico día, no había sido capaz de desear realmente a ninguna otra mujer. Sí, tenía deseo sexual pero había algo diferente, era como si él hubiera cambiado y el sexo normal no llegara a satisfacerle lo suficiente... al menos si hubiera tenido ganas de intentarlo. Había rechazado a Rika una y otra vez simplemente porque no quería acostarse con ella, porque no había deseo de hacerle el amor. Sus pensamientos sólo tenían a una mujer, sólo quería a una mujer, sólo deseaba a Kristine y después de quince días negándose una y otra vez que no volvería a verla ni trataría de encontrarse con ella, se encontraba frente a su casa para.... Sí, eso, ¿para qué demonios había ido hasta allí?

Se frotó con fuerza los ojos, ignorando a las personas que pasaban en aquel momento por la calle y le miraban con curiosidad.

—Es mejor que vuelva —murmuró para sí mismo sacudiendo la cabeza y se apartó de la puerta de entrada dispuesto a recobrar la cordura y regresar a su casa.

—¿Will?

William se quedó completamente helado, deteniéndose en el acto.

—¿Will? —repitió a su espalda Kristine haciendo que Will se girara despacio para mirarla.

Oh, sí. Ahí estaba.

Durante unos instantes sólo se miraron. Will se perdió en la mirada sorprendida de la mujer y estuvo tentado de retroceder un paso cuando ella avanzó hacia él.

—Kristine —murmuró obligándose a mantenerse quieto.

Joder. La deseaba. Ni siquiera era un maldito espejismo y lo peor era que ese tiempo frustrado sexualmente sólo alimentaba las llamas de un deseo ya bastante enfermizo por si solo.

—¿Qué haces por aquí?

Ella seguía extrañada pero trataba de parecer serena, incluso indiferente y esa falta de desinterés hacia él, sólo conseguía excitarlo más.

Era de locos, lo sabía, y su instinto racional le incitaba a mentir, a sugerir que pasaba por allí, que había quedado con alguien por los alrededores, un asunto de trabajo...

—Quería verte.

¡Y ahí quedaba actuar de manera racional! Pero si hasta a él le había sorprendido escuchar sus propias palabras, la expresión de Kristine no podía ser más cómica incapaz de salir de su asombro con los ojos como platos y la boca abierta, unos instantes, antes de recobrar la compostura y entrecerrar los ojos desconfiada.

—¿Cómo has dicho?

Will maldijo en voz alta y buscó rápidamente una excusa.

—Tu pie.

—¿Qué?

—Quería saber como estaba tu pierna.

—Ah... —Kristine movió el tobillo—. Está bien...

—Me alegro...

—Sí...

Se hizo un incomodo silencio.

—Bien... sólo era eso —dijo Will buscando la manera de desaparecer.

Era sin duda el encuentro más extraño que había provocado en su vida y ni siquiera sabía como salir de él.

—Ah.

—Entonces ahora que veo que ya estás recuperada me iré.

—¿Sólo...?

—¿Hm?

—¿Sólo venias a saber como estaba mi pie?

—¿Eh? Sí.

Los dos se miraron fijamente unos segundos más, como si con aquello quisieran decirse muchas cosas pero fue Kristine quien apartó la mirada, unos ojos vidriosos a lo que Will le pareció desesperados y llenos de una esperanza que no comprendía. Tal vez fue eso, tal vez fue la manera en la que se mordió los labios o su propia estupidez, una que no había dejado de rondarle desde que había conocido a esa mujer, el ardiente deseo que llameaba dentro de él, Will no estuvo seguro de qué fue lo que realmente hizo que diera un paso al frente, que salvara la poca distancia que los separara y se acercara a Kristine, agarrándola por la cintura y lo que tardó ella en girar la cabeza, sorprendida, fue el instante que esperó para atrapar su boca y besarla apasionadamente, notando como ella cedía al instante, pasando una mano detrás de su cuello y pegando su cuerpo al de él mientras le devolvía el beso con la misma intensidad que él la devoraba, con urgencia, con una necesidad arrolladora.

Sólo cuando se separaron, únicamente despegando los labios un instante con la respiración entrecortada, Will se preguntó qué era lo que acababa de hacer, algo que no ayudó que Kristine le mirara igual de sorprendida, sin decir nada, de pronto conscientes de todas las personas que pasaban a su alrededor.

—Ah... —empezó él sin pretender disculparse por el beso.

—¿Quieres subir a mi casa?

Will la miró asombrado.

¿Si quería subir a su casa? ¡Claro que quería! Pero le daba miedo lo que pudiera ocurrir si lo hacía. No se sentía capaz de controlarse, ni siquiera sabía qué era lo que pretendía hacer con ella. ¿Sexo? Al menos parecía que esa era la sugerencia tras la pregunta de Kristine después de aquel beso pero...

—Sí, claro.

Kristine fue la primera en apartarse completamente y tras agarrarle con cierto recelo de la mano, tiró de él, empujándolo hasta su casa.

El interior del piso estaba igual que lo recordaba y Will recordó lo que había encontrado en su nevera la noche que le preparó la cena.

—¿Tienes hambre?

—¿Qué?

Will apartó la mirada del frigorífico y clavó los ojos en el rostro de la mujer que lo miraba expectante. ¿Qué era exactamente lo que esperaba?

—¿No miras el frigorífico por eso?

—No, no es eso —admitió con una sonrisa—. Además, miedo me da lo que pueda haber allí dentro.

La risa de Kristine era melodiosa.

—Ya viste que también hay cosas normales.

—No hay carne.

—Oh —rió Kristine—. Un carnívoro.

—Tampoco eso...

Will sonrió y durante unos instantes ninguno volvió a decir nada, notando el ambiente cada vez más y más tenso.

—Lo de antes... —comenzó ella haciendo que Will se pusiera inmediatamente a la defensiva.

—Fue un beso —siguió él sin pretender buscar una excusa a lo ocurrido.

Había querido besarla y al final la había besado, no importaban los rodeos, las dudas o sus propios temores a lo que sentía o no por esa mujer; lo único real es que la había besado.

Y ella le había devuelto el beso.

—Lo sé —dijo ella mirando hacia otro lado, de pronto incomoda.

—¿Te arrepientes? —insistió él dispuesto a marcharse en el momento que ella dijera que sí o diera alguna excusa. No pretendía obligarla a nada. Ella era

libre de detener aquello, fuera lo que fuera lo que habían iniciado, en cualquier momento. Ni pretendía obligarla ni estaba obligada a nada.

—No —dijo en cambio, aún dudando—. Creo que no.

—¿Crees?

La conversación se estaba volviendo un poco extraña. En realidad hacía tiempo que Will no estaba actualizado en ese tipo de cosas. Con Rika, con cualquier mujer de algún club, era sexo. No hacía falta hablar o decirse nada. Se citaban, iban a un hotel, tenían sexo sin ataduras y cada uno por su lado. No había necesidad de los rodeos o de la charla previa y extraña que estaban teniendo en ese momento.

Pero Kristine no era el tipo de mujer con el que se había estado acostando hasta ahora. Él lo sabía. Al menos creía que no...

¡Joder! Ya no sabía nada.

—No tengo muy claro qué pretendes conmigo —soltó Kristine bruscamente, sin mirarlo.

William la miró sin vacilar. ¿Sexo? ¿Eso era lo más correcto para decir en ese

momento? No, claro que no. Ninguna mujer que pretendiese comenzar una relación quería escuchar que quería sólo sexo pero él no quería mentir para conseguir que ella cediera y se acostara con él. No iba a convertirse en ese tipo de persona por muy desesperado que estuviera por hacerle el amor.

—No sé qué es lo que pretendo —dijo al fin.

—¿No lo sabes?

El tono de Kristine se hizo increíblemente duro y frío pero Will no podía reprochárselo. Como había adivinado desde que la conoció, el interés de ella era conquistarlo y no parecía ser sólo algo sexual... William suspiró. Al final todo se complicaba pero, ¿realmente había esperado otra cosa? No... Tal vez por eso había querido huir en el último momento.

—¿Quieres que hablemos de amor? —soltó él sin poder disimular la nota de aspereza con la que decía la última palabra.

El silencio de Kristine y la manera que alzó una ceja fue lo que necesitó para darse cuenta que se estaba equivocando en la manera de decir las cosas. Parecía un capullo. Era un capullo. Y ni siquiera trataba de disimularlo.

—¿Quieres tú hablar de amor? —fue lo que Kristine soltó con la misma

rudeza que había usado él.

Bueno, vale, se lo merecía.

—No pretendo engañar a nadie —comenzó él tratando de suavizar la tensión que se respiraba en el ambiente.

—Gracias por eso —soltó ella manteniéndose a la defensiva.

—No soy alguien apropiado para el amor.

—¿Alguien es apropiado para el amor?

—No lo sé. La gente tiende a enamorarse pero yo no sirvo para esas cosas.

Los dos se miraron directamente, muy serios hasta que Kristine sonrió con lo que le pareció a Will rabia y bufó.

—Así que quieres acostarte conmigo y luego si te he visto no me acuerdo, ¿es eso?

Sabía lo que tenía que responder. Palabras vacías, sin sentimientos que tantas veces se usaban para conseguir a una mujer, para llevársela a la cama. Conocía la teoría aunque no la practica. Aunque sonara mezquino, aunque fuera cruel, él no era ese otro tipo de hombre. Apretó los labios antes de responder.

—Si te dijera que estoy enamorado de ti, ¿te acostarías conmigo?

Ella le miró alucinada, confusa.

—¿Qué?

—¿Y si te digo que me gustas?

Kristine entrecerró los ojos.

—¿Qué es lo que pretendes?

—Ser sincero tal y como te he dicho.

—No —dijo ella cada vez más molesta, cruzando los brazos alrededor del pecho—, cambiaré la pregunta. ¿A qué has venido?

William suspiró.

—¿A saber cómo estabas?

—Estoy genial, gracias, ¿algo más?

Y ese era el momento en el que él salía de esa casa. Joder, ¿tan difícil hubiera sido decirle lo que ella quería oír?

—Será mejor que me vaya —dijo él finalmente.

—Sí, mejor —soltó Kristine sin moverse de donde estaba.

William cerró los ojos con fuerza y resopló débilmente antes de moverse hacia la puerta, cerrándola a su espalda cuando salió de la casa.

Capítulo 12

Kristine escuchó como se cerraba la puerta incapaz de dejar de temblar de rabia.

Vale, no había esperado que le declarase amor eterno pero tampoco le había pedido que le besara. Si se detenía a pensarlo seriamente no sabía ni lo que había esperado cuando lo había visto allí de pie, frente a su casa. ¿Esperanza? Sí, claro que sí. Había tenido que buscar toda la fuerza de voluntad e ignorar a Anabel para no volver a acercarse a ese hombre. ¡Ella no creía en el amor! ¡Eso no era para ella! Pero en realidad no había querido otra cosa desde que se había dado cuenta de que lo que sentía por aquel hombre era algo más que una tontería pasajera. ¿Amor? Estaba dispuesta a descubrirlo, tal vez por eso ese beso le había dado unas esperanzas que él se había encargado de destruir nada más había abierto la boca en su casa.

Kristine cerró los ojos agobiada.

No quería pensar en eso, no quería pensar en nada, pero por algún motivo que no entendía y por alguna fuerza misteriosa que no lograba entender, no podía odiar a William... al menos no del todo.

Pensándolo unos segundos, Kristine lanzó un grito ahogado y se abalanzó hacia la puerta dispuesta a bajar e interceptarlo antes de que se montara en su coche y perder la oportunidad de hablar con él. Si perdía ese momento, Kristine sabía que no conseguiría el valor suficiente para ser ella misma la que diera el paso para ir a buscarlo esta vez. Era cabezota. Y mucho.

Abrió la puerta con fuerza y estuvo a punto de chocar contra el cuerpo que había al otro lado, obstaculizando el camino, entre la puerta y la escalera.

—¿Qué...? Lo siento...

Kristine enmudeció de golpe al levantar la cabeza y mirar directamente a los ojos de William que mantenía un dedo pegado al timbre. Los dos se miraron sorprendidos.

—Kristine...

Recuperando lentamente la compostura, Kristine se enderezó correctamente con un carraspeo mal disimulado y volvió a cruzarse de brazos.

—¿Qué haces aquí? —soltó a la defensiva.

Sí, sí, quería hablar con él pero nunca había pensado en lo que iba a decir y la palabra ceder no entraba dentro de su diccionario... incluso aunque luego se arrepintiese de haber abierto la boca.

—¿Por qué salías tú de casa?

—¿Ahora me vas a decir si puedo salir o no de mi casa?

Los ojos de él la observaron con interés, sin una pizca de disimulo y Kristine se revolvió incómoda.

—No es esa mi intención.

—¿Entonces lo que quieres saber es si he salido en tu busca?

—Sí, eso es.

Tal vez por eso mismo no podía odiarlo completamente aunque fuera un imbécil integral. Su sinceridad era algo bueno... aunque no estaba segura si lo suficiente para ser capaz de aceptar o hacer un trato.

—¿Y por qué volvías?

—Aún no me has contestado.

—Tú a mí tampoco.

Los dos volvieron a mirarse en una silenciosa batalla infantil como si pretendiesen ser el último en apartar la mirada. Will fue el primero en desviarla.

—No quería irme así sin más. De esa manera tan... extraña.

—Es una bonita forma de decirlo —soltó ella sin poner las cosas fáciles.

William suspiró.

—¿Podemos empezar de nuevo?

—Empezar, ¿qué?

Estaba a la defensiva. Hasta ella lo notaba pero no podía evitar actuar de otra manera. No le salía y mucho menos resultaría natural.

—No lo estás poniendo fácil, ¿lo sabías?

—No sabía que tuviera que poner algo fácil.

—¿Prefieres que me vaya?

Esta vez Kristine no respondió tan rápidamente.

—¿Quieres irte?

—No.

Ni siquiera había dudado.

Con un suspiro bastante dramático, Kristine se apartó de la puerta, haciéndose a un lado.

—Pasa —dijo.

Aunque por un momento, uno en el que Kristine estuvo tentada de cerrarle la puerta en las narices, William dudó, permaneciendo inmóvil donde se encontraba y finalmente traspasó la puerta de su casa volviendo a acercarse al salón-comedor donde se mantuvo quieto, dándole la espalda hasta que después de unos minutos se giró despacio hasta quedar frente a ella.

—Lo siento, por lo de antes.

Esta vez fue Kristine quien dudó.

—¿Por el beso?

—No, por lo que dije.

—¿Entonces no es verdad lo que dijiste?

Si ahora decía que no, Kristine estaba preparada para echarlo esta vez de una manera definitiva de su casa. Lo último que aceptaba en su vida era la mentira.

—Es verdad pero aún siento haberlo dicho.

Kristine bufó, incrédula. ¿Ni siquiera trataba de arreglarlo? Hizo una mueca ocultando una sonrisa. Al menos seguía sin mentir.

—Vale, entonces según tú, no quieres tener una relación.

—No.

Parecía espantado.

—Pero aún así me besaste.

—Sí.

—¿Planeas seguir respondiendo con monosílabos?

—No.

Los dos se miraron muy serios antes de echarse a reír.

—Tienes que estar de broma.

—No, no lo estoy.

—Vale, de acuerdo —aceptó ella tomando aire. Debía centrarse en lo importante—. ¿Por qué me besaste?

—Si diría que fue un impulso mentiría.

—¿Mentirías?

—Pero si dijera que no lo fue también estaría mintiendo.

Kristine enarcó una ceja de nuevo molesta.

—Tengo la sensación de que te estás burlando de mí.

—No lo hago.

Y por lo serio que estaba parecía que decía la verdad.

—¿Entonces?

—Te besé porque quería besarte en ese momento.

—Eso es un impulso.

—Sí, lo es —aceptó él mirándola de esa manera tan cargada de deseo que Kristine se apretó con más fuerza los brazos contra el pecho—, pero el hecho

de que vine aquí buscándote no lo era.

—Pero eso... —comenzó Kristine nerviosa—, fue porque querías saber como estaba mi pie... ¿no?

—No, en realidad ni siquiera estaba pensando en tu pie cuando vine aquí.

Kristine contuvo la respiración unos segundos.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco.

Por la manera que lo dijo, el sufrimiento que rodeaban sus palabras, Kristine lo miró con los ojos entrecerrados cargados de rencor.

¿Ese tío iba en serio? Era como si alguien se estuviera confesando con una expresión de agonía porque aborrecía la persona de la que se había enamorado.

—Pero no hablas de amor.

—No.

Y de nuevo ahí tan contundente.

—De acuerdo —Kristine volvió a suspirar. Si no fuera porque le escocía saber que a él no le gustaba, comprendería que enamorarse era un error y le felicitaría por esa tenacidad de caer en algo tan estúpido como el amor. ¡Que se lo dijeran a ella en ese momento!—, entonces si entiendo bien me buscabas porque quieres tener sexo conmigo —sin amor, por supuesto, sin ataduras, ni romance, ni citas ni nada de eso. Ese imbécil sólo quería sexo—, ¿es así?

—Bueno... —William tuvo la desfachatez de dudar y Kristine suspiró cerrando los ojos ese instante—. No es eso exactamente.

—¿Quieres acostarte conmigo o no?

Estaba harta de tanto rodeo absurdo.

—Quiero —aceptó él.

Kristine apretó aún más los brazos sobre el pecho.

—¿Y qué hay de la mujer despampanante de aquel día?

—Es la mujer de uno de mis clientes —soltó él con aspereza.

¿Así que encima ella estaba casada? Era tan evidente que él no quería hablar del tema que la situación se convertía en obvia.

Y eso la molestaba aún más.

—No sólo es la esposa de uno de tus clientes —afirmó ella sin esperar realmente a que él le diera una respuesta. Después de todo no le había hecho una pregunta.

—Eso no tiene nada que ver contigo.

Capullo...

—No, es verdad. Conmigo sólo quieres tener sexo.

—Joder —soltó él agobiado—. Esto no tiene ningún sentido.

—Sólo trato de comprender el por qué has venido a buscarme —se hizo ella la inocente, alegrándose de que las palabras hubieran sonado indiferentes, como si nada de aquello pudiera afectarla de la manera que le estaba afectando.

—Ya he dicho...

—Si no era para saber como estaba —le interrumpió ella como si no le hubiera escuchado intervenir—, no te gusto y realmente no nos conecta absolutamente nada, ¿por qué has venido a buscarme?

William movió el cuello de un lado a otro. Le molestaba el tema de conversación y Kristine no dudaba que a esas alturas ya se hubiera arrepentido de haber regresado.

—Porque hay algo que no entiendo.

—Pues si tú no lo entiendes, ¡imagina yo! Tienes a una preciosidad que claramente se te estaba insinuando el día aquel en tu trabajo.

—Rika no estaba...

—No te confundas. No me importa la relación que tengas con ella. No es asunto mío tal y como tú has dicho pero si sólo querías tener sexo con alguien, ¿por qué no has quedado con ella? ¡Ah! —Kristine asintió con la cabeza, de pronto entendiendo la situación—, claro, ella no estaba disponible.

William bufó aunque Kristine no supo si era de indignación, de rabia o simplemente la felicitaba por haber dado en la diana. Como fuera, ahora la que se arrepentía de haber ido a buscarlo era ella.

—Ni siquiera se asemeja un poco a la realidad.

Kristine enarcó una ceja, fastidiada.

—¿Ahora vas a decirme que el interés por acostarte conmigo era porque era yo?

—Lo era.

Kristine hizo una mueca, incrédula.

—¿Quieres que me crea eso?espera, no, respondeme mejor a otra cosa, ¿por qué quieres acostarte conmigo?

William dio un paso hacia ella.

—Porque te deseo.

Capítulo 13

Kristine parpadeó, confusa, convencida de que había escuchado mal. ¿La deseaba? ¿A ella? Eso no tenía lógica. Ninguna en realidad lo mirase por donde lo mirase pero sabía que él no mentía y esta vez no era una corazonada o algo de ese tipo místico. Ya había visto con anterioridad aquel deseo febril en sus ojos cuando la miraba y también lo que ella había sentido al perderse en esa mirada, en desear experimentar lo que aquellos ojos le prometían.

—¿Y esa tal Rika? —preguntó caprichosa.

—¿Qué ocurre con ella?

La deseara o no, el tema de Rika era tabú, ¿eh?

—¿Estás enamorado de ella?

—¿Qué? —la manera en la que parecía horrorizado la descolocó—. Por supuesto que no.

Si no fuera porque Kristine no lo creía posible, aquella reacción era muy parecida a la que ella solía tener...la que había tenido, al oír mencionar la palabra amor.

—¿Y de alguien?

—¿Lo estás tú?

—¿Importa?

Hubo una pausa.

—No, realmente no.

—Para querer que me acueste contigo no estás siendo precisamente adulator.

—¿Quieres que lo sea?

—Esto es tan surrealista.

Kristine suspiró.

—No me importa ser lo que quieras que sea.

Aquel comentario la molestó.

—¿Serás lo que quiera por un rato? ¿Lo que dure el sexo?

—Sí.

Tan honesto...

—Y dime, después de acostarnos, ¿qué?

Esta vez sí dudó pero por la resolución que Kristine vio en su mirada, no dudó en responder porque no supiera como hacerlo.

—Después —comenzó despacio, sin apartar la mirada de ella, algo que Kristine le sostuvo, negándose a ser la primera que la apartara—, esperaría que realmente nada.

Kristine no pudo evitar sorber con fuerza por la nariz, asombrada.

Sí, ahora entendía por qué le había costado tanto decirlo y al mismo tiempo admiraba el valor que había tenido al decirlo sinceramente.

—Y... —empezó ella humedeciéndose los labios. De pronto no se encontraba muy bien—, ¿quieres que me acueste contigo con esas condiciones?

—No he puesto ninguna condición —aseguró él.

—No, no lo has hecho —aseguró ella más que con rabia con tristeza. De pronto se sentía mareada y deprimida.

—Eres libre de decidir lo que quieras.

—Estoy segura de ello —musitó—. Y ahora mismo no estoy de humor para nada.

—Es lo justo.

¿Y Anabel había predicado lo maravilloso que era el amor, sentirse enamorado y esas gilipolleces? Si no hubiera estado tan deprimida, Kristine se hubiera echado a reír. Y encima ella había estado criticando al novio de su amiga por ser un capullo cuando ella había ido a caer en el peor sentimiento que podía existir llamado amor y encima de un imbécil aún peor que Jonathan.

—No me lo puedo creer —musitó en voz alta.

—¿Me dices algo?

—No —murmuró Kristine—. ¿Podrías irte? Ahora mismo tenía algo que hacer y no puedo estar más tiempo contigo.

Ni siquiera buscó una verdadera excusa. Sólo le quedaba decir que quería que saliera de su casa y realmente Kristine estaba dispuesta a hacerlo, incluso gritando si hacía falta, si William insistía en quedarse.

—Entonces me iré —dijo en cambio William caminando hacia la puerta pero antes de llegar a ella se detuvo y se giró a mirarla—. ¿Te importa que vuelva?

—Dame tu número de teléfono —dijo ella en cambio—. Te llamaré.

Él apuntó el número de su teléfono en la libreta que descansaba sobre un cenicero vacío en la entrada y Kristine vio como la miraba antes de volver a girarse y salir por la puerta.

—Genial —murmuró ella apoyándose en la pared conteniendo mal las lagrimas.

Cuando consiguió calmarse, Kristine fue hasta el sofá y se dejó caer en él, agarrando su teléfono y buscó a Anabel en la agenda antes de seleccionar su nombre y esperó a escuchar su voz al otro lado de la línea.

—¡Hola!

—¿No dijiste que enamorarse era uno de los mejores sentimientos del mundo?

—¿Qué? —su amiga parecía sorprendida—, Sí, ¿por qué?

—¿No dijiste que amar a alguien te hacia mejor persona?

—¿Te ocurre algo, Kristy?

—Me dijiste que sería lo mejor que me podía pasar.

—¿Kris?

—¿Entonces por qué me siento ahora mismo como una mierda?

Kristine apartó un momento el teléfono de la oreja incapaz de retener los sollozos ni las lagrimas que le impedían ver bien.

—¡Kris! ¿qué ocurre? ¡Kris!

—Lo he visto —consiguió decir respirando hondo para calmarse.

—¿Verlo? ¿A ese Will?

—No hay ningún otro.

Al menos no otro del que estuviera enamorada. ¡Mierda! ¡Joder! ¿Ahora hasta lo reconocía?

—Kristine, ¿qué ha pasado?

Anabel se mostraba recelosa para hacer la pregunta y Kristine no podía culparla. Hasta ella no se reconocía. Llorar no era propio de ella, sentirse mal por algo así tampoco pero tal vez nunca había esperado que el chico que quería se enamorara también de ella. Eso era nuevo y la forma que había tenido William de decir las cosas la hacía sentir como una porquería, como un objeto que servía únicamente para el sexo.

—Ha dicho que quería acostarse conmigo.

—Bueno... —dijo su amiga despacio, posiblemente tanteando el terreno—, eso es un avance.

—¿Un avance?

Kristine se echó a reír amargamente.

—Kris, no sólo te ha propuesto ir a la cama, ¿verdad?

—Ha dicho que lo único que quería de mí era sexo. Sin sentimientos.

No lo había dicho de esa manera pero lo resumía bastante bien. Kristine pasó

la manga de la chaqueta por los ojos y respiró hondo, calmándose.

—¿Y qué le has dicho?

—Que se fuera.

Tampoco había sido exactamente así pero...

—Es un imbécil.

Y ella no era la más adecuada para llamar a nadie imbécil cuando Jonathan posiblemente le superaba. William al menos había ido directo y sinceramente. No había aparecido con palabras vacías de amor. Le había dejado elegir.

Kristine volvió a respirar hondo.

—En realidad se supone que lo voy a pensar.

—¿Pensar? Pensar, ¿qué?

—Si quiero tener una relación física con él.

—Eso no es lo tuyo...

—Oh, vamos, hasta ahora sólo he tenido relaciones físicas. Nunca me he enamorado de nadie. Nunca me han durado las relaciones.

—Pero...

—Lo voy a pensar, Ana, no he dicho que vaya a aceptar ya, pero aún así si dijera que no me quiero acostar con él mentiría.

—¿Y tienes alguna manera de contactarle?

—Su teléfono.

—¿Te lo ha dado?

—Se lo he pedido.

Y esta vez no había tenido la misma reticencia a dárselo.

Kristine se apoyó cómodamente en el sofá y habló un rato más con Anabel, desviando el tema a un asunto de trabajo tratando de desconectar de lo ocurrido con Will y cuando colgó, se quedó mirando un rato al vacío hasta que soltó el teléfono a un lado y se tumbó completamente en el sofá, dejándose caer a un lado.

—¿Qué hago? —murmuró.

¿Qué hacía? ¿Aceptaba acostarse con él? Ni siquiera le había preguntado de cuantas veces hablaba. ¿El polvo de una noche? ¿Encontrarse todos los viernes en un hotel? ¿Iba a convertirse en una maldita puta? Oh, no. A ella no la pagaban. Eran amigos con beneficios... ¿Y el beneficio exactamente para quien era? Porque ella aparte de estar segura que terminaría con el corazón destrozado, la experiencia le arrebataría un pedazo de su alma.

—¿Qué hago? —repitió.

Olvidarse de él y pasar del asunto. Eso era lo más sensato. Lo que debía hacer. Si no podía amarla no merecía la pena seguir alimentando unos sentimientos que no serían nunca correspondidos.

—Está enamorado de esa mujer —meditó con un suspiro.

Y no lo culpaba. Rika... así era como se llamaba y era sin duda una mujer espectacular. ¿Estaba frustrado porque estaba casada? ¡Claro! ¡Eso lo explicaba todo! Él quería que dejara a su marido y ella no había querido dejarlo, habían terminado la relación y ahora él necesitaba satisfacer sus necesidades sexuales con alguien más y qué mejor que con una mujer que parecía estar más que dispuesta a ello...

—¡Joder! ¡Qué te den!

¡Claro que no iba a aceptar algo así!

—Menuda mierda.

Lo único que lamentaba en ese momento era no haberlo mandado a la mierda como correspondía cuando lo había tenido delante.

Se incorporó bruscamente y agarró su móvil, recuperando el número de su amiga y esperó a volver a oír su voz.

—¿Ha pasado algo?

—Ya me he decidido —dijo resuelta.

—¿Sobre acostarte con Will?

—¿Qué si no? —puso los ojos en blanco—. Es que no lo sabes todo.

—¿No? —Anabel parecía muy atenta al otro lado de la línea—. ¿Qué es lo que ha pasado?

—¿Te acuerdas que te dije que había otra mujer?

—Sí, la que decidiste que era su novia.

—Pues esa, que se llama Rika, por cierto.

—¿Japonesa?

—Sí, creo que sí, tenía un aire asiático o algo así... pero ese no es el punto.

—No, no, dime.

—Bueno, la cuestión es que estaban liados.

—¿Entonces tenías razón? —parecía molesta—, ¿entonces a qué ha ido a tu casa si ya tiene a alguien?

—Está casada.

—Vale, eso lo explica todo.

—Él no lo ha confirmado pero es algo que intuyo, ¿sabes?

—Sí, puedo imaginarlo —Anabel parecía realmente enfadada—. Menudo capullo. ¡Y ella también! Siento pena por su marido.

—Sí, ¿verdad? Pero la cuestión es que creo que él está enamorada de ella...

—Y deja que adivine, ¿ella no quiere divorciarse?

—¡Seguro!

—Entonces esa tal Rika habrá cortado sus encuentros y te ha ido... ¿a buscar a ti?

Las últimas dudas en la reflexión de Anabel hicieron que Kristine también vacilara.

—Sí. Estará frustrado sexualmente y se habrá dado cuenta que a mí me gustaba.

—No sé... No eres fácil de leer, ¿sabes?

—Bueno...

—¿Bueno?

—El último día que le vi, aquel día con ella, me puse a llorar...

—¿Lloraste? ¿Por qué?

—Era de rabia pero creo que él pensó que me gustaba.

Algo que después de todo era verdad.

—Vale, entiendo...

—No voy a convertirme en el sustituto sexual de la mujer que ama solo para que él esté satisfecho sexualmente. No lo haré.

—Es una decisión razonable.

—Sé que lo es. Lo voy a llamar ahora mismo y decírselo. Realmente debí decírselo en el momento que me confesó lo que quería que fuera nuestra relación.

Kristine se levantó y caminó hasta la mesita de la entrada donde él había apuntado su teléfono y lo cogió casi con cariño, notando como le temblaba la mano al mirar el papel.

—Te dejo, ¿vale? Voy a llamarlo.

Apartó el teléfono de la oreja para finalizar la llamada con su amiga.

—Espera.

—¿Qué?

Kristine volvió a llevarse el teléfono al oído y escuchó como su amiga farfullaba algo para sí misma.

—He estado pensando.

—¿Ahora?

—Sí, sí, tú escúchame, puede que sea una locura —Kristine enarcó una ceja—, o puede que no.

—Vale, dime, ¿tengo que preocuparme por algo?

—No, no —Anabel se echó a reír—. A ti ese hombre te gusta, ¿verdad?

Esta vez hizo una mueca y suspiró antes de responder.

—Sí, supongo que sí.

¡Por eso le sentaba tan mal todo ese asunto! Si hubiera sido como antes, una simple atracción sexual ni siquiera se lo hubiera pensado. Habría disfrutado

del placer del momento y luego sin problemas.

—En realidad parece un tipo sincero, no hay intentado engañarte.

—Sí, eso lo sé.

—No parece un mal tipo. ¡Al menos en eso, que no lo conozco!

—Hm.

—Así que he estado pensando algo.

—Vale dime lo que has pensado en vez de estar dando tantas vueltas.

—No lo rechaces.

Kristine estuvo a punto de dejar caer el teléfono al suelo.

—¿Cómo dices? ¿Crees que la mejor idea es que me rebaje a ser un simple objeto sexual para el hombre que amo?

—¡No!

—¿Entonces?

—No me refiero a que te acuestes con él.

—Vale, en serio —dijo Kristine apoyándose en la pared frente a la mesita—, no lo pillo.

—A ver, si lo rechazas, ¿cuántas posibilidades hay de que lo vuelvas a ver?

—Si él no viene a mi casa o yo no voy a su trabajo mientras siga trabajando en aquella obra, ninguna.

Muy pocas en realidad. Decir imposible tampoco era factible ya que podía suceder siempre un milagro.

—Entonces no lo rechaces.

—Sigo sin entenderlo. Aunque no le rechace, si no digo nada tampoco lo voy a ver. En serio que no entiendo lo que pretendes hacer.

—¿No has dicho que está enamorado de esa mujer casada?

—Sí.

Y no hacía falta que restregara en la herida.

—Está casada y no va a dejar a su marido. No tiene ninguna posibilidad con ella, sólo le queda una alternativa.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Olvidarla.

Vale, comenzaba a entender lo que pretendía decir su amiga.

—Vale, ¿y crees que acostándome con él...?

—No vas a acostarte con él.

—¿Ah, no?

—Has dicho que quiere acostarse contigo.

—Sí, eso dijo.

Sus palabras habían sido que la deseaba más exactamente.

—Lo que significa que no le eres del todo indiferente.

—Sexualmente —le recordó.

—Vale, sí, pero no indiferente.

—De acuerdo. No me acuesto con él, ¿y qué quieres que haga?

—Fácil. Haz que se enamore de ti.

Capítulo 14

Kristine sonrió de manera mecánica al siguiente cliente que hacía un pedido para una reunión de una empresa en la que asistirían al menos cuarenta personas. Para no quedar escasos, el hombre estaba pidiendo raciones para cincuenta. Eso estaba bien. Kristine llevaba bien hacer pedidos, apuntar todo correctamente, revisarlo una vez más y asegurarse que quedaba todo correcto pero lo que no soportaba era que le pidiera su opinión.

—Entonces, ¿crees que acierto con el menú cinco o sería mejor el seis?

—Ah...

Lo odiaba. Aborrecía que le hicieran esas preguntas. No había nada bueno allí entre toda aquella porquería que alguien hacía. Lo bueno era que Kristine no conocía a los cocineros que preparaban esa bazofia. Si conocía su carácter estaba segura de que les daría algún que otro consejito —bastante cargado de sarcasmo—, de como se cocinaba. ¡Aquello distaba bastante de ser comestible! Y no era especialmente de paladar fino...

—¿Señorita?

—¿Eh?

Kristine se dio cuenta de que había borrado la sonrisa de los labios y volvió a sonreír, posiblemente más forzada que antes, ya que el hombre la miró a través de sus gruesas gafas redondas algo confuso.

—¿Está todo bien?

—Sí, claro. El menú... ¿cuál quiere?

—Le estaba preguntando si era mejor el cinco o el seis.

—Ya —Kristine hizo como si realmente leyera lo que contenía cada uno de los menús, como si realmente le interesara, sin borrar la nueva sonrisa forzada de los labios—, el cinco o el seis, ¿eh?

En ese momento se volvió a abrir la puerta y Kristine levantó la cabeza esperanzada, dispuesta a pasar el testigo a Jessica si había tenido la suerte de que su compañera hubiera llegado quince minutitos antes de la hora, pero si antes había borrado la sonrisa sin darse cuenta, en ese momento Kristine notó como desaparecía completamente y hasta perdía el color de la cara.

—No... —musitó horrorizada mirando como William la saludaba desde la puerta, posiblemente preguntándose si debía acercarse o no a ella.

—¿Señorita? —insistió el cliente mirando con curiosidad hacia atrás para averiguar qué había llamado su atención.

—El menú cinco —soltó sin pensar deseando de pronto que se marchara.

No... quien quería que se marchara era William, al menos que se fuera hasta que se hubiera cambiado de ropa. Si no se equivocaba, Kristine sabía que con el uniforme de trabajo y el pelo mal recogido en aquel espantoso gorro de color azul oscuro para proteger los alimentos, no realzaba precisamente su belleza.

—¿El cinco?

—Sí, sí, el cinco es perfecto —y ella quería largarse a al menos soltarse el pelo.

—Pero el seis...

—Si prefieres el seis ponemos el seis.

—No he dicho que quiera el seis, sólo comento que...

Kristine apartó la cabeza del ordenador donde estaba apuntando el pedido y lanzó una furibunda mirada al cliente que parpadeó cada vez más confuso y se negó a mirar más allá, a William que seguía inmóvil en su esquinita.

—Decídase, señor. ¿Quiere el cinco o el seis?

—Entonces que sea el cinco.

—Perfecto.

Kristine le dedicó una fugaz sonrisa profesional, posiblemente aún más falsa que las otras dos, y comenzó a rellenar el pedido con urgencia. Cuando finalmente terminó, imprimió la hoja y se la dio al hombre para que la firmase y abonase la cantidad a pagar.

No tardó mucho el proceso y en cuanto el hombre se alejó del mostrador, Kristine prácticamente se arrancó el gorro de la cabeza y esperó a que William se acercara a ella.

—¿Qué haces aquí? —le saludó ella incómoda.

—Me dijiste donde trabajabas, ¿recuerdas?

—Sí, lo hice, porque me lo preguntaste.

Llevaba cinco días usando ese extraño método que Anabel le había sugerido. Proyecto conquista tal y como su amiga lo había bautizado y que a ella le daba dentera cada vez que lo escuchaba. Tal y como Anabel le había dado instrucciones, lo había llamado al día siguiente de hablar con él y había aceptado acostarse con él pero que ahora estaba muy ocupada para quedar. Llevaba días dando largas, aunque más que largas, se limitaba a hablar con él por teléfono y decirle lo cansada que estaba de tanto trabajar.

Era verdad que en una de esas conversaciones se había dejado llevar y había dicho algo tan inocente como el lugar donde trabajaba pero ni de lejos hubiera imaginado que fuera a presentarse allí.

—¿Te molesta que haya venido?

—¿Qué? Oh, no, no.

Kristine se mordió el labio desviando la mirada.

—No parece agradarte mi visita.

Joder, ella no valía para ese plan de conquista extraño o lo que fuera. Ni siquiera le hacía bien a su corazón volver a verlo. Cerró los ojos un segundo y trató de usar una nueva sonrisa en él deseando que esta vez pareciera más natural.

—Me he sorprendido, sí —trató de mantener un tono suave—. ¿Y a qué se debe la visita?

—¿A comprar comida?

—No te lo recomiendo.

William la miró unos segundos sorprendido y sonrió disimulando mal la risa. Kristine también sonrió, pero esta vez de verdad.

—Lo tuyo no es ser comercial, ¿eh?

—Lo mío es la cocina... no comida como esta.

—¿Y sólo haces comida vegana?

—Soy vegetariana y no, no sólo cocino verduras. También puedo cocinar

carne.

—¿En serio? —William pasó una mano por el mostrador, como distraído—. Eso me gustaría verlo.

La sonrisa de Kristine se borró de golpe y carraspeó nerviosa. Mierda... La conversación iba bastante mal encaminada. ¿Iban a casa, le hacía la cena y luego sexo? Mirándolo de una manera más fría era un buen plan. Le gustaba cocinar, le gustaba ese hombre y le gustaba el sexo. ¿Cuál era el problema? Ah, sí, que si se acostaba con él adiós a ese plan de conquista.

Joder, tenía que improvisar algo... ¿Dónde había metido su teléfono para llamar a Anabel?

Para mayor congoja en ese momento se abrió la puerta y entró Jessica con una sonrisa y un saludo que se ahogó nada más ver a William. Rodeó el mostrador muy en silencio, posiblemente creyendo que era un cliente aunque no dejó de mirarlo como quien mira mercancía valiosa y se acercó a ella.

—Si quieres ya continúo yo...

—No hace falta. No es un cliente —dijo a regañadientes.

—Ah, vaya, ¿no?

Kristine sacudió la cabeza al ver el evidente interés de su compañera por Will y se limitó a suspirar.

—Él es Will, es... —de pronto se calló de golpe, dándose cuenta de que realmente no sabía como presentarlo. Al menos no sabía qué debía decir que era de ella. ¿Amante? ¿El hombre que sólo la veía para tener sexo? Joder, mejor sería que fuera superando esa parte.

—Un amigo —terminó él al ver que ella se había quedado completamente en blanco y aceptó la mano que Jessica le tendió desesperada por tocarlo.

—Yo soy Jessica, una amiga también —y comenzó a reírse.

Kristine puso los ojos en blanco.

—Sí, una amiga casada y con dos niños —canturreó en voz muy baja pero no lo suficiente para que su compañera no lo oyera.

Como esperaba, Jessica soltó la mano de Will y le lanzó una mirada de reproche.

—No por estar a dieta significa que no puedo ver el menú, ¿sabes?

—Vale, lo que tú digas.

—No seas egoísta y no te lo quedes todo para ti.

—Como sea. Mi turno termina.

—¡Eh!

—Espérame fuera —le dijo a Will desesperada por echarlo de la tienda—.
Me cambio y estoy contigo en un minuto.

—Puede esperar aquí si quiere.

—Espera fuera —pidió mirando directamente a Will que sin decir nada asintió
y salió de la tienda.

Como había prometido, Kristine no tardó nada en cambiarse, admirando con un rictus en los labios el poco atractivo que hacían unos pantalones vaqueros

algo anchos, unas zapatillas blancas y un jersey rosa por la cadera bastante amplio bajo una cazadora verde.

—Estupendo —murmuró saliendo a encontrarse con él.

Will se apartó de la pared al verla.

—No has tardado.

—Dije que no lo haría —asintió ella con la cabeza mirando a su alrededor con las manos en los bolsillos, incómoda, sabiendo que había perdido la oportunidad de mensajear a Anabel para que le diera una salida a esa situación—. ¿y qué te traía por aquí?

—La comida, recuerdas.

Kristine sonrió y puso los ojos en blanco.

—Vale, ahora en serio.

—Había quedado con alguien cerca y se me ocurrió pasar a verte.

—Vaya, gracias por la sorpresa, ¿era un asunto de trabajo?

¿Realmente le interesaba? Kristine sólo había hecho la pregunta para saber si se había encontrado con esa mujer, con Rika.

—No, era un asunto personal.

Uno que por supuesto no iba a compartir con ella. Kristine apretó el asa del bolso con fuerza. Escocía. ¡Vaya sí lo hacía! Y encima tenía que pretender que le daba igual.

Volvieron a quedarse en silencio y esta vez Kristine no tuvo muchas ganas de romperlo. La burbuja —si es que había existido una alguna vez— había explotado y desmenuzado en un montón de cachitos y una vez desaparecida la magia...

—¿Quieres ir a algún lado?

Kristine notó como se ponía a la defensiva automáticamente y su cerebro procesaba unas rápidas excusas.

—¿Algún lado? Estoy cansada así que...

—Pero tomar una taza de café en algún lado no te hará cansarte más, ¿verdad?

William terminó persuadiéndola y Kristine se dejó guiar por la larga calle, agradeciendo que Will no fuera de pronto un gran hablador y se mantuvieron prácticamente en silencio hasta que él abrió la puerta de una tranquila cafetería al doblar varias esquinas a la derecha.

—Vaya —admiró Kristine tocando uno de los tapizados sillones de la cafetería—, es precioso.

¿Cómo era posible que no lo conociera con lo cerca que estaba de donde trabajaba?

—Lo sé. Es uno de mis lugares favoritos.

—Hombre, Will, otra vez por aquí —le saludó un hombre de edad avanzada, con pequeñas gafas que llevaba en la punta de la nariz y una barba bastante larga de color blanco. Como si se diera cuenta del escrutinio al que era sometido desde un lado de la mesa donde se iban a sentar, el hombre giró los ojillos azules para mirarla—. Y has venido con una preciosidad.

Vale, ya le caía bien el hombre.

—Es Kristine, Paul.

—Un bonito nombre.

—Gracias —dijo Kistine con una sonrisa radiante.

—¿Y qué os puedo servir?

—Lo de siempre —dijo will.

—¿Y a la bonita joven?

—Ah, café... con leche... y azúcar.

—Muy bien.

El hombre se alejó y Kristine observó como cojeaba ligeramente antes de inclinarse en la mesa para que su tono de voz sonara más convincente para Will pero no esperó que él hiciera lo mismo al verla para que hablara en voz

baja quedando los dos rostros a escasos centímetros, con los labios a punto de rozarse. Kristine no pudo evitar pensar en el beso que se habían dado hacía unos días.

—¿Qué? —la sacó él de sus pensamientos.

—Es súper majo —dijo Kristine al fin, recobrándose y echando hacia atrás la cabeza pretendiendo ser disimulada.

—Lo conocí hace unos años.

—¿De qué?

—Yo reformé este lugar.

—¿En serio?

—Sí, y ayudé en la idea de su decoración.

Parecía orgulloso y Kristine miró fascinada como los ojos de aquel hombre recorrían cada parte de aquel establecimiento con cariño.

—Es muy bonito —aceptó ella.

William la miró.

—Fue mi primer trabajo como arquitecto.

—¿En serio?

Kristine lo miró alucinada con un pequeño retortijón de envidia.

—Sí. Fue un desafío. Era un novato y me contrató porque no tenía mucho dinero para invertir. Este lugar era un almacén con pocos metros útiles de superficie que había heredado de su padre. Necesitaba crear un espacio donde poder crear algo para sobrevivir y bueno, dimos forma a esto.

—Vaya —dijo Kristine realmente maravillada—. Siento mucha envidia de que puedas construir algo como esto. Puedes estar orgulloso de ti.

—Bueno... —rió él—. No debería decirlo yo pero sí, estoy muy orgulloso.

—No le des coba, preciosa, o este orangután no dejará de hablar de trabajo — dijo Paul dejando las tazas blancas con adornos de flores delante de cada uno de ellos—. Está enamorado de su trabajo.

Le guiñó un ojo y volvió a alejarse en cuanto la puerta volvió a abrirse.

—¿Enamorado de tu trabajo? —se interesó Kristine levantando una ceja.

—Es mi pasión —aceptó él llevándose la taza a los labios—. Pruébalo, hace un buen café.

—No lo dudo —dijo ella llevándose la taza a la nariz y la olfateó dándose cuenta de lo que hacía cuando vio como Will la estaba mirando asombrado. La dejó de nuevo sobre la mesa—. Ah...

—¿No te gusta el café?

—Bueno... No es algo que suele tomar.

—¿Por qué lo has pedido si no te gusta?

—No es que no me guste... bueno, no mucho soy más de zumos...

—Ya, la comida extraña vegetal.

—Sí, vale, sí —murmuró ella fastidiada—. Soy muy rara comiendo.

—Hablando de comida, me habías prometido una comida.

Kristine cerró la boca de golpe y permaneció así unos segundos.

—No lo prometí —protestó intentando evadir aquella conversación.

—Oh, no, pero creía que querías demostrarme que no sólo sabes cocinar verduras.

Kristine puso los ojos en blanco.

—No sólo cocino verduras.

—Hmm —dijo Will incrédulo volviendo a llevarse la taza a los labios.

—¿Dónde están los servicios? —preguntó Kristine de pronto, desesperada por

alejarse y zanjar de golpe aquel tema.

—Sí, ¿ves allí? —Will señaló con el dedo sin ningún pudor.

—Sí.

—Están al fondo.

—Vale —Kristine se levantó y agarró el bolso con ella—. Ahora vuelvo.

Puede que no diera una buena imagen que se fuera al baño con el bolso pero dejaba a Will la oportunidad de imaginar lo que más le gustase para hacer algo así, pero sacar el teléfono móvil del bolso e ir con él al servicio le había parecido aún más extraño. Era casi como decir que se iba al baño a hacer una llamada, algo que era estrictamente la verdad.

Cuando consiguió encerrarse en el baño, agarró el móvil y llamó desesperada a Anabel.

—Vale, ¿y ahora qué hago? —saludó hablando de golpe.

—Anda, hola y ¿qué tal? ¿Nos hemos olvidado ya de los modales básicos?

—Estoy con William —insistió Kristine llevándose la mano libre a los ojos.

—¿Con William? ¿Dónde estás ahora?

—¿En el baño?

—¿En el baño? —su amiga parecía horrorizada—. ¡No me digas que lo has metido en tu casa!

—No... Estamos en una cafetería.

—Ah, vale —parecía aliviada—, ¿y cuál era entonces la pregunta?

—Me ha dicho que le haga una cena o algo así, ¿qué hago?

—Da largas.

—¿Hasta cuándo?

—¿Hasta que te jure amor eterno y te diga que no puede vivir sin ti?

—¿Y si eso no ocurre? —protestó Kristine sin ánimos de seguir con aquello.
No valía para esas cosas.

—Entonces el muchacho se quedó sin cena.

Kristine no pudo evitar sonreír.

—Vale, pero, ¿qué hago ahora para seguir con ese plan? ¿Cómo se enamora a un hombre?

—Dicen que con la comida y en la cama.

Kristine bufó ruidosamente.

—Pues no me dejas hacer ninguna de las dos.

—Habrá otras maneras.

—Pues espero que tú sepas alguna porque me ha venido a buscar al trabajo y me he visto obligada a acompañarlo aquí.

—Encontrarte con él era obligatorio, ya te lo había dicho.

—Sí, pero creo que no valgo para esto. No va a funcionar. Yo no soy...

—Eres encantadora y preciosa. Con eso vale.

—No lo creo.

—Vamos, vamos —Kristine escuchó un sonido de cristal al otro lado de la línea y enarcó una ceja escuchando más allá de las palabras de su amiga—. Sólo pasa un rato agradable con él, bosteza mucho y dile que estás muy cansada y te vas a casa.

—Hmm —Kristine dejó de escuchar a Anabel, demasiado concentrada en los ruidos que se escuchaban por el teléfono—. ¿Dónde estás?

—En casa —respondió rápidamente su amiga y Kristine notó la nota de culpabilidad en su voz poniéndola directamente en guardia.

—No estás sola, ¿verdad?

—Ah... —dudó y tardó demasiado en responder como para que Kristine creyera sus siguientes palabras—. Ha venido una amiga. Tarde de chicas —rió nerviosa.

Kristine miró su reflejo en el espejo y se dio cuenta que tenía el ceño fuertemente arrugado y trató de suavizarlo, parpadeando y decidiendo no dar mayor importancia a las palabras de su amiga. Puede que sí estuviera con alguna de sus amigas y se sintiera culpable de no haberla llamado y por eso había tenido esa reacción. Algo innecesario, por supuesto. Kristine no era alguien que se enfadaba o molestase por esas cosas y decidió ignorar la vocecilla que le recordaba que Anabel la conocía muy bien como para saber eso.

—De acuerdo, pásalo bien.

—Sí, y recuerda lo que te he dicho. No cedas y no bebas. El alcohol es traicionero.

—Sabes que no bebo alcohol.

—Siempre hay una primera vez.

—Olvídalo.

Su amiga se rió.

—Llámame después y me cuentas, ¿vale?

—Sí, sí.

Colgó y esperó un poco más en el baño antes de salir y volver a la mesa donde le esperaba William.

—¿Estás bien?

—¿Hm?

Kristine movió la silla donde había estado antes de ir al baño y volvió a sentarse.

—Has tardado un poco, ¿estás bien?

—Oh, sí, sólo estoy algo cansada.

William la miró fijamente.

—Claro. ¿Quieres ir ya a casa?

—No, no. No me importa quedarme un rato.

Y ahora venía el problema. ¿Cómo trataba de seducir a un hombre para que se enamorara de ella? ¿Había alguna guía en el mercado? Incluso se conformaba con la teoría aunque un curso práctico iría de maravilla.

—Recuerdo que me dijiste que no tenías familia, ¿verdad?

Ugh.

—Si se puede evitar prefiero no hablar de ese tema.

—Lo siento —dijo él rápidamente—. No es mi intención urgir en algo.

—No, no me malinterpretes —le corrigió ella con una sonrisa cansada—. No me afecta, es sólo que no es algo de lo que me guste hablar.

Después de todo ya no tenía necesidad de que sintieran lastima de ella.

—De acuerdo, ¿y qué me dices de tu amiga?

—¿Mi amiga? —preguntó ella girando la taza con los dedos.

—Sí, esa con la que querías juntarme.

—Vale —farfulló Kristine mirándolo rencorosa—. Otro tema que tampoco quiero tocar.

—¡No! ¡Vamos! Dime algo, ¿quién es esa amiga?

—¿Por qué? —soltó irritada—. ¿Estás interesado ahora?

—No, de hecho, no. La única mujer que me está volviendo loco ahora mismo la tengo delante y no tengo ganas de ninguna otra.

Kristine detuvo bruscamente el movimiento de los dedos y estuvo a punto de derramar parte del café ya tibio y levantó la mirada para encontrarse con los perturbadores ojos de William fijos en ella. Si no hubiera sabido que era imposible, Kristine hubiera jurado que la estaba desnudando con ellos.

—¿Qué...?

Parpadeó confusa y se obligó a desviar la mirada.

—Nada —dijo él llevándose la taza a los labios y giró la mirada hacia la barra donde se habían sentado dos chicas que hasta hacía un momento habían estado devorando a William con los ojos.

—No, en serio, ¿a qué te refieres?

Insistía, sí, pero hasta Kristine sabía que era un terreno peligroso indagar de esa manera.

—No es nada, en serio.

—Ya, claro —protestó ella irritada—. Ni siquiera tenía que ver con el tema de conversación.

—Por si no te has dado cuenta —comenzó él apartando finalmente la mirada de las chicas y regresando a ella—, el tema de conversación era bastante forzado. ¿O vas a decirme que estabas encantada de verme?

—¿Qué? Sí...

—Mientes.

Kristine apretó los labios, molesta.

—Si me hubiera molestado te lo habría dicho, créeme.

—Te has visto tan obligada de acompañarme como de hablar conmigo.

Kristine bufó pero no se dio prisa en negarlo.

—¿Es mi culpa?

—¿Qué?

Esta vez el sorprendido fue él.

—Pregunto si es mi culpa que no me sienta cómoda contigo.

—Preferirías no verme —razonó él asintiendo con la cabeza.

Kristine cerró los ojos un instante agobiada.

—Tú te lo tienes muy creído o piensas que el mundo gira a tu alrededor, ¿verdad?

—¿A qué viene eso?

—No des las cosas por sentadas sólo porque tú decidas que son así —dijo Kristine cruzándose de brazos—. Recuerda una cosa, si no quisiera estar aquí, no habría venido. No dejes que nadie decida por mí.

—¿Entonces? —dijo él muy serio.

—Entonces, ¿qué?

—¿A qué viene esa tensión en la conversación?

—Yo no noto ninguna tensión, pero de haberla, piensa quién tiene la culpa.

—¿Yo?

Kristine asintió con la cabeza apretando aún más los brazos.

—No estoy segura de lo que puedo o quiero compartir con alguien como tú — Kristine ignoró la manera que Will enarcó una ceja—,ni estoy segura de los temas de conversación que tengo permitido indagar sobre ti así que como comprenderás, no es un encuentro ni cómodo, ni agradable.

Y su intención de seducirlo se iba directamente y con prisa por el desagüe del retrete. ¡Estupendo! ¿Dónde quedaba esa dichosa guía practica?

Kristine resopló frustrada pero se mantuvo firme, con los brazos cruzados alrededor del pecho y deseando que su mirada fuera lo más hostil posible.

¡Mierda! ¡Qué esa no era la manera de conquistarlo y ganarse su corazón!

Kristine cerró los ojos e hizo una mueca de disgusto. ¡A la mierda con su maldito corazón! Podía quedárselo y comérselo si le daba la gana.

—¿Por qué lo dices? —preguntó William finalmente sacándola de golpe de

sus siniestros pensamientos.

—¿Por qué? No sé... —siguió Kristine sin poder borrar toda la acidez que destilaban sus palabras e ignorando la vocecilla que le aseguraba que fuera lo que hubiera en una guía práctica sobre enamorar al hombre imbécil de enfrente, no se encontraría ni su actitud ni sus palabras como la práctica más adecuada. Incluso se encogió de hombros para dar mayor énfasis a sus palabras—, ¿tal vez porque no sé los límites permitidos y necesarios en el tipo de relación que quieres tener conmigo?

William la miró sin decir nada al principio.

—Vale —murmuró al fin, hablando muy despacio como si ella no fuera capaz de seguir sus palabras—. Aún estabas pensando sobre ello y no querías verme todavía.

¿Ese tío era imbécil?

—No. Si te he llamado es porque he tomado una decisión —escupió ella con el mismo veneno—, de lo contrario ahora mismo no querría de ti ni los buenos días.

—¿Entonces quieres decir que después no querrás ni los buenos días?

Kristine lo fulminó con la mirada pero William no se amedrentó.

—Yo lo inicio cuando quiera —siseó ella, despacio, dejando las cosas muy claras e ignoró la manera que él entrecerraba los ojos— y lo termino a mi gusto.

—Tomas el control —dijo él sin que realmente fuera una pregunta sino que a Kristine le pareció la perturbadora idea de que lo comentaba para sí mismo.

—Sí —dijo de todas maneras haciendo que él levantara la mirada, confirmando la idea de Kristine que lo había pensado en voz alta.

—Sigues enfadada, ¿eh? —sonrió él como si de pronto la idea le pareciera muy divertida.

—No creo que contigo pueda estar nunca de otra manera.

—Vaya... —silbó él haciendo que se enfadara aún más.

—Veo que te parece todo muy divertido.

—No, te equivocas —aseguró él—, sólo creo que estamos llevando mal esto.

—¿Perdona?

Era evidente que no estaba escuchando bien. ¿Lo estaban llevando mal? Oh, sí, perdona. Kristine no tenía muy claro como tenía que llevar que el hombre que amaba quisiera a otra y a ella sólo la quisiera usar para satisfacer sus necesidades sexuales.

Joder, llevarlo mal era decir poco.

—¿No lo has dicho tú?

Kristine volvió a enfocarlo con un rictus en los labios intentando recordar qué era eso que ella había dicho que había empezado esa absurda discusión.

—¿Qué es lo que he dicho?

—De lo que se está permitido hablar o no. ¿No es eso un problema en sí?

—Creo —dijo Kristine despacio— que no te sigo.

—Ponlo de esta manera —William se inclinó hacia delante—, ¿y si no hubiera ninguna prohibición en lo que hablar o preguntar?

Kristine lo miró desconfiada.

—¿Y cuál es el punto de eso? —preguntó despacio, sin dudar, mirándolo directamente a los ojos—, ¿por qué saber o conocer más a una persona con la que ya has fijado el límite de la relación que quieres tener con ella? ¿Tiene sentido lo que propones?

William la miró durante unos instantes antes de volver a sentarse apoyando la espalda en el respaldo de la silla.

—No, supongo que tienes razón.

—No lo supongas —le escupió, molesta por la naturalidad con la que

aceptaba las palabras de ella—, tengo razón.

Más que molesta en ese momento se sentía terriblemente herida.

Y se sentía como una boba por sentirse herida por algo así cuando ya sabía lo que había entre ellos. ¿Qué había esperado?

Cerró los ojos un momento y los abrió con esfuerzo, agarrando su bolso y se levantó sin mirar a la cara a William de nuevo.

—Me voy —dijo.

—¿Qué? ¿Ya? ¿Por qué?

Y a la mierda con ese absurdo intento de seducción o lo que fuera.

—Mira, creo que ha sido un error intentarlo, ¿vale? Olvida que te llamé aquel día.

Giró alrededor de la mesa y se fue rápidamente a la puerta, saliendo de la cafetería y regresando sobre sus pasos para comenzar a caminar hacia casa

—Espera.

William le agarró del brazo y la obligó a detenerse.

—Déjalo —le pidió ella—. No quiero escuchar nada. No me voy a acostar contigo. Ni hoy, ni mañana ni nunca.

Se zafó fácilmente de su brazo y siguió caminando pero no esperó que Will comenzara a caminar a su lado.

—Si es algo por lo que he dicho ahí dentro no ha sido mi intención.

—No es lo que digas o no, es un ha terminado, Will.

—Ni siquiera ha empezado —le corrigió él con una nota algo desesperada.

—Ni lo hará, Will.

Kristine vio un taxi que pasaba aquel momento al lado y se apresuró a acercarse para llamarlo, abriendo la puerta en cuando se detuvo a su lado pero

antes de que tuviera ocasión de cerrar la puerta, Will la agarró impidiéndoselo.

—Estás enfadada —dijo él—. No decidas las cosas en ese estado. Piénsalo con calma y...

Kristine suspiró y tiró de la puerta con fuerza, apartándolo y cerrándola de un golpe.

—Adiós, Will.

Capítulo 15

Will se alisó el pelo una y otra vez, echándolo hacia atrás inconscientemente, prestando sólo atención a medias a lo que decían sus dos hermanas después de la comida familiar. Los tres se habían sentado en el sofá cuando su madre los había echado de la cocina y lejos de ver el programa de la televisión que emitían en la cadena que tenían puesta, sus dos hermanas habían comenzado a hablar de temas variados a los que William había desconectado desde el principio.

Pero no podía evitarlo.

Por más vueltas que le daba al asunto, Will no encontraba el motivo por el que Kristine hubiera tenido esa reacción. Él ya había dejado claro lo que quería de ella y parecía que Kristine había estado de acuerdo pero, ¿qué era lo que había pasado aquella noche que la hiciera tan rápido cambiar de opinión?

Will suspiró, mirando el cuadro familiar que había frente a él colgado en la pared.

—¿Will?

—¿Hm?

Will levantó la mirada hacia su hermana que se había sentado en el borde del sofá y lo miraba con interés.

—Rose... ¿y Jenny?

—Si nos hubieras estado prestando atención, por mínima que fuera, te habrías enterado que había quedado con una amiga para mirar un regalo. Ya se ha ido. Incluso te ha dado un beso en la mejilla y no te has inmutado.

—No me he dado cuenta —se disculpó—. Estaba distraído.

—Claro que estabas distraído —aseguró Rose dejándose caer hasta su lado—
pero, ¿por qué?

—Nada importante. Sólo pensaba.

—¿Y puedo saber qué era eso que tanto pensabas que te ha hecho perderte
hasta el punto de no ver nada de lo que había a tu alrededor?

—Nada importante —aseguró encogiéndose de hombros—. Cosas del trabajo.

—¿En serio? A mí no me engañas, Will.

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes —aseguró su hermana.

—Era trabajo. Me han encargado un...

—Sé que adoras tu trabajo, Will, pero nunca te has comportado así por trabajo, así que sólo puede ser por una cosa.

—¿En serio? —rió Will— ¿Y qué es eso según tú?

—Una mujer.

La sonrisa de Will se borró de golpe y la de su hermana se ensanchó.

—No es eso.

—Sí, ya, claro.

—No tiene nada que ver.

—¡Venga ya! Sólo tenías que verte ahora mismo. Y dime, ¿cómo es ella?
¿Quién es? ¿La conozco?

—No puedes conocer a nadie que no existe.

Para dar mayor énfasis a sus palabras, en ese momento comenzó a sonar el

móvil que había dejado reposando sobre la mesita de madera frente al sofá pero Rose fue más rápida, cogiéndolo antes de que él pudiera evitarlo y se apartó de su alcance para poder mirar de quien era la llamada.

—Vaya...

—Rose, dame el teléfono.

Will se levantó para ir tras su hermana.

—¿Quién es esa tal Rika?

—Un cliente y ahora dame el teléfono.

—¿Un cliente y lo tienes en tu agenda con su nombre? ¿Rika?

—El teléfono, Rose.

William endureció el tono pero sabía que eso le importaría poco a su hermana. Tenía hijos y sabía lidiar muy bien con sus berrinches. No iba a amedrentarse por él, pero antes de que ninguno de los dos diera el brazo a torcer, William escuchó la vibración en la mano de su hermana que le indicaba que había

tenido un nuevo mensaje.

Se movió rápido, quitándole el teléfono de la mano bruscamente pero sabía que no había sido lo suficientemente rápido para que no llegara a leer el mensaje.

—¿Quedar en un hotel? Hm —dijo con una sonrisa maliciosa—, Claro, un cliente, por supuesto.

—Quedamos en un hotel para hablar de trabajo —improvisó Will sin ganas de hablar del tema—. Nada más.

No es que tuviera que verse obligado a dar explicaciones a su hermana pero sabía lo que ocurriría si llegaba a enterarse que era una mujer casada. Rose era más estricta incluso que Jenny para esas cosas. ¿Cómo era lo que tanto decía? Ah, sí, “No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti” Tenía sentido, sí, pero él ya no tenía corazón para importarle alguien lo suficiente como para volver a temer que se lo arrebatasen.

—Will, lee el mensaje. Pone la habitación en la que te espera.

De mala gana Will le hizo caso comprobando que su hermana tenía razón y maldijo con los dientes apretados.

—De acuerdo, tú ganas, entre Rika y yo hay algo más; en realidad hubo. Lo nuestro es agua pasada.

—No te lo tomes a mal, Will, pero ella no parece estar de acuerdo con eso.

—Sí, bueno, aquí últimamente nadie está de acuerdo con nada.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—De nada.

Vio como Rose hacia una mueca de indiferencia antes de volver a sonreír burlona.

—Vale, pero dime, ¿quién es esa tal Rika? ¿Cómo os conocisteis?

Will suspiró. Sabía que ya no había manera de terminar con ese interrogatorio.

—Era un cliente —reconoció.

—Interesante.

—Déjate de estupideces.

—¿Y cuándo empezó lo vuestro?

—A los dos meses de conocerla.

Sin contar todas las insinuaciones que ella le había hecho y que él simplemente no había ignorado. Si tenía que admitirlo, la culpa la tenían los dos.

—Eso es rápido. ¿Amor a primera vista?

—Un amor imposible, ya sabes, —le guiñó un ojo a su hermana. Si había una forma de terminar con esa conversación era o bien casándose o bien reconociendo que su relación era sólo física.

—¿Imposible? —preguntó Rose extrañada.

—Sí, es una mujer casada.

Rose borró la sonrisa bruscamente y le golpeó varias veces en el brazo.

—¿Eres idiota?

—Es cómodo y fácil.

—Y tiene marido.

—Algo que a ella no le importó.

Rose bufó.

—¡Tenía marido, Will! Dime que no lo sabías cuando empezaste con ella.
¡Dímelo!

Will suspiró. Bueno, él había sido quien había decidido zanjarse el tema de esa manera así que ahora no podía quejarse.

—La conocí porque su marido era un cliente así que sí, sabía que estaba casada.

Rose le miró horrorizada.

—¿Cómo has podido?

—Era fácil y cómodo, ya te lo he dicho.

—Joder, Will, ¿has perdido la cabeza?

—Puede que tengas razón, puede que haya perdido la cabeza.

Y no precisamente por el tema de Rika. Su mente sólo estaba llena de pensamientos sobre Kristine. Se sentía cómodo con ella, era divertido estar con ella y le gustaba hacerla rabiar, ¿fue algo de lo que dijo tal vez?

Will suspiró y fue hacia la cocina.

—¿A dónde crees que vas? —espetó Rose detrás de él.

Will puso expresión inocente.

—Ha despedirme de nuestros padres.

Su hermana puso los brazos en las caderas y lo miró desafiante.

—Estamos hablando.

—Ya, pero yo no quiero oír eso que tienes que decirme.

—Si todo se solucionara diciendo que no quieres escucharme, nadie hablaría de los problemas.

—No hagas una montaña de un grano de arena, Rose —dijo Will molesto pero dándose cuenta que Rose no daría el brazo a torcer y que aquello podría convertirse en un problema si abarcaba también a sus padres, decidió ceder y suspiró, girándose completamente hacia su hermana—. Tienes razón, ¿vale? Cometí un error. Nunca debí acostarme con ella pero fue lo que surgió.

—¿Y por qué no lo dejas ya?

—¿Qué? No, ya no tengo ese tipo de relación con ella.

A la única mujer que deseaba y que estaba desesperado por meterla en su

cama —o en cualquier otra cama—, era a Kristine y ella no parecía muy dispuesta.

—¿Ah, no? ¿Y el mensaje? ¿La llamada? ¿Vas a decirme que ya no te ves con ella?

—No, no me veo con ella —dijo muy serio—. Es verdad que ella me ha estado llamando y ha intentado quedar conmigo pero no he contestado sus llamadas y tampoco sus mensajes.

Era cierto. Sólo había hablado con ella una vez después de aquel encuentro y había sido para decirle que era mejor no continuar con aquello. Había esperado ingenuamente que lo comprendiera pero Rika se había enfadado y Will había decidido ignorar todos sus intentos por comunicarse con él. Daba por perdida su relación de trabajo con su marido, una decisión difícil y complicada ya que los proyectos con el señor Donawal habían sido un desafío y muy fascinantes, pero una cosa conllevaba a la otra y su decisión definitiva fue no volverse a ver con Rika.

—¿Y ella insiste?

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer?

—Lo que he hecho hasta ahora. Ignorar sus llamadas y ahora —le dijo apoyando una mano en su hombro—, creo que tienes un hijo a quien ir a buscar al colegio.

—¿Qué? —Rose miró la hora alarmada—. ¡Dios mío!

—Anda, coge tus cosas, te acerco.

—No creas que voy a perdonarte por eso.

—No espero que me perdones —rió él.

Vio como Rose salía corriendo a por su abrigo y él entró a la cocina a despedirse de sus padres.

Capítulo 16

Kristine no era capaz de salir de su asombro, incapaz de centrarse en el trabajo y había cometido tantos errores que no llega a ser Anabel quien estaba a su lado, solucionándolos, posiblemente la hubieran despedido ese mismo día.

—¿Y bien? —susurró su amiga cuando se acercó a su lado con la excusa de coger un bolígrafo.

—Bien, ¿qué?

—No te hagas la tonta.

Kristine mantuvo la sonrisa en los labios, posiblemente congelada mientras miraba con la mente en blanco la pantalla del ordenador con el programa del pedido a medio rellenar. De una manera rígida que parecía que había tenido algún tipo de mala postura aquella noche y sufría de tortícolis, se giró hacia las dos mujeres, aún más rígidas que ella y de aspecto severo a quienes atendía en ese momento.

—Eh... ¿podrías volver a repetirme el pedido?

Una de ellas hizo un extraño tic con el ojo y la otra la miró como si se hubiera vuelto loca. No las culpaba. Era la segunda vez que las hacía repetir el

pedido.

—¿Otra vez? —dijo una de ellas en un tono bastante evidente de fastidio.

—Lo siento —intervino Anabel haciéndole señas con una mano por debajo del mostrador para que sólo lo viera ella, indicándole que se apartara—. Hoy mi compañera no se encuentra bien. Yo me encargaré de atenderos y perdonad de nuevo por todos los inconvenientes.

Kristine se hizo obedientemente a un lado, soportando como si no escuchara desde donde se encontraba, ocupando el lugar que había estado atendiendo Anabel, como las dos señoras decían de ella de todo menos bonito.

Suspiró sin darle mayor importancia y miró hacia la puerta, nerviosa.

Su mañana había empezado bien. Le gustaba ese turno. Solía ser más movido, mucha más gente pero le ayudaba a no pensar y eso le gustaba. Desde que había cortado el contacto con William hacía cinco días, prefería trabajar y no pensar en algo tan absurdo como sentimientos, pero no había esperado que William volviera a entrar por la puerta con ese aire tan digno que siempre llevaba, se acercara al mostrador sin importarle la gente que estaba esperando y dijera con toda la calma del mundo:

—Te espero en la cafetería de al lado. Ven cuando acabes el trabajo.

Kristine no había sabido ni que responderle, aunque sí que había pasado por su cabeza mandarle a paseo ya sólo por la manera que lo había dicho. ¿Eso había sonado a una orden?

Y ahí era donde se había estropeado su estabilidad mental. No había sido capaz de concentrarse y el hecho de que Anabel la mirara inquisitiva y con curiosidad desde entonces no había ayudado.

—Vale, ¿me vas a decir quién es? —explotó su amiga cuando despachó con una sonrisa a las dos señoras que salían en ese momento por la puerta.

—Es Will —dijo Kristine sin ganas de hablar de ello.

—¿No habías dicho que habías roto con él?

Kristine puso los ojos en blanco.

—No rompí con él. No teníamos una relación para romper.

—Bueno, lo que sea, pero, ¿ese es Will? ¿En serio?

—Sí...

—Hmm.

Kristine miró a su amiga entrecerrando los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Ahora estás interesada?

—¿Qué? No, no, pero admito que está bastante bien... Joder, está buenísimo. ¿Seguro que no quieres tirártelo al menos una vez aunque no quieras saber nada de él?

Kristine giró el cuello bruscamente para mirar a su amiga, alegrándose que en ese momento no hubiera ningún cliente.

—¿No fuiste tú quien dijo que no me acostara con él?

—Dije que no lo hicieras hasta que se enamorara de ti.

—No iba a enamorarse de mí.

—Además, tú pensabas decirle que no de todas maneras, ¿recuerdas?

—Da igual. No voy a hacer lo que a él le da la gana. ¡No soy un maldito objeto!

—Uno sexual, además —asintió su amiga con la cabeza, muy seria.

—¿Te estás burlando?

—Joder, no, pero, chica, que no esperaba que estuviera tan bueno. Llego a saber que es así y lo que te aconsejo es que te acuestes con él —Kristine entrecerró aún más los ojos—, ¡Para que no hubiera arrepentimientos luego!

—Vete a la mierda.

—Vale... ¿y qué vas a hacer?

—No voy a ir.

—¿No?

Su amiga comenzó a enredar con las hojas de las facturas.

—No.

—¿No es una pena?

—¿Una pena? —estalló Kristine—, ¡pero si casi me lo estaba ordenando!

—Sí, es verdad, pero había gente, no se iba a poner en plan romántico delante de todo el mundo para que empezaran a protestar, ¿no? ¿Te lo imaginas?

—No... ¿de qué estás hablando? —protestó Kristine.

—Oh, vamos, ¿hubieras preferido que se hubiera puesto al lado del tío ese extraño de los bigotes alargados y mirándote con ojitos tiernos te saltara, Kristy, ¿quieres que vayamos a tomar algo después del trabajo? Venga, di que sí, te echo mucho de menos...?

Kristie hizo una mueca de repugnancia mientras su amiga hacía un teatro de la representación de lo que hubiera sido si Will se hubiera comportado como un perfecto idiota.

—Déjalo, Anabel, comienza a darme vergüenza ajena —rió Kristine.

—Vamos, Kris, sólo ve a hablar con él. Eso no hace daño a nadie y es en público, no es como si fuera a empujarte sobre una mesa y follarte en contra de tu voluntad.

—¡Ana!

—¿Qué? —se defendió Anabel—. Chica, algunas veces comienzo a creer que aún eres virgen.

—Claro que no lo soy.

—Pues una mojigata lo pareces.

—¡Venga ya!

—¿Entonces? ¿Irás?

Kristine bufó.

—Sí, vale, iré. Dejaré que diga lo que tenga que decir y me iré.

—Eso es. ¡Esa es mi chica!

Pese a sus palabras y decidir que hablaría con él, cuando Kristine salió del trabajo con varios contratiempos más a su espalda y después de casi tres horas, no esperó encontrarse a William en la cafetería del al lado como había dicho.

Sin entrar se asomó a las grandes ventanas, mirando por los cristales todas las mesas pequeñas de marrón, buscando entre las caras a William pero no lo encontró.

—Por supuesto que no esperaría tanto tiempo —murmuró enderezando la espalda para marcharse no muy segura de qué era lo que tenía que sentir en ese momento y con un suspiro se giró.

—Podría haber esperado más —soltó William cuando ella estuvo a punto de chocar contra su pecho.

—¡Ah! ¿Qué haces fuera?

—Salí a estirar las piernas. Tres horas es mucho tiempo para estar estático y sin moverse.

—Ya...

Kristine miró a Will con disimulo. No sonreía pero le miraba con aquellos ojos aún más brillantes que de costumbre y notó como todo su cuerpo se estremecía. Dio un paso hacia atrás.

—¿Estás bien?

Kristine vio como Will entrecerraba los ojos y tragó con dificultad, desviando la cabeza.

—Perfectamente —murmuró—, ¿qué era lo que querías?

—Tenemos una conversación pendiente.

—No tenemos nada de eso. Fui lo suficientemente clara el otro día.

Se cruzó de brazos completamente a la defensiva.

—Sé —comenzó él— que debí decir algo que te molestó. Lo siento, no fue mi intención.

—No es eso —dijo Kristine con un suspiro, agotada—. Mira, dejémoslo. Es lo mejor.

Intentó alejarse de él. Pese al nudo que sentía en el pecho, sabía, entendía que lo mejor era cortar aquello de raíz.

—Espera —pidió él—. Sé que tal vez he sido un imbécil.

Kristine se detuvo y suspiró, girando a medias la cabeza.

—Eres un imbécil —aseguró ella—, pero no planeas dejarme en paz, ¿no?

—Hay cosas que simplemente no puedo ignorar.

—Ya —dijo Kristine con un nudo en la garganta—. Me deseas.

—De una manera irracional.

Y ahí quedaba todo. Kristine notó como le temblaban los labios y se le desgarraba una parte de dentro. No servía para esas cosas, no servía para enamorarse y continuar en un bucle sin sentido donde sus sentimientos nunca serían correspondidos.

Pero también lo deseaba.

Apretó los labios con fuerza, un segundo, antes de girarse completamente y despegar lentamente los labios, clavando sus ojos en la mirada verde de aquel hombre.

—De acuerdo —aceptó notando como una parte de sí misma se resquebrajaba más y más, sintiendo como cedía y rompía.

—¿De acuerdo? —preguntó Will con curiosidad.

—Sí, venga, acostémonos. Es lo que quieres, ¿no?

Kristine echó a andar hacia su casa, caminando delante de él con la intención de no verse obligada a verle la cara, para que él no viera su expresión, las ganas de llorar que tenía y lo mal que contenía las lágrimas.

—Espera.

No se detuvo.

—Iremos a mi casa —continuó.

—Espera.

—Pero será esta única vez...

—¡Espera!

William la alcanzó y la agarró suavemente del brazo, tirando de ella y obligándola a darse la vuelta. Kristine mantuvo la cabeza gacha, con el cabello cayendo por la cara y no puso ninguna resistencia cuando William la agarró de la barbilla, casi con ternura, y le levantó la cabeza para poder mirarla a los ojos.

—Pero después de esto —continuó ella sin importarle que el viera la humedad de sus ojos y que se hiciera todas las ideas que quisiera. Esta vez posiblemente estaría en lo correcto. Tampoco le importó que notara el temblor de sus labios y su voz al hablar—, después de esto se acabó. No me busques, no vengas al trabajo ni a mi casa. Olvídate de mí.

—Dame un segundo, ¿quieres? —pidió él, soltando la barbilla con cierta reticencia—. Se supone que esto lo tenemos que disfrutar los dos. No pretendo obligar a nadie. La idea es que lo disfrutemos los dos. Si no quieres es suficiente, perdona si te has visto obligada a algo.

Kristine respiró hondo. Suponía que no había previsto aquello, no había pensado que podría sentarse a hablar con él y decirle que no estaba interesada. Eso, posiblemente, era lo mismo que decirle que no quería volver a verlo.

Pero era algo que ya estaba mentalizada.

Volvió a respirar hondo.

—No te confundas —dijo sin conseguir dar la entonación suficiente para ser convincente—. Nadie me obliga a algo. Si digo que haré algo es porque quiero hacerlo. Nadie me va a obligar a nada.

William la miró fijamente y sonrió.

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

—Bien.

—Pero —siguió ella, impasible, levantando la cabeza desafiante—, será la última vez que nos veamos.

Capítulo 17

Su piso estaba exactamente igual a como lo había visto la primera y única vez que había estado allí.

Esa sensación de vacío, de soledad asfixiante, esa extraña necesidad de darse la vuelta y abrazar a la mujer que había andado varios pasos por delante de él, en silencio, y hacer que sintiera que no estaba sola, que esa abrasadora soledad desapareciera para siempre.

—Vale, ¿cómo lo hacemos? ¿Vamos directamente a la habitación?

—¿Te importa si primero nos sentamos y hablamos un rato?

—¿Qué?

William se giró finalmente para mirarla. Parecía nerviosa y Will no dudó en que terminaría haciéndose sangrar del labio si seguía mordiéndolo con tanta fuerza.

—Hablar —insistió—. Preferiría hacer algo antes de ir a la cama.

—¿Eres de los que necesitan ponerse a tono antes?

William enarcó una ceja, divertido por la observación y no pudo disimular una risita que sólo consiguió que Kristine se sonrojara visiblemente.

—No...

—¡Vete a la mierda!

—No, no, espera —dijo él agarrándola del brazo antes de que pasara de largo a su lado pero ella apretó los labios con fuerza y tiró bruscamente, soltándose y siguió su camino hasta la habitación. Con un suspiro, respirando hondo para calmarse antes de seguir sus pasos, William se acercó hasta la puerta de la

habitación y permaneció en ella, sin entrar, mirando el menudo cuerpo de la mujer sentado en la cama con una expresión taciturna—. Lo siento.

—Olvídalo, ¿quieres?

—No, no quiero olvidarlo. Responderé tu pregunta.

—No me interesa.

William entró despacio en la habitación, acercándose a ella y se detuvo enfrente.

—No necesito ponerme a tono —dijo muy despacio, notando como todo su cuerpo vibraba cuando levantó una mano y enredó los dedos en su cabello—. Tu sola presencia ya me excita lo suficiente.

Kristine levantó la cabeza, despacio, para mirarle a la cara completamente sorprendida y durante unos instantes los dos permanecieron observándose, haciendo que los pequeños estremecimientos de ella comenzaran a volverle loco.

—Eres... un imbécil... —musitó ella apartando primero la cabeza, bajando el cuello.

William sonrió.

—Un imbécil al que estás volviendo loco.

—Sí, claro —susurró ella con voz ronca.

William observó su mano que seguía acariciando la cabeza de Kristine y en un acto involuntario, tiró de ella, acercando con cuidado su cara a la palpitante entrepierna donde ya ejercía presión su pene.

—No hagas nada que no quieras hacer —dijo con voz débil, en voz muy baja.

Sabía que se estaba dejando llevar por sus impulsos, por su deseo irracional y enfermizo hacia esa mujer, algo que le asustaba y no quería llegar a hacer algo por lo que luego se terminaría arrepintiendo, algo por lo que Kristine tuviera que arrepentirse después.

Necesitaba marcar una línea, necesitaba que ella marcara la línea para saber hasta dónde debía cruzar.

Para su sorpresa, la boca de Kristine acarició su incipiente erección a través

de los pantalones, mordiendo y haciendo que William apretara con más fuerza su mano en su cabello, conteniendo la respiración bruscamente.

Lentamente, Kristine también acercó sus manos a sus muslos, acariciándolos mientras deslizaba la yema de los dedos por la tela del pantalón hasta alcanzar las ingles, donde apretaron tortuosamente su miembro y comenzó a desabrochar el pantalón, bajando la cremallera y mordió suavemente su pene a través de la tela del calzoncillo, arrancándole un jadeo.

—Espera un segundo, Kristine —pidió William tirando suavemente de su cabello hacia atrás para apartar la boca de ella de entre sus piernas.

Los ojos de ella le miraron vidriosos por el deseo haciendo que toda la fuerza de voluntad que había necesitado para apartarla se debilitara bruscamente y contuvo el aliento.

—¿No te gusta? —preguntó ella despacio, sin desviar la mirada.

—Demasiado —soltó él sinceramente, carraspeando un segundo después para centrarse.

—¿Entonces?

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Ella frunció el ceño.

—No lo haría si no quisiera —soltó como si fuera algo evidente y que no necesitara esa interrupción—. Sinceramente no sé cuantas veces tengo que repetir esto.

William abrió la boca para decir algo más pero no llegó a hablar.

Los dos escucharon como se abría la puerta de entrada y William sintió como el cuerpo de Kristine se ponía rígido y se ponía de pie de golpe haciendo que Will apartara los dedos de su cabello bruscamente y los dos se miraron a la cara.

Los ojos de ella estaban muy abiertos, llenos de ansiedad y parecía que empezaba a hiperventilar.

—Mierda —escuchó que escapaba de sus labios realmente preocupada.

William notó una extraña sensación subiendo por su espalda y hundiéndose en su estómago haciendo que toda la calor que había llameado dentro de él se enfriara de golpe.

Conocía esa sensación, el hormigueo nervioso tensando los músculos de sus piernas y brazos y el golpeteo irritante de su corazón resonando en las sienas.

Notó seca la garganta cuando preguntó:

—¿Tu novio?

Kristine había desviado la cabeza hacia la puerta.

—No, peor, Anabel —dijo realmente acongojada.

—¿Anabel?

—Sí, sí —susurró hiperventilando—. Es la única que tiene llaves de mi casa.

—¿Anabel? —repitió él, sintiendo como toda la tensión acumulada hacía un segundo, cuando había escuchado abrirse la puerta y visto la reacción de ella, se disipada como la niebla de la mañana.

—Sí, mi amiga, aquella con quien dije que empezaras a salir... Estaba en la

tienda cuando entraste...

William contuvo mal una risita y Kristine le lanzó una mirada de reproche haciendo que él levantara las manos para demostrar su buena disposición a no discutir.

—¿Kristine? ¿Estás en casa?

—¡Eh! Sí, sí... —gritó nerviosa.

—Tal vez... —empezó él a hablar siendo interrumpido por la mano de Kristine sobre su boca.

—¿Dónde estás?

William agarró la mano con la que Kristine le había tapado la boca y comenzó a lamer los dedos sintiendo como ella se estremecía violentamente, girando la cabeza hacia él con los ojos muy abiertos, impresionada.

—¿Qué...?

—¿Kristine?

—¿Eh? Sí, ahora salgo... —William introdujo uno de los dedos en la boca y lo succionó con fuerza haciendo que Kristine ahogara una exclamación—. ¿Qué haces? —preguntó sofocada, olvidando de pronto mantener el tono bajo.

—¿Me dices algo, Kristy?

—¿Qué? No, no —dijo precipitadamente, arrancando su dedo de la boca de William que sonrió socarrón—. ¿Te has vuelto loco? —susurró mirando la puerta medio entonada de la habitación antes de volver a girarse hacia él y clavar la mirada en sus ojos.

—Diría que sí —aseguró él conteniendo mal los deseos de empujarla sobre la cama.

Ella debió adivinar lo que estaba pensando porque desvió un momento la mirada hacia la cama y tratando con esfuerzo carraspeó, sonrojándose.

—Lo siento, no creí que Ana fuera a venir...

—No importa.

Bueno, eso ni él mismo se lo creía.

—¡Y súbete los pantalones!

William la miró con fingida indignación.

—¡Fuiste tú quién los abriste!

William vio como se intensificaba su rubor y se mordía el labio con fuerza.

—¿Y ahora qué hacemos?

William se encogió de hombros, sin comprender donde residía el problema en esa situación. Eran dos personas adultas y la persona que había entrado no era ni siquiera un familiar, algo por lo que hubiera comprendido un malestar.

—¿Por qué no enfrentamos la situación como adultos? —sugirió—. No creo que tu amiga vaya a quemarnos en la hoguera.

Por la expresión de espanto que puso Kristine, William tuvo dudas de que no fuera a enfrentarse con la inquisición al otro lado de esa habitación.

—Tú no lo entiendes —se lamentó ella.

—¿Quieres que me esconda?

Era una broma, por supuesto, pero William vio como se le iluminaba el rostro a Kristine y enarcó una ceja, de pronto preguntándose que tipo de monstruo era aquella amiga.

—¿No te importa?

William abrió la boca para replicar algo pero no le dio tiempo de decir nada. La puerta se abrió de un golpe y entró a la habitación una mujer con una sonrisa que borró de golpe al verlos allí parados, fijándose especialmente en la manera que William se terminaba de abrochar la cremallera del pantalón sin demasiado pudor.

—¿Pero qué...?

La mujer no terminó la frase, girando violentamente el cuello hacia Kristine que desvió la cabeza con un tono pálido, completamente avergonzada.

—No es eso... —llegó a decir Kristine.

—¿No lo es? —siseó la mujer levantando las cejas significativamente, mirándola fijamente.

—No creo que esta situación... —empezó a explicar William.

—Tú mejor te callas —le cortó la mujer girando el cuello hacia él y lo fulminó irracionalmente con la mirada—. Y ahora si soy yo la que estoy molestando me lo decís y me voy.

—No, no —Kristine respondió rápidamente y le lanzó una suplicante mirada a Will que suspiró ruidosamente.

—Yo ya me iba —dijo y agarró a Kristine del brazo—. Acompáñame a la salida. Por si me pierdo —añadió con una nota irónica y salió de la habitación lanzando una mirada a la mujer que bufó y se cruzó de brazos.

William escuchó los pasos de Kristine a su espalda, por el pasillo hasta que se abrió la puerta de entrada y se detuvo, girándose para mirarla.

—¿Te llamo mañana? —preguntó como si no estuviera muy convencida de poder afirmarlo en vez de preguntarlo.

—¿Seguro que quieres llamarme?

Kristine abrió y cerró los labios sin llegar a decir nada y a William se le antojó semejante a un animal acorralado.

—De acuerdo —dijo él al final con una sonrisa—, pero si vamos a ir a algún lado lo elijo yo.

—No creo que... —empezó a protestar ella cuando los dos notaron la presencia de la amiga al escuchar un sonoro y deliberado carraspeo.

Anabel lo miraba a él con el ceño fruncido, expresión poco amigable y los brazos cruzados alrededor del pecho.

—Ya hablaremos —soltó de pronto Kristine cerrando la puerta bruscamente.

William parpadeó confuso. ¿Qué era lo que había pasado exactamente ahí dentro? Unas punzadas en su ingle le recordó dolorosamente que había dejado algo sin acabar y que solicitaba atención inmediata. William sonrió con desdén.

—Supongo que eso me pasa por ser un completo capullo.

Capítulo 18

—¿Vas a explicármelo?

Kristine miró la puerta cerrada unos instantes más antes de respirar hondo, varias veces, y girarse hacia su amiga que había cruzado los brazos sobre el pecho y la miraba con las cejas levantadas, expectante ante su respuesta.

—No es... lo que parece.

Anabel bufó, indignada.

—¡Estaba en tu habitación!

—Ya, pero...

—¡No soy ciega! ¡Cuando entré estaba terminando de subirme los pantalones!

—No —soltó Kristine enfadada, mirando a su amiga tan decidida que pareció templar los ánimos al ver su expresión—, no has podido ver como se sube los pantalones porque en un principio ni siquiera se los ha bajado.

—¿Qué?

Por unos instantes ninguna había dicho nada, únicamente mirándose mientras Anabel ladeaba la cabeza, alzando aún más las cejas y Kristine, comprendiendo lo que había dicho, notó como sus mejillas aumentaban de temperatura y se revolvió nerviosa.

—No es...

—¿Qué estabais haciendo en la habitación? —soltó Anabel con evidente curiosidad.

—No es lo que piensas —se apresuró a decir, no muy segura de lo que su amiga imaginaba y menos aún de tener que dar explicaciones de lo que había estado a punto de hacer hacia un momento en su habitación.

—No imagino nada —soltó Anabel echándose a reír y rompiendo de golpe la tensión que se había creado al principio entre ellas—. En serio, no me lo creo.

—¡Oye! ¡Qué no es eso!

—Que da igual, que puedes hacer lo que quieras, ¿sabes? No me parece mal si quieres hacerlo.

—Joder —masculló Kristine irritada, echándose el pelo hacia atrás cada vez más avergonzada—. Sólo era sexo oral, ¿nunca lo has probado?

—Bueno, no, ¿y tú?

Kristine se encogió de hombros todo lo indiferente que pudo. ¿De verdad estaba teniendo esa conversación con Anabel?

—No pero me apetecía y...

—Y yo interrumpí —terminó Anabel sin dejar de reír.

Como respuesta, Kristine hizo un sonido que se asemejó más a un gruñido.

—Da igual, ¿vale?

—No sé yo si él pensará lo mismo como ahora tenga los huevos bien apretados dentro de la ropa y doloridos.

Kristine hizo una mueca y desvió la mirada, llevándose una mano avergonzada a la cara. Joder... Con la aparición de Anabel se había olvidado de todo, incluso de esa posibilidad tan natural. Si volvía a verlo era evidente que él preferiría matarla.

—¿Puedes dejarlo ya?

Anabel asintió con la cabeza conteniendo bastante mal las risas y cuando por fin se calmó, mantuvo una sonrisilla burlona.

—Sí, si, ¿y así que esa es tu respuesta? ¿Eliges sólo sexo?

Kristine suspiró, echando hacia delante los hombros, abatida.

—Accedí a una noche y luego no nos volveríamos a ver.

—Vaya —silbó su amiga—. Y yo interrumpí —insistió.

—Da lo mismo.

—¿Seguro?

Su amiga la miró con una muestra de desconfianza, algo que le daba los años que llevaban juntas.

—Hm, sí.

Al final, con un suspiro, Anabel se acercó a ella y le dio un rápido abrazo antes de pasar un brazo por sus hombros, guiándola hacia el sofá donde le animó a sentarse.

—¿De verdad has decidido rendirte?

La pregunta no le pillaba por sorpresa pero aún así, Kristine hubiera deseado no oírla.

—No es que me rinda —dijo muy cansada—, es que no sirvo para esto. Si alguien no me quiere no se puede obligar a que lo haga. Punto.

—Pero...

—Ya, déjalo. No sé seducir a nadie, no me apetece tampoco —se encogió de hombros—. Da igual. Al principio dicen que duele pero como no ha habido una relación no hay recuerdos que me destrocen la vida, sólo el sabor amargo de unos sentimientos no correspondidos y pasará.

—Kristine...

—Da igual —Kristine se acomodó en el sofá, desperezándose, mientras se estiraba tratando de dar la impresión de que nada de aquello le afectaba, que ya todo estaba bien y poder engañar a su amiga—. Esto se acaba ya.

Lo superaría. Eso era verdad. Volvería a su vida de antes, a la rutina que nunca había abandonado y si no volvía a verlo tarde o temprano dejaría de pensar en él.

—Kristine...

—He dicho que está bien.

—¡Y una mierda! ¿Crees que alguien puede estar bien cuando hasta aceptabas al menos acostarte una vez con él? ¿Crees que soy estúpida?

—No creo que seas nada, sólo...

Sólo, ¿qué? ¿Quería el premio de consolación? Kristine cerró los ojos agobiada. No le gustaba el amor, no le gustaba estar enamorada, no le gustaba esa sensación de desesperación que se incrustaba en su piel, los celos por un amor inexistente... Saber que él nunca la amaría, que nunca sería completamente de ella la desgarraba por dentro, hacía que le quemara la garganta y por una vez en su vida hacía que se sintiera increíblemente sola y vacía.

—¿Kristy?

Kristine se dio cuenta de que se había quedado completamente absorta y giró el cuello para mirar a Anabel.

—Lo siento, no te escuchaba, ¿qué decías?

—¿Estás bien?

—Hm, sí, no tienes que preocuparte por mí.

Sonrió para dar mayor credibilidad a sus palabras.

—Ey, ¿has probado a decirle lo que sientes?

—Paso.

Había sido una respuesta inmediata.

—Kristine, seguro que lo has oído antes pero el no ya lo tienes.

—Puedo repetirlo más alto pero no más claro.

—Estás siendo irracional.

—Me da igual.

—Infantil e irracional.

—Me sigue dando igual —aseguró.

—Si sigues hablando así, terminarás arrepintiéndote de esa afirmación.

Kristine farfulló irritada. No podía declararse, ¿es que Anabel no veía la situación?

—Así que —empezó sin borrar esa nota irritada de su voz—, según tú lo adecuado es ir a decirle a un hombre que ama a otra mujer que estoy enamorada de él, ¿es eso?

—Si quieres ponerlo en palabras y de esa manera, sí, es lo que he dicho.

—¿Y qué crees que adelanto con hacer eso? —gruñó cada vez más molesta, posiblemente un enfado producido por la frustración que sentía en ese momento.

—¿Qué adelantas sin hacerlo? —contraatacó su amiga sin intimidarse.

Kristine la miró incrédula.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

Ni siquiera vacilaba al decirlo.

—¿Tú lo harías?

—De hecho lo he hecho alguna vez en una situación parecida.

Kristine volvió a mirarla incrédula.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Con Jonathan.

Sólo escuchar su nombre hizo que los dientes de Kristine rechinaran.

—Más a mi favor para decidir que es una mala idea...

—No vayas por ese camino —le avisó Anabel a la defensiva.

—Y que sería una relación destinada al fracaso —terminó impasible, aún llevada por su enojo, sin darse cuenta de lo hirientes que podrían ser sus palabras.

—Creo —dijo tras una larga pausa en la que ninguna de las dos dijo nada. Incluso a Kristine le pareció un tono severo, enfadado y cerró los ojos, arrepentida completamente de lo que había dicho pero negándose a admitirlo en voz alta—, que esta situación te supera, Kristine —siseó su amiga cortante—. Haz lo que te de la gana pero posiblemente luego te arrepentirás.

—Me arrepentiré si lo hago —gruñó ella cabezona, negándose a dar incluso así el brazo a torcer.

—Y acostándote con él...

—¡Una vez! —protestó antes de que su amiga continuara.

—Sí, sí, una vez —Anabel puso los ojos en blanco—, y acostándote una vez con él, ¿crees que no te arrepentirás?

Kristine bufó. Después de todo el razonamiento de su amiga tenía mucho sentido, sobre todo porque la conocía muy bien. Se mordió el labio con fuerza.

—Bueno... fuiste tú la que dijo que lo sedujera... —se excusó.

—¡Qué lo sedujeras, sí, pero te dije de broma que lo metieras en tu cama!

—Bueno —farfulló Kristine tozuda—, ¿no es la mejor manera de seducir a un hombre?

Por un momento, Kristine creyó que su amiga no iba a responder y se sorprendió de escuchar su voz, pausada, contenida.

—Vaya... —dijo con un silbido conteniendo mal la risa—, no sabía que estuvieras tan orgullosa de tus técnicas!

Kristine gruñó algo sin sentido.

—¡Cállate!

Anabel siguió riendo por un rato.

Capítulo 19

Era una imbécil.

Kristine suspiró con fuerza, varias veces, dándose la vuelta una vez más, incapaz de atravesar la línea restringida de la obra donde William trabajaba.

—No puedo hacerlo —razonó deteniéndose de golpe, a sólo cuatro pasos de distancia que era lo que se había alejado de la obra y por defecto de William y se apoyó pesadamente en la pared sin prestar atención a la gente que pasaba cerca de ella.

Al final se había dejado convencer por Anabel.

—No puedo, no puedo —gimoteó llevándose las manos a la cara.

En su vida había hecho algo tan vergonzoso como declararse, al menos no de una manera romántica —aunque tenía serias dudas de lo que fuera a hacer resultara algo romántico— y mucho menos a un hombre que sabía que no sentía nada por ella y que para mayor inri estaba enamorado de otra.

Kristine hizo una pausa con la mente completamente en blanco y los nervios revoloteando en su estómago a punto de explotar la bilis en su garganta.

—Joder, no puedo.

—¿No eres Kristine?

Kristine apartó rápidamente las manos de la cara y miró directamente al chico bastante joven que trabajaba con William.

—Eras...

—Logan —sonrió encantadoramente—. Te recuerdo del día que casi te matas —rió.

Kristine hizo una mueca.

—Sí, que bien —rumió más para sí misma.

—¿Venías a ver a Will?

—¿Qué? Sí... no.

Kristine vio como Logan la miraba sorprendido, enarcando lentamente las pobladas cejas y luego sonrió.

—¿Entonces es un sí o es un no?

—Bueno...

—Ah, ya entiendo, es por lo de la última vez, ¿no?

Kristine lo miró con curiosidad.

—¿La última vez?

—Sí, cuando os peleasteis, ¿no?

—¿Qué? —Kristine hizo una rápida recapitulación de su vida desde el momento que conoció a Will—, ah, eso.

—¿Vienes a hacer las paces?

—¿Las paces?

¿Exactamente qué pensaban de ella?

—Sí, ¿no es por eso por lo que Will anda de tan mal humor últimamente?

—¿Eh?

¿William estaba de mal humor? Era verdad que había estado casi dos semanas sin contactarlo y mucho menos sin buscarlo pero él tampoco había tratado de ponerse en contacto con ella y si Kristine había decidido dar ese paso y encontrarse ahí donde estaba era porque las palabras de Anabel todos esos días, como si fuera la maldita voz de su conciencia, sólo habían conseguido aumentar el grado de ansiedad y la necesidad de volver a verlo pero, ¿no era un poco engreído pensar que había sido por ella? Estaba claro que podía haber tenido algún tipo de desacuerdo con alguien, alguna pelea de amantes con la mujer hermosa de aquel día, la tal Rika... Lentamente, Kristine fue entornando los parpados hasta mirar únicamente el suelo.

—Pero vamos, no te quedes en la entrada, yo te guio.

Logan la agarró del brazo empujándola hacia el interior de la obra y Kristine intentó detenerlo, comprobando que su fuerza seguía siendo minúscula.

—Espera, espera —pidió desesperada. No estaba preparada mentalmente para entrar y encararse con él. Comenzaban a sudarle las manos y los nervios del estomago anunciaban peligrosamente la necesidad de ser expulsados—. No estoy preparada.

—¡Venga, por más vueltas que le des eso no soluciona nada! Además, uno de los dos tiene que dar el primer paso y así librarnos a nosotros de la tiranía de ese hombre.

Logan siguió tirando de ella, arrastrándola prácticamente al interior de la obra cuando un inmenso camión estaba dado marcha atrás y el chico no dudó en tirar de ella hacia otro lado, moviéndose con naturalidad por aquel cúmulo de gritos y movimiento frenético.

—¡Te digo que esperes un momento! —pidió ella tratando de hacerse oír entre todo el jaleo.

—¿Qué? No te oigo.

—¡Sí, seguro! —gritó ella molesta por la sonrisa burlona del muchacho que no liberó su brazo en ningún momento.

—¿Qué es lo que ocurre aquí?

Kristine se quedó completamente helada al escuchar la voz de William a su espalda y se giró en el momento que veía como levantaba una mano por encima de su cabeza para hacer unas señas a alguien al otro lado de la obra sin

dejar de mirarla en ningún momento.

Kristine sintió como todo su cuerpo se estremecía violentamente al verse sumergida en aquella mirada, la misma sensación que siempre notaba cuando lo miraba a los ojos, cuando se perdía en aquella mirada y se preguntó con ironía si así se debía sentir alguien cuando decía que había sido un amor a primera vista. Desvió la cabeza nerviosa, justo en el momento que el monstruoso ruido se detuvo bruscamente.

—Nos tomamos un descanso —dijo William hablando con alguien más que se encontraba a su espalda, aún sintiendo su abrasadora mirada en su rostro y notó por el rabillo del ojo como sus ojos se desviaban hacia Logan que aún la tenía sujeta del brazo—. ¿Qué estás haciendo? —le soltó al muchacho con lo que a Kristine le pareció de una manera bastante brusca.

—Ella quería verte —explicó el muchacho alegre.

—¿Y eso explica el por qué aún la agarras del brazo?

Hasta Kristine notó el tono molesto y contrariado de William y se aventuró a levantar de nuevo la mirada hacia él. Había desviado los ojos hacia Logan que de pronto parecía confuso, completamente inmóvil sin reaccionar.

—¿Eh?

—El brazo, Logan, suéltala.

Puede que fuera por el tono molesto con lo que lo decía o lo que simplemente decía, que Kristine sintió una oleada de esperanza aunque muy en el fondo se negaba a creer que aquello se debía a un ataque de celos.

No, imposible, eso era absurdo, pensó con una sonrisa divertida, notando como la amargura descendía por su pecho y recorría todas sus venas.

—Menudo humor —murmuró Logan soltándola finalmente y girándose para mirarla de nuevo sonrió, guiñándola un ojo—. Buena suerte.

Kristine lo vio alejarse sin decir nada, manteniendo una media sonrisa ante su comentario y la borró de golpe cuando escuchó los pasos de William acercándose.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Will mirándola de nuevo de aquella manera y Kristine se obligó a levantar la cabeza y no retroceder.

—Me ha guiado hasta aquí —se puso a la defensiva.

—Ya —respondió William sin dejar de mirarla—. ¿Y la buena suerte?

—Oh, eso —musitó Kristine desviando la mirada. Iba a ser un problema si tenía que explicar de primera mano la equivocación que Logan tenía sobre la relación que ellos tenían—. Es un chico muy simpático.

—Lo es —aceptó Will con el mismo tono, la misma actitud taciturna.

—Estaba siendo amable —continuó ella sin saber realmente qué decir.

—Seguro.

Kristine pasó el peso de un pie a otro. Los nervios habían pasado a una creciente irritación ante la actitud de William. Era evidente que no iba a ser un compañero de conversación muy agradable y mucho menos le estaba ayudando para encontrar los ánimos de confesarse como una adolescente.

—¿Qué estáis haciendo? —intentó romper un poco la tensión que había entre ellos.

—¿A qué has venido? —soltó él de pronto haciendo que Kristine enmudeciera

y le lanzara una lánguida mirada cargada de rencor.

—¿Te molesta?

—Creo que dije que prefería que no vinieras aquí —y se llevó una mano al pelo, echándoselo hacia atrás agobiado.

Kristine miró la escena incrédula. ¿De verdad hacía un momento se había permitido tomarse la libertad de tener esperanzas?

Era evidente que aquel hombre no quería que estuviera allí, posiblemente no quería que sus amigos y compañeros los vieran juntos ya que al fin y al cabo no era nadie, sólo la mujer con la que quería tener sexo.

Kristine bufó, indignada, comprendiendo exactamente la situación en la que se encontraba y dio un paso hacia atrás, alegrándose de que las cosas hubieran empezado así y no le hubiera dado tiempo de cometer el error y soltar algo tan humillante como una declaración.

—Seré imbécil —musitó sacudiendo la cabeza y echando a andar hacia la salida, tratando de recordar el camino por el que Logan la había arrastrado.

—Espera —escuchó a William detrás de ella, agarrándola del brazo, algo que

hizo que Kristine se estremeciera violentamente y apartó el brazo bruscamente, girándose sorprendida de su propia reacción. Will la miró asombrado antes de cerrar ligeramente los ojos y recuperar la compostura a la misma vez que serenaba la expresión—. Lo siento —añadió y tras abrir y cerrar la boca varias veces como si tuviera que pensar lo que quería decir, sus ojos miraron más allá de ella y Kristine vio como endurecía la mirada y apretaba los labios, posiblemente olvidándose de lo que había pretendido decirle.

Curiosa por su reacción, Kristine se giró para ver aquello que había llamado su atención y que había hecho que todo su cuerpo se pusiera rígido y la realidad la golpeó de nuevo inexorablemente.

Elegantemente y acompañada de uno de los compañeros de William a quien también recordaba haber visto en más de una ocasión, y posiblemente de una edad parecida a la de Logan, Rika caminaba entre los escombros y se dirigía hacia ellos con una espléndida sonrisa.

—Will —saludó haciendo que todos los músculos de William se crisparan.

—¿Qué la ha traído por aquí? —saludó Will fríamente, sorprendiendo a Kristine que más que por intentar ser considerada y dejarlos solos, lo hacía porque no quería llegar a casa y tumbarse en la cama a llorar, dio un paso hacia atrás pretendiendo largarse de allí lo más discretamente posible, con el deseo de hacerse invisible.

—Desearía que dejaras de ser tan frío conmigo —dijo ella con una acaramelada voz que a Kristine le produjo náuseas—. Querida, ¿te importaría marcharte? Me gustaría tener una conversación privada con William.

—Sí, claro —dijo Kristine forzadamente, lanzando una furiosa mirada a la mujer—. Ya me iba.

Y ahora más que antes no se le había perdido nada allí.

—No hace falta que te vayas —la detuvo Will.

Kristine sin darse aún la vuelta, miró la escena sorprendida. Los oscuros ojos de Rika llameaban furiosos.

—¿Cómo dices? —inquirió ella molesta.

—No... me importa irme —intervino Kristine por miedo a que en algún momento se olvidaran de que ella seguía allí.

Si no le gustaba cualquier situación romántica, sintiéndose siempre fuera de lugar, se negaba a tener que ver en primera línea como esos dos pasaban de la frialdad a una escena color de rosa. No estaba mentalmente ni de ninguna otra manera preparada para soportar eso.

—No hace falta —repitió Will—, la señora Donawal ya se iba.

Y por la manera que lo dijo, Kristine no dudaba que le importara poco la opinión de la mujer.

—¿Me iba? —siseó Rika peligrosamente.

—Sí —respondió Will.

—¿Intentas insinuar algo con eso? —trató de susurrar la mujer que la miraba con recelo, con cierta curiosidad y hacia una mueca con la nariz.

—No insinúo nada, señora, sólo señalo lo evidente. Si no es de trabajo no tenemos nada de qué hablar.

La mujer tembló visiblemente

—¿Cómo puedes hacerme eso? ¿Te resulta divertido humillarme? ¡Y delante de esa mujer!

—¡Oye!

—Esa mujer —la cortó Will antes de que pudiera abrir la boca—, es la mujer de la que te hablé.

Ni siquiera vacilaba y Kristine giró el cuello bruscamente para mirar a William con curiosidad. ¿La mujer de la que habló...? Eso sonaba bien, ¿verdad?

—¿Ella? —rió Rika—. No hablas en serio, ¿verdad?

—Sí, lo hago. Ella es mi novia —antes de comprender qué sucedía, William la agarró del brazo y tiró de ella, acercándola a su cuerpo y manteniéndola sujeta a ahí.

Kristine no intentó soltarse esta vez. Miró a Will de reojo, sorprendida, dejándose abrazar y disfrutando de las emociones que sentía de esa manera, tan cerca de Will, de su cuerpo.... ¿Su novia?

—¿Ella? —la mujer giró la cabeza para mirarla con rabia—. ¿Me rechazas por ella?

—Lo siento, Rika, pero las cosas han resultado de esa manera.

La mujer soltó una carcajada sin emoción.

—Venga ya, Will. Tú eres como yo, no tienes corazón —Kristine miró de reojo a Will. Sus ojos estaban fijos en la mujer y mantenía los labios muy apretados, con la mandíbula tensa—. Tú no eres de los que se enamoran.

Despacio, Kristine volvió a mirar a la mujer sin estar muy segura de lo que debía sentir en ese momento. ¿Will había decidido alejarse de ella para no sufrir? Podía entender la consternación de ella. Una mujer así no estaría muy acostumbrada a ser rechazada y menos si como Will, había fingido tener una relación con él física y prohibida, sin amor, pero, ¿y si como Will que estaba enamorado de ella, Rika también se hubiera enamorado de él?

—Suficiente Rika.

—No te creo.

—Ese no es mi problema.

La mujer resopló pero incluso así parecía hacerlo con estilo.

—¿No lo es? ¿Crees que te vas a deshacer de mí con esa farsa?

Kristine escuchó a Will suspirar y volvió a mirarlo, justo cuando él la soltó y girándola, deslizó una mano detrás de su cuello y la besó apasionadamente, hundiendo la lengua entre sus dientes. Por un momento ella no reaccionó, sorprendida pero incapaz de no sentirse subyugada por aquel húmedo beso, se lo devolvió casi desesperadamente, cerrando los ojos y disfrutando de aquella maravillosa sensación. Cuando los volvió a abrir, en el momento que William la soltó, liberando sus labios, Kristine se tambaleó ligeramente, ofuscada y vio como la mujer sin poder decir nada, aunque por la manera que apretó los labios, Kristine dudó de que realmente quisiera decir algo, se giraba con sus altos tacones y el chico que había permanecido alejado aunque no tanto para no escuchar la conversación, se giró a la misma vez, acompañándola hasta la salida.

Capitulo 20

Cuando por fin se quedaron solos, Kristine se giró hacia él cruzando los brazos alrededor del pecho.

—¿A qué ha venido eso? —exigió saber aún reponiéndose del beso.

—Lo siento —dijo él despacio, sin que tuviera muchas ganas de hablar sobre lo ocurrido.

Kristine puso los ojos en blanco sin aliviar la presión de los brazos en su pecho y bufó.

—Oye, me has implicado en esto, ¿no crees que tengo derecho a saber por qué me has besado?

Y de paso averiguar por qué había dicho que era su novia... aunque imaginaba la respuesta.

—Rika está casada —soltó él finalmente, con mucho esfuerzo y de mala gana —. Era mejor no continuar.

Y no hacerse más daño. Era razonable su manera de pensar. Kristine lo admitía. Suspiró y miró a su alrededor, comprobando que lo ocurrido no había pasado desapercibido por la mayoría de los obreros. Asintió con la cabeza, despacio, resignada de pronto sobre la situación y lo ocurrido y negándose a pensar demasiado en la agradable sensación que recorría su cuerpo gracias a aquel beso y tuvo especial cuidado de no pasar la lengua por los labios para intentar saborear un poco más de aquello.

—De acuerdo —dijo con una amplia sonrisa tratando de parecer amigable—. Salgamos a beber esta noche.

William la miró confuso.

—¿Qué?

—Sí, venga, yo invito —insistió ganándose una nueva mirada por parte de William, una que parecía que estaba hablando con una chiflada y le quitó las ganas de darle unas palmaditas en la espalda para darle ánimos.

—¿De qué estás hablando?

Kristine respiró hondo, ignorando como pudo sus propios sentimientos.

—¿No es eso lo que se hace?

—Hacer, ¿cuándo?

—¿No te han roto el corazón?

Por esa deducción aplastante ella debería estar borracha todos los días desde hace un tiempo.

—¿Roto qué? Kristine creo que....

—No importa —le interrumpió ella—. No tienes que contarme nada, ¿vale? Pero emborracharte y no pensar en nada te ayudará.

—No creo que sea la solución ni la situación.

—Y yo te digo que no hace falta que te hagas el fuerte conmigo.

—¿Qué tipo de relación crees que tenía con Rika?

—De amistad seguro que no.

Su respuesta fue más cortante de lo que había planeado y Kristine lamentó no haberse controlado a tiempo pero intentó suavizar la situación con una nueva sonrisa.

—No estoy muy acostumbrado a tener que dar explicaciones de mi vida...

—No te las he pedido, ¿recuerdas? Te he dicho que no necesito que me cuentes nada. Tú me has preguntado lo que creo y yo te he respondido. No hay necesidad de que ahora el ofendido seas tú.

Vale, ahí estaba haciéndolo de nuevo. Kristine apretó los labios y desvió la mirada hacia otro lado.

—Ni tienes necesidad de reprocharme nada.

Ahí sí que se tuvo que tragar el bufido que escapaba de sus labios.

—No —dijo despacio notando como regresaba a su garganta toda la bilis contenida—, te equivocas, sí puedo reprocharte que me usaras, dijeras que era tu novia para quitarte de encima a una mujer y encima me besaste.

William la miró muy serio, de manera extraña y Kristine se revolvió incómoda.

—Ya dije lo siento por eso.

—Lo hiciste —aceptó ella.

Sí, lo había hecho. Le había pedido perdón por besarla, por decir que era su novia y aunque quería creer que realmente le había pedido perdón por usarla, no podía evitar sentir la desagradable sensación de que lo hacía por las otras dos cosas.

—Pero eso no significa que quiera hablar de lo ocurrido.

—Ni yo que quiera oírlo —gruñó Kristine alterada—, Ven a recogerme a las ocho. Salgo del trabajo. Te invito a la borrachera de tu vida.

Y así con un poco de suerte se olvidaba de esa mujer y comenzaba a mirarla a ella.... un poco... sólo pedía un poco.

Sin esperar a que él dijera nada o le diera una respuesta, Kristine se dio la vuelta y caminó por el camino que había visto marchar a la mujer para encontrar la salida pero antes de que pudiera desaparecer sin que nadie la interceptara, Logan se acercó corriendo a ella con una sonrisa enorme.

—¡Felicidades! —canturreó al llegar a su altura.

Kristine lo miró como si quisiera estrangularlo.

—¿Por qué? —inquirió irritada.

—Ya he visto que habéis hecho las paces.

—¿Las paces?

Kristine parpadeó confusa.

—El beso... —le recordó él con una sonrisilla cómplice.

Kristine no respondió a eso. No tenía nada que responder a eso.

—Siento tener que decirlo pero no creo que vuestro jefe deje de ser un tirano en los próximos días —anunció en un tono neutral que parecía salido de un robot—. Su estado de irritación no tenía nada que ver conmigo.

Y sin dejarlo hablar de nuevo para que se sintiera aún peor, se giró y se alejó todo lo que pudo de la obra rumiando una patética autocompasión.

Capítulo 21

No sabía por qué había aceptado. De hecho, ni siquiera había aceptado pero lo que Will no entendía era por qué se encontraba frente al trabajo de Kristine a las ocho menos diez cuando había decidido no volver a acercarse a ella.

Tal vez había sido su aparición aquella mañana.

William suspiró mirando hacia la puerta.

No había esperado verla entrar agarrada por Logan y mucho menos las extrañas emociones que le habían invadido cuando la había visto agarrada a otro hombre. No le había gustado pero menos le había gustado lo que había sentido. Él no era así, a él no le importaba lo que hicieran los demás y especialmente lo que hiciera una mujer que conocía tan poco.

—Pero que me está volviendo loco —murmuró echando hacia atrás la cabeza y golpeando la nuca en la pared.

Si no se conociera, Will hasta consideraría la locura de creer que se estaba enamorando de esa mujer, algo imposible, por supuesto. Él no tenía corazón y lo que le interesaba de esa mujer era algo físico, una atracción sexual innegable que sabía que era recíproca. No había nada más.

No quería nada más.

Miró su reloj una vez más. Habían pasado sólo cinco minutos más. Suspiró y siguió embelesado mirando hacia la puerta del establecimiento.

Con ojo crítico, como profesional, aquel lugar era simplemente deprimente y no sólo por la comida que Kristine le había advertido mejor pasar de ella. No estaba bien ubicado, mucho menos tenía un bonito diseño interior y para mayor consternación, ni el exterior resultaba atractivo a la vista con esas paredes pintadas de gris pálido, sin vida y esos cristales cubiertos por una descolorida cortina negra como si pretendieran ocultar lo que sucedía dentro, como si realmente hubiera que ocultarlo. Y de hecho, para lo que mostraba su interior no le parecía tan mala idea que lo hicieran.

Suspiró una vez más mirando el reloj. Sólo un minuto...

—Esto es desesperante.

O él estaba demasiado ansioso por verla.

De pronto las puertas se abrieron y William vio tenso como Kristine salía del establecimiento ajustándose un abrigo y tras echar unos vistazos alrededor de la tienda, posiblemente buscándolo, haciendo que Will se arrepintiera de no

estar más cerca para poder ver su expresión mientras lo buscaba, miró al frente y saludando con una mano, miró a un lado de la calle antes de cruzar corriendo hasta donde estaba él.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —saludó.

—No —mintió mirándola fijamente.

De alguna manera había descubierto que aquella mujer se ponía más inquieta cuando él la miraba fijamente y aunque lo había comprobado, era lo suficientemente mezquino para disfrutar de esa incomodidad que le producía como para dejar de hacerlo.

—Ah —dijo ella incómoda—. ¿Nos movemos?

—¿Dónde planeas llevarme?

—¿Por qué? ¿Hay algún lugar en especial que tengas en mente?

Kristine se encogió de hombros, mostrando su aceptación para ir a cualquier lugar.

—Hay uno —dijo William escuetamente echando a andar sin esperarla.

Odiaba la proximidad de esa mujer... no... ¿a quién trataba de engañar? Estaba tan desesperado por tocarla que dudaba poder contenerse si la tenía muy aproximada a su cuerpo. Besarla a la mañana como táctica para hacer desistir a Rika había sido un error. No había esperado encontrarse con todas esas emociones reprimidas, esos deseos irracionales por desnudarla, tocarla, someterla y hacerle el amor.

La necesitaba.

Pero lo que peor llevaba era que esa necesidad rallaba peligrosamente un sentimiento demasiado oscuro que había tratado de enterrarlo muy dentro de él. William podía sentir la palabra amor flotando en el aire, a su alrededor y aquello no sólo le ponía de un humor de perros, sino que le hacía moverse en círculos y la necesidad de salir corriendo, de alejarse de ella.

Caminaron durante un rato sin que ella se mostrara impaciente por llegar a su destino, manteniéndose a su lado en silencio, respetando el suyo y finalmente se detuvo en un bloque de edificios de alta seguridad, un edificio de lujo.

—¿Es aquí? —preguntó ella extrañada mirando hacia arriba.

—Sí —respondió él escuetamente.

—¿Y qué hay aquí? —insistió ella.

—Mi casa —anunció William sacando las llaves del bolsillo y subiendo las dos escaleras que separaban la calle del portal y con una llave la abrió, entrando y manteniendo la puerta abierta para Kristine.

—Pensé —dijo ella despacio, sin moverse— que íbamos a beber.

William no pudo evitar hacer una mueca fastidiado. Ciertamente esa mujer quería volverlo loco. Había veces que creía que lo deseaba con la misma fuerza que lo hacía él, otras pensaba que quería salir huyendo como si de pronto tuviera la peste, otras veces se comportaba como la última vez en su casa y luego se encontraba más de una semana esperando esa maldita llamada que nunca llegó. Ahora se presentaba en su trabajo, le invitaba a beber y no tenía ni idea de lo que pasaba por su cabeza cuando se mostraba dubitativa a la hora de subir a su casa. ¿Podía entender si accedía a subir que aceptaba tener sexo con él? ¿Significaba que no confiaba en él a esas alturas y pensaba que iba a saltar sobre ella como un animal? Vale, posiblemente sí era un animal.

William suspiró.

—Tengo en casa el suficiente licor como para tumbar a un elefante —gruñó.

—Ah.

Y sin decir nada más, Kristine salvó la distancia que les separaban y entró en el portal, andando a su lado hacia los ascensores.

William la observó en silencio, mirando de refilón su perfil. Parecía tensa, mordiéndose el labio inferior con saña y deseó poder saber qué era lo que pensaba, lo que pasaba por su mente en ese momento.

El ascensor se detuvo con un vaivén suave y las puertas se abrieron inmediatamente, invitándolos a salir. Esta vez fue Kristine quien salió primero y esperó en el hall a la espera de que le indicara a cual de las puertas dirigirse. William le indicó con un dedo la de la derecha y ella caminó en silencio, a la espera de que abriera la puerta y esperó a que él le indicara que pasara para adentrarse en la oscura vivienda.

William observó cada uno de sus movimientos, la forma que se cruzaba de brazos o la manera que curioseaba las estancias que tenían las puertas abiertas. La falda larga que llevaba de pequeños pliegues blancos se mecía entre sus piernas con un movimiento casi hipnótico y Will tardó en levantar la mirada de ella, recorriendo sus caderas y la pequeña cintura cuando la mujer se detuvo, girándose a medias para mirarlo y le sostuvo tranquilamente la

mirada cuando sus ojos se encontraron.

Ella fue la primera en apartar la mirada y por la manera que empezó de nuevo a morderse el labio parecía que le había molestado hacerlo.

Will la miró unos instantes más antes de levantar una mano e indicarla que fuera hasta el salón donde tenía una pequeña esquina convertida en bar.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó para romper el silencio, agarrando dos copas y levantando la cabeza para ver como ella dudaba si sentarse o no en uno de los sofás—. Puedes sentarte donde quieras.

—Sí, vale —aceptó ella dejándose caer finalmente en uno de ellos, frente a la televisión apagada y ladeó el cuello para poder mirarlo—. Tienes una casa muy chula.

—Chula... —sonrió—, sí, algo así —aceptó—, ¿que vas a tomar? —insistió.

—En realidad no suelo beber —soltó ella de golpe, apartando bruscamente la cabeza, posiblemente haciendo un gran esfuerzo por reconocer algo así

—Ya —murmuró él con un suspiro exasperado dejando las copas vacías sobre la mesa—. ¿Exactamente para qué me has invitado a beber?

—La idea era que bebieras tú, no yo.

William enarcó una ceja, alucinado, negándose a hacerse conjeturas, a cual más extraña, sobre lo que habían significado esas palabras.

—¿Y exactamente...—insistió pronunciando cada una de las palabras muy lentamente—, para qué querías que me emborrachara?

—Ya te lo dije, ¿no? Ahogar penas.

—¿Qué?

—Sí, ya sabes, por lo de esta mañana.

William se llevó una mano a la cara, agobiado.

—Por Rika.

—Sí, por ella —Kristine se levantó del sofá y caminó hacia él—. Sé que será duro pero terminarás olvidándola.

William la miró entre las aberturas de los dedos sin saber si echarse a reír o a llorar. Era tan evidente que había malentendido la situación que hasta resultaba cómico pero de alguna manera le gustaba la atención que ella le daba al creer que se encontraba herido por un amor imposible.

—No creo que pueda olvidarla alguna vez —dijo sinceramente, aunque William lo había hecho con la intención de seguir con aquello que ella había entendido mal. Era verdad que no la olvidaría porque después de aquello, su marido jamás volvería a contratar sus servicios y eso iba a ser un golpe profesional muy duro pero no porque hubieran algunos sentimientos de por medio que la ligaran a ella. El sexo había sido bueno, realmente bueno, pero no había existido nada más entre ellos. Al menos no para él ya que después de lo ocurrido últimamente creía que Rika quería algo más, algo que él no podía darle a ella ni a ninguna otra mujer.

—Bueno —dijo ella de una manera rígida, de pronto muy tiesa—, eso es lo que siempre se creé.

William la miró con curiosidad.

—¿Te ha ocurrido alguna vez?

—¿El qué?

—Un amor imposible.

—Imposible no sé —dijo ella con un suspiro, mostrando una expresión anhelante que hacía que quisiera adelantarse y abrazarla—, pero un amor unilateral o no correspondido sí.

William asintió con la cabeza.

—Él se lo pierde.

Kristine levantó los ojos para mirarlo y tras unos segundos volvió a desviar la cabeza con un bufido.

—Sí, eso creo, un capullo.

William asintió con la cabeza.

—¿Entonces beber?

—No... no bebo alcohol, pero si tienes un zumo...

—Claro, un zumo, como no.

William se apartó de la puerta y fue hasta la cocina, abriendo el frigorífico para averiguar si había algo decente, algo natural o vegetal para ofrecerle a aquella mujer pero no solía consumir zumos y no los compraba. Tenía cervezas pero todas eran con alcohol. Con un nuevo suspiro cerró la puerta y se enderezó, sorprendiéndose de encontrarla a ella en la puerta, observándolo.

—Si no tienes puedo beber agua.

—Oye —dijo William sintiéndose cada vez más ridículo—, si hubiéramos ido a un bar, ¿qué hubieras pedido?

—Un zumo o agua.

—Ya, nada de café o alcohol.

—Eso es —dijo con una sonrisa que iluminó su mirada e hizo que William la mirara embobado, girándose hacia la ventana.

—Y pretendes que me emborrache solo.

—Sí, pero da igual, ¿no?

—¿Alguna vez has acompañado a alguien en una borrachera?

—No, claro que no.

—Vale, pues desde ya te digo que para emborracharme solo puedo beber solo.

No había pretendido decirlo de una manera tan seca pero al final le había salido así y no trató de corregirse, ni siquiera cuando vio como se le borraba lentamente la sonrisa a Kristine y volvía a morderse el labio, de nuevo incómoda.

—Supongo que tienes razón —murmuró ella de pronto como si estuviera desesperada por irse—. Un error —dijo despacio mirando hacia atrás y señaló la dirección donde estaba la puerta de entrada—. Será mejor que me vaya.

William no dijo nada, observó como se giraba y se apresuraba a marcharse con una desagradable sensación en el pecho.

—¡Joder! —exclamó apartándose del frigorífico y corrió hacia la puerta, agarrando a Kristine del brazo para detenerla y que no cruzara el umbral.

—¿Qué...? —preguntó ella sorprendida, girándose para mirarlo.

—Quédate —pidió él—. No para emborracharme, no para acompañarme en mi dolor, quédate porque quieres pasar la noche conmigo, porque quieres despertar mañana a mi lado.

Capítulo 22

Kristine miró a William con los ojos muy abiertos, impresionada, sintiendo el

calor que hormigueaba en el brazo que tenía sujeto por la mano de él y el corazón palpitando con fuerza.

No eran por sus palabras, aunque la manera que lo había dicho había conseguido que se le acelerara el corazón, que la frialdad que de pronto había sumergido sus entrañas se caldeara, una tibia sensación que había recorrido todo su cuerpo, sino por lo que veía en sus ojos, al menos lo que ella quería creer que veía en aquellos ojos, casi suplicándole que se quedara, que no lo dejara solo y que compartiera ese momento íntimo con él aquella noche.

Pero sólo era sexo, se recordó con amarga realidad.

Sí, sólo era una noche de pasión, el placer de sentir el cuerpo del otro y a la mañana un agradable desayuno con la persona con la que había disfrutado esa noche. Tal vez se prometerían volver a verse. Otra sesión de sexo, por supuesto, sin compromisos, sin sentimientos...

Kristine comenzó a recobrar la compostura lentamente, entornando ligeramente los parpados.

No podía engañarse. Para ella no sería sólo sexo y ese inocente instante de placer para ella terminaría siendo una tortura después. Posiblemente eso era lo que Anabel había querido que entendiera con su enfado. Después de aquello, sólo ella sufriría y encima no habría nada que reprochar. Él no prometía nada

que no fuera a ofrecer.

Suspiró, resignada, notando como toda esa calidez que había sentido hacía un momento desaparecía de golpe.

—No —musitó alzando de nuevo los ojos para mirarlo.

—¿No?

—Es tentadora la oferta —admitió lentamente notando la nota de tristeza que se leían en sus palabras pero no trató de disimularlo—, de hecho fue siempre tentadora, desde el principio. Si dijera que no noto la química sexual que hay entre nosotros, mentiría.

—¿Tú también la notas?

Kristine asintió con la cabeza, lentamente.

—Sí.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema? ¿Por qué no disfrutar de ello?

¿Podía ser sincera?

—Porque yo no disfrutaría.

Kristine notó como William liberaba su brazo, dejándolo caer a su costado inerte.

—No soy tan mal amante como para no preocuparme que mi compañera también quede satisfecha.

No había rencor en sus palabras, ni siquiera enfado o una nota ofendida, sino que simplemente sonaba como si estuviera informando de algo que consideraba que ella debía saber.

—Seguro que no —rió ella débilmente, sin poder mostrar una emoción alegre.

—¿Entonces? ¿Por qué es no? Dijiste que no estabas comprometida, que no tenías novio ni pareja, ¿qué es lo que te impide disfrutar?

Kristine tomó aire, agobiada, nerviosa e increíblemente dolida en ese momento. Un dolor abrasador recorría su pecho allí donde hacía solo un

momento había existido calidez y su corazón palpitaba con fuerza, sí, pero parecía intensificar ese vacío desgarrador que parecía convertir su pecho en un agujero negro.

—Porque no quiero sexo vacío.

—¿Cómo?

Krsitine sacudió la cabeza, respirando hondo.

—Hay alguien que me gusta —dijo atropelladamente, de un tirón.

Y contuvo la respiración a la espera que William sumara dos más dos y diera con la respuesta acertada. Sabía que aquello significaba que todo eso terminaba pero no pretendía competir con los sentimientos que tenía por Rika. Él mismo había dicho que nunca podría olvidarla y no es que fuera a mantener siempre esos sentimientos intactos por ella, pero posiblemente el recuerdo de ese amor sería una sombra es cualquier relación que comenzara. Era mejor ser tan valiente como había sido él al dejar marchar a la mujer que amaba y ahora le tocaba a ella poner fin a aquello.

Aún así, William no respondió y Kristine se obligó a levantar la mirada para poder ver la sombra que se había dibujado en sus ojos, mirándola fijamente

pero de pronto como si estuviera rígido.

Aquello la sorprendió.

—¿Te gusta alguien? —se obligó a preguntar él y Kristine vio el esfuerzo que hacía en realizar esa sencilla pregunta.

Dudó un momento antes de responder.

—Sí.

William asintió lentamente con la cabeza, varias veces. De pronto como si estuviera distraído y viera algo mucho más allá de donde ella se encontraba.

—Creo que eso sí se te olvidó comentarlo.

Y había reproche en su voz. Kristine podía notarlo y como ella había hecho antes, él tampoco trató de disimularlo.

—Es un amor no correspondido —continuó ella observando como él daba un disimulado paso hacia atrás, dándole la sensación que de pronto ya no quisiera tenerla tan cerca de él. ¿Qué había cambiado en esa simple información? ¿No

quería acostarse con una mujer que amaba a otro hombre pero él sí podía acostarse con alguien mientras pensaba en otra mujer? Kristine apretó los puños, de pronto, furiosa, aunque en realidad no estaba segura de qué era lo que más la molestaba—. Él ya quiere a otra persona —dijo fríamente, mirándolo a los ojos sin vacilar.

—Y no puedes olvidarlo... —razonó él con el mismo tono helado que había usado ella.

—No es que no pueda —siguió ella encogiéndose de hombros, dando un paso hacia él—, es que no lo he intentado. Pero es parecido a lo tuyo...

—¿A lo mío?

Kristine asintió con la cabeza, dando otro paso hacia él y bajó la mirada hasta el suelo.

—Sí. Lo mismo que con Rika, ¿no? Tú la alejas para no seguir sufriendo...

—Eso no...

—Y yo decido alejarme para dejar de sufrir.

—Creo que estás entendiendo algo mal...

—No —le interrumpió ella sin querer seguir escuchándolo. Le costaba tomar una decisión pero una vez que la tomaba ya no echaba marcha atrás—. Lo mio fue también un error desde el principio. Lo entiendes, ¿no? El dolor, saber que nunca serás importante para la persona que quieres, lo que hagas, sacrifiques lo que sacrifiques. Al menos tengo la oportunidad de no perder parte de mi alma antes de que sea demasiado tarde.

Hubo un largo silencio, uno que Kristine llegó a creer que tendría que irse sin volver a escuchar su voz. Tal vez por eso se sorprendió cuando le oyó decir:

—¿Quién?

—¿Qué?

Kristine levantó la cabeza para mirarlo. Si antes estaba tenso ahora parecía una estatua rígida con los ojos brillantes completamente helados fijos en ella.

—¿Quién es él? ¿Puedo saber al menos eso?

—¿Ni siquiera puedes adivinarlo?

—¿Lo conozco?

E incluso parecía realmente sorprendido.

Kristine se limpió las palmas de las manos sudadas en la falda y salvó los pocos pasos que los separaban, agarrándolo de la solapa y antes de que pudiera reaccionar, le obligó a inclinar la espalda, rozando suavemente los labios con los de él antes de apartar la boca, lo suficiente para poder susurrar.

—No volvamos a vernos —pidió más que demandó, leyendo la sorpresa e los ojos muy abiertos de Will.

Sin decir nada más y mucho menos permitiendo que él pudiera recobrase y comenzar una excusa para rechazar sus sentimientos, una disculpa banal que la haría sentir peor, se dio la vuelta y echó a correr escaleras abajo con la única satisfacción de que lo último que viera en él no fuera aquella frialdad con la que le había obsequiado en los últimos minutos.

Al menos es lo que pensó mientras notaba como se le humedecían los ojos al llegar al hall y salía del edificio con prisa.

Capítulo 23

—Siempre creí que estabas mal de la cabeza —suspiró Anabel sentándose a su lado en el sofá después de haber soltado todo lo que había querido y más de lo que opinaba del último encuentro con William— pero ahora puedo confirmarlo.

—¿Puedes dejarlo? No quiero hablar más del tema —suspiró.

—¡Acabas de dejar tu trabajo!

—Sí, lo curioso es que de todo lo que hemos hablado por lo único que me estés insultando sea porque he dejado la mierda de trabajo donde no me sentía precisamente feliz.

—¡Puede que no fuera el trabajo de tu vida pero pagaban con dinero! ¿sabes lo que es eso? ¡Se necesita para vivir!

—Buscaré otra cosa.

—¿Ahora quieres sentirte realizada?

—Tú lo has dicho.

Krsitine volvió a suspirar y Anabel respiró hondo, sintiendo su mirada de refilón.

—Vale, de acuerdo. Lo estás pasando mal. Hablaré con Helen.

—No, no insistas, no trates de inventar algo que no hay. No estoy pasando por un mal momento, sé lo que hago y he hablado con Helen después de meditarlo mucho.

—Kris, cariño... ¿y dónde planeas trabajar ahora?

—Quiero mi propio restaurante.

Si antes había sentido su mirada disimulada, ahora Anabel la mirada directamente y como si mirase a alguien que se había vuelto completamente loco.

—Sí, y yo quiero un adosado de tres plantas y por eso vivo en este

apartamento de una habitación. ¡Sé realista!

—Tengo algo de dinero ahorrado.

—Por mucho dinero que tengas no creo que sea tanto como para abrir tu propio restaurante.

—Pediré un préstamo.

—¿Y quién va a ser tu aval?

—Tú.

—¡Já! ¡Ni hablar!

—No seas mezquina.

—No puedo avalar algo que me parece una locura.

Kristine miró hacia la ventana, más allá de las cortinas de un rosa pálido que su amiga había elegido cuando se fue a vivir allí con Jonathan.

—Sabes que no tengo a nadie más a quien pedirselo.

Anabel volvió a bufar.

—No trates de que ahora sienta lástima.

—No quiero que sientas lástima —murmuró sin ninguna emoción, sin apartar la mirada de la ventana y sólo la desvió cuando sintió los brazos de su amiga rodeándola.

—De acuerdo, no estés triste, ¿vale? —pidió apoyando la cabeza en su hombro—. En realidad ese William lo único que tenía aceptable era su aspecto, como persona daba mucho que desear.

Kristine trató de sonreír.

—No estaba pensando en él,

Era una mentira a medias. Desde hacía dos días había tratado desesperadamente de no pensar en él y para conseguirlo se había ido a vivir de manera provisional con Anabel, pero aunque había creído que sería fácil no

pensar en él, dejarlo ir y esperar que los sentimientos murieran rápidamente, la verdad era que seguía doliendo y se arrepentía de haberlo besado.

—¿Ah, no?

—No... estábamos hablando del restaurante, ¿recuerdas?

Anabel gruñó apartándose de ella.

—Sabes que posiblemente sólo sea tirar dinero.

—Si nunca lo intento nunca lo sabré.

¿No había sido algo así para que se declarara a William? Sí, que el no ya lo tenía pero en esta ocasión ni siquiera había necesitado una negativa para comprender que era un no.

Suspiró y miró a Anabel que había cogido su mano.

—Vale, te avalo con una condición.

—¿Cuál?

—Que prometas que no te vas a enfadar.

Kristine miró a su amiga con curiosidad, girando el cuerpo para quedar completamente frente a ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó con desconfianza.

—Jonathan y yo hemos vuelto a vernos.

La noticia de su amiga fue igual que recibir una jarra de agua helada sobre su cabeza a principios de enero. Al principio no se lo creyó. Miró a Anabel con una medio sonrisa incrédula a la espera de que le dijera el pertinente vozarrón con el que ella le había dicho que nunca llegó. Después, cuando su cerebro fue procesando las palabras de Anabel y asociándolas a la expresión seria y mirada preocupada de su amiga, comenzó a sentir una rabia aplastante.

—¿Estás loca?

Anabel la miró molesta.

—Creo que eso mismo te lo he preguntado yo.

—¡Está viviendo con otra mujer!

—Lo han dejado.

—¡Sí, lo mismo que te dejó a ti! ¿Es que lo has olvidado?

—No, claro que no lo he olvidado.

Su amiga sacudió la cabeza con la sensación de que iba a echarse a llorar y Kristine suspiró, tratando de relajarse antes de seguir hablando.

—¿Entonces? —preguntó con suavidad—, ¿por qué aceptas volver a verlo?

—Pensé que ahora lo entenderías —dijo despacio con los labios aún temblando.

—¿Lo entendería? —inquirió Kristine confusa.

—Ahora ya sabes lo que es estar enamorado, querer a alguien con todo el

corazón —empezó casi suplicante.

—Y también que no te ame —gruñó poniéndose en el lugar de Anabel.
Después suspiró—. ¿Puedes perdonarlo?

—Creo que puedo intentarlo.

La sonrió débilmente.

—Supongo que sí —murmuró con el ceño fruncido. Lo mirase como lo mirase, Jonathan seguía cayéndole mal.

—Y aún lo quiero— murmuró haciendo que Kristine contuviera la respiración con un dolor punzante al recordar a William—. No creo que nunca pueda olvidarlo.

Kristine sintió un escalofrío helado recorrer toda su columna y notó como los músculos se le ponían rígidos. ¿No había sido eso mismo lo que había dicho William de Rika? ¡Joder! ¿Por qué pensaba en ello? No se hacía ningún bien recordando esas cosas.

—Vale —admitió—. Supongo que ahora no puedo juzgarte... ¿y vas en serio?

¿Iba él en serio? Kristine se mordió la lengua al ver como Anabel se entusiasmaba y empezaba a hablar. No quería ser ella quien le arrebatara esa felicidad... pero tampoco quería volver a verla sufrir.

—¡Y no me has dicho donde planeas poner el restaurante! —cambió de tema Anabel de pronto hasta entusiasmada con la idea del restaurante.

Kristine se encogió de hombros. Aunque sabía que esa decisión mantendría su cabeza lo suficientemente ocupada como para dedicar demasiado tiempo del día pensando en cosas innecesarias como Will, aún no podía dejar de sentir ese sabor amargo de lo ocurrido, la sensación de un amor vacío, la impresión de que realmente su vida estaba vacía.

Se sentía muy sola.

—No importa —murmuró—. Cualquier lugar es bueno.

Capitulo 24

—Si no fuera porque te conozco —comenzó Rose con una marcadísima nota irónica en sus palabras—, diría que estas últimas semanas estás especialmente taciturno.

William se limitó a secar la cuchara que le pasó Jenny sin decir nada.

No había mucho que decir.

Como había dicho su hermana sentía que su carácter se perdía por momentos. Se había vuelto más irritable, más arisco y solitario y ya no era capaz de encajar una broma.

—Entonces es porque no lo conoces —respondió en su lugar Jenny, ésta con un tono de burla— porque él siempre ha sido igual de amargado que ahora.

Su hermana asintió efusivamente con la cabeza, señalando a la otra con un dedo.

—En eso tienes razón.

—¿Verdad? Si no lo conociera diría que tiene mal de amores.

Las dos asintieron con la cabeza y William entrecerró los ojos, respirando con fuerza.

—¿Qué tal si dejáis de actuar como si no estuviera aquí?

Su hermana mayor se llevó un mano enfundada en un guante mojado y lleno de espuma a la boca, mirándolo con fingida sorpresa.

—¡Anda! ¡Pero si hasta puede escuchar! ¡Y hablar!

William gruñó algo incomprensible hasta para sus oídos y siguió restregando los platos mojados que le pasaba su hermana.

Vale, estaba alterado. Lo reconocía. Cerró los ojos un segundo, deteniendo el movimiento del trapo sobre el plato blanco de porcelana.

—¡Eh, Will, que no se secan solos!

—¿Para qué habéis venido? —soltó William exasperado sin volver a coger el trapo.

—¿Tienes algún problema con que tus adorables hermanas vengan a verte?

William entreabrió los ojos, tomándose su tiempo en responder.

—¿No deberías estar cuidando de tus hijos en vez de venir a incordiar-me?

—¡Estupendo! —exclamó Jenny—. Encima de desagradecido...

—¡Machista! —terminó la otra cruzándose de brazos—. Mis hijos están con mi marido, exactamente como estarán los tuyos contigo cuando tu mujer tenga algo que hacer.

—Incluso si ese algo es ir a arreglarse las uñas —continuó la otra con la misma actitud molesta.

—Y ahora, hermano desagradecido, vas a sentarte en ese incómodo sofá que tienes en tu salón y vas a contar a las pacientes hermanas que tienes por qué tienes esa cara.

—¿Pacientes? —gruñó William casi resignado—. Pesadas querrás decir.

Como respuesta, una de ellas le dio un golpe en la cabeza, no demasiado fuerte, pero sí lo suficiente para que se inclinara hacia delante.

No es que no hubiera previsto aquella situación.

Desde hacía bastante había imaginado que las visitas de sus dos hermanas con la intención de averiguar qué había ocurrido llegaría más antes que tarde y había sido más exactamente ese día

Para bien o para mal.

—De acuerdo, desembucha, ¿qué te pasa?

—Nada.

Y hubiera agradecido que se fueran y lo dejaran solo.

No era tan desagradecido, en realidad. Se preocupaban por él. Eran una familia unida y cuando uno de ellos estaba mal el resto anidaba alrededor como gallinas y no le permitían hundirse en la miseria.

Él lo había experimentado en su momento y su familia lo había ayudado pero ahora era otro motivo.

La confesión de Kristine había sido arrolladora, inesperada en realidad, pero lo que más le había desbastado era descubrir que después de todo su corazón no había estado tan inmune como había creído desde su último y único desengaño amoroso.

No se había equivocado al suponer que todo lo que empezaba a sentir por aquella mujer era amor pero mientras su corazón le había pedido en aquel momento que la detuviera, que la besara y le hiciera el amor, reteniéndola en su vida para siempre, su cabeza, el miedo a volver a ser herido lo había ,mantenido inmóvil entre el pasillo de su casa y el descansillo de la entrada.

Había tardado en reaccionar, por supuesto, en dejar que su cerebro, muy lentamente comprendiera no sólo las palabras de ella, sino la gravedad con la que unas simples palabras, su significado habían producido en él, revolviendo algo oculto en su interior que hasta ahora había estado latente, posiblemente dormido a la espera de que Kristine apareciera en su vida.

Pero incluso sabiendo que la quería se había quedado completamente inmóvil y había terminado cerrando la puerta por si aparecía algún invitado no deseado.

No podía.

No quería.

Aceptar sus sentimientos era un error, querer a alguien sólo implicaba sufrimiento y él no estaba ni preparado para algo así ni quería intentarlo.

Al menos era lo que había decidido aquella noche cuando había cerrado la puerta y se había acostado en el sofá, pero ahora ya era otra historia. Había pasado mes y medio desde la última vez que la había visto y más que disminuir, el recuerdo de ella se intensificaba, al igual que empezaba a creer que el dolor, el sufrimiento que podía producir amar a alguien y que estos sentimientos fueran pisoteados y degradados, no era superior al que sentía en ese momento, amando a alguien que correspondía sus sentimientos y que él había alejado intencionalmente.

La echaba de menos, quería verla... esas cosas eran las únicas que pasaban por su mente y demandaban que hiciera algo, cualquier cosa para conseguir verla de nuevo, una vez al menos, tal vez hablar, tal vez ser capaz de decirle que era un cobarde y huía de sus propios sentimientos... pero no había encontrado el valor de hacerlo y el tiempo había transcurrido sin que ocurriera algo diferente y esta vez, Kristine no había vuelto a él como lo había hecho otras veces.

—¡Will!

William parpadeó y miró a sus hermanas que sin pretender seguir con su farsa le miraban preocupadas.

—Me he distraído —se sinceró con la esperanza de que le dejaran tranquilo.

No era por ellas; realmente se lo agradecía, pero no quería hablar de ello.

—Will, hermano, vamos, habla con nosotras. Mamá también está preocupada.

—¿Es por una mujer? —soltó de pronto Rose sin mucho tacto realmente.

—No... —comenzó.

—Puedes decírnoslo —le interrumpió Jenny agarrándolo por los hombros.

—No es eso —gruñó él dejando escapar un quejumbroso suspiro.

—Y si no es eso, ¿qué es?

—Sí, eso, ¿quieres que te recordemos como estuviste aquel tiempo por aquella mujer?

William lo recordaba perfectamente. Es más, aquel asunto había marcado el

que ese momento fuera como era y no poder disfrutar de una bonita relación con la mujer que amaba y que también le amaba.

—He dicho que no es lo mismo —protestó girándose y caminando hasta el salón. Allí se sentó en el sofá y se echó el pelo hacia atrás.

Sus hermanas lo siguieron rápidamente, sentándose a ambos lados muy serias.

—Pero es por una mujer, ¿no? —insistió Rose mirándolo fijamente

.

William dudó.

—Sí —dijo finalmente.

—¡Lo sabía!

William lanzó una lánguida mirada a su hermana.

—He dicho que no es eso —repitió cansadamente.

—¿Te ha rechazado alguien? —preguntó cautelosamente su hermana.

—No.

William percibió como las dos se miraban por encima de su cabeza pero prefirió ignorar ese intercambio de mudas impresiones. Eran libres de pensar lo que quisieran.

—¿Y tú a alguien?

¿Contaba Rika?

Esa era otra historia aparte. Desde lo ocurrido, su marido había contactado con él una única vez y había sido para cancelar todos los proyectos hablados con anterioridad.

No había sido una sorpresa y aunque había sido una pérdida importante, eran proyectos que no se habían aprobado y realmente no los había iniciado. No había nada irreparable y tampoco moriría sin el señor Donawal.

—No —dijo al fin con un nuevo suspiro al pensar en Kristine y soportó una nueva mirada de sus hermanas.

—Entonces... —continuaron como si no se atrevieran a hacer la pregunta—, ¿estás enamorado?

William abrió mucho los ojos, sorprendido en parte por la pregunta; puede que lo que realmente le sorprendiera fuera escuchar en voz alta esa pregunta y lo peor, tener que pensar en una respuesta para contestar.

¿Estaba enamorado?

Hacía tiempo que sabía esa respuesta.

Había rumiado mucho todo lo que había pasado, lo que había sentido e, incluso, la manera que había reaccionado su cuerpo. Rika había sido un deseo momentáneo, una relación carnal que no implicaba nada más, alguien sustituible como las otras amantes que habían compartido su cama pero Kristine se había convertido desde el principio en una obsesión, en alguien irremplazable y él había estado muy ciego para verlo desde el principio.

¿Amaba a Kristine?

—Sí —respondió sinceramente.

Capítulo 25

Kristine se cruzó de brazos para mirar la destartalada lonja que había conseguido comprar con sus pequeños ahorros y la ayuda del préstamo.

No era gran cosa. De hecho tal y como estaba era sencillamente inservible pero era lo único que había conseguido encontrar a ese precio y también se había dejado convencer bastante con las promesas de una buena distribución, quitando alguna pared y ampliando no sabía qué, podrían adecuarlo tras una gran reforma y construir un bonito aunque no muy grande restaurante.

Estaba bien para empezar, eso era lo que había penado tras todo ese tiempo buscando, negociando, las largas horas de papeleos... y todo ello para ahora encontrarse con que era imposible tocar las paredes porque el techo se derrumbaría.

—Vale —Anabel se llevó los dedos al puente de la nariz, aún más molesta que ella por como habían resultado las cosas, la manera que las habían engañado —, igual se puede hacer algo.

—Mide dos palmos, Ana, ¿cómo monto un restaurante aquí?

Sin contar con el dinero de una reforma que a duras penas podía pagar.

—¡Algo se podrá hacer!

—¡Acaban de decir que no!

Kristine apretó los brazos contra el pecho, agobiada, irritada y dolida por como habían resultado las cosas y la manera tan negativa en la que empezaba a verlo todo. Joder, ¿dónde quedaba la manera positiva de verlo todo, de enfrentarse a todo?

Ah, sí, en el desagüe junto a los sentimientos imposibles de arrancar que tenía por William.

Joder...

—Sí, han dicho que no unos estúpidos obreros sin cerebro.

—Por lo que veo tenían más cerebro que nosotras que no han tardado en darse cuenta de lo que sucedía con las paredes.

—¡Ellos trabajan en eso!

—Y yo me voy a la mierda —gruñó Kristine reteniendo los deseos de echarse a llorar.

Como si Anabel se diera cuenta de eso, se acercó rápidamente a ella y le dio un rápido abrazo, consolándola.

—No te preocupes —murmuró—. Encontraremos una solución.

—Esto no tiene solución a menos que monte un estanco.

—¡Eh!

Kristine lanzó una lánguida mirada al entusiasmo de pronto de su amiga y ésta borró la sonrisa de golpe.

—Ni se te ocurra pensarlo.

—Pues algo tendrás que hacer con esto ahora.

—Quiero mi restaurante. Es mi sueño y...

—¿Y por qué no pones otra cosa y con las ganancias buscas otro lugar para el restaurante?

—¿Ganancias? ¿Y cuánto tengo que esperar para ver esas ganancias?

—Hablamos de realidad, Kristine.

Kristine, sin nada que objetar a eso, se mordió el labio con fuerza, nerviosa.

—Esto es una mierda.

—Lo sé... oye, ¿quieres que le pregunte a Jonathan?

—De ese no quiero ni los buenos días.

—Alguna vez tendrás que empezar a hablarle.

—Sí, cuando empiecen a hacerlo los sapos.

—Vamos.. él sabe de estas cosas. Si nos hubiera asesorado como se ofreció a

ayudar no nos veríamos en esta situación, pero como no quisiste...

Kristine bufó.

—¡Ahora la culpa encima es mía!

—¡No he dicho eso!

—¡Olvídalo!

Kristine se dio la vuelta, paseándose por el suelo de baldosas destrozadas tratando de no tropezar con nada y se apoyó en la pared fingiendo que no notaba el saliente que se cavaba en su espalda.

—Tengo que hacer una llamada —informó Anabel moviendo efusivamente el teléfono.

—Vale —murmuró sin prestarla demasiada atención.

No podía creérselo, lo mirase por donde lo mirase no podía creer que todo estuviera perdido tan rápidamente. Por un momento había visto su sueño realizado pero éste sólo había durado un instante, un simple parpadeo y ahora

sólo quedaban las cenizas de la realidad esparcidas a su alrededor.

No habría restaurante.

Suspiró y se llevó las manos a la cara desesperada. No sólo había perdido todo el dinero y se encontraba con una deuda con el banco, sino que hasta se había cambiado de piso para que la renta fuera mucho menor e incluso había prescindido del móvil cuando el que tenía había dejado de funcionar, posiblemente por culpa de la caída cuando tuvo el accidente en la obra, cuando conoció a William.

—Esto es de locos —se lamentó frotándose los ojos—. ¿Y ahora qué hago?

Siempre podía tirarse por un puente o algo así, claro, pero la idea tampoco es que le entusiasmara demasiado.

—Joder...

—Eh, Kristine, tengo buenas noticias.

Su amiga entró corriendo y estuvo a punto de golpearse con una de las tablas tiradas por el suelo.

—¿En serio? ¿Hay algún método de suicidio sin dolor?

—Venga, chica, sí que te has vuelto melodramática.

—Me gustaría verte en mi situación.

—Creo que te lo había advertido.

—Y yo odio esos te lo dije, en serio...

Anabel se echó a reír y Kristine la lanzó una mirada molesta.

—Vamos, he estado hablando con Jonathan... ya, ya, ya sé que no querías saber nada de él, pero tengo buenas noticias.

—Si vienen de él no me interesan.

Aún no había superado que él y su amiga volvieran pero ya que podía aceptar que su amiga siguiera enamorada, a quien no podía perdonar era a él. Además, no confiaba que lo mismo que una vez la había engañado y marchado con otra

cuando hubo una crisis entre los dos, no fuera algo que pudiera volver a suceder.

—Por supuesto que te interesa lo que voy a decirte ya que veo que es eso o que te pongas en las vías del tren...

—¡Eh! Es buena idea...

—Algunas veces creo que no estás bien de la cabeza.

—Lo que tú digas.

—Como decía.

—Que no me interesa.

—Jonathan ha dado con la solución.

—Si viene de él te digo desde ya que no funciona.

—Tienes que contratar un arquitecto.

Kristine miró a su amiga horrorizada.

Por un momento y desde el principio que había oído la última palabra, Kristine no había podido evitar pensar en William y el recuerdo de él la azotó con violencia y apartó la cara, posiblemente demostrando demasiado de su malestar y dolor que no pasaría desapercibido por su amiga.

Al menos Anabel tuvo la cortesía de no comentar nada.

—No puedo pagarlo —murmuró en un hilo de voz.

Independientemente de que no hablase de William, la idea de un arquitecto no entraba en planes y mucho menos en lo que sus bolsillos podían permitirse.

—Esto es lo mejor de todo.

—Ya —soltó Kristine con un marcadísimo tono irónico—. El todopoderoso de tu marido tiene contactos para hacerlo gratis —se mofó.

—No —gruñó Anabel molesta—, gratis no, pero sí bastante más barato de lo normal.

—Sigo sin poder pagarlo.

—Si es necesario te ayudaré.

—Ya me has ayudado con el aval.

—Vamos, Kristine. Ya has dado un gran paso, ¿tanto te cuesta terminar con lo que has empezado?

Kristine volvió a morderse el labio.

—Primero tendré que averiguar cuanto tendré que pagar.

—Un tercio de la tarifa normal.

Esta vez Kristine la miró sorprendida pero poco a poco fue cambiando a desconfianza.

—¿Y por qué tan barato?

Anabel se encogió de hombros.

—Un favor que le debía a Jonathan y como se va a jubilar o algo así...

—¿En serio? —siguió dudando.

—¡Oh, vamos! ¿Qué más da? No vas a pagarlo hasta que no esté la obra terminada.

—¿Sí?

Kristine dudó un poco más mirando a su alrededor desolada y con un suspiro asintió con la cabeza.

—De acuerdo —aceptó—. Llámalo.

Capítulo 26

William cruzó la calle corriendo, levantando una mano para disculparse con el

dueño del coche que frenó ligeramente para no atropellarlo y revisó la hoja donde estaba anotada la dirección.

—Tengo un favor que pedirte, muchacho.

William no había podido ignorar la petición de su viejo profesor, su mentor y gracias a quien ahora era profesionalmente.

Le debía mucho y por supuesto que no iba a rechazar el desafío que le había propuesto como un favor personal para ayudar al hijo de un amigo.

William había revisado parcialmente la lonja por las fotografías que le había pasado por teléfono, incluso las había imprimido para poder estudiarlas mejor, pero tras decidir aceptar el trabajo, incluso con la condición de que le reduciría escandalosamente el precio, había decidido ir a ver el lugar en persona.

—Es... —murmuró mirando hacia la derecha tras revisar la hoja—, por aquí.

Se dio la vuelta y caminó hacia la izquierda todo lo deprisa que pudo mientras ojeaba impaciente el reloj. Llegaba diez minutos tarde y si algo recordaba de las clases con el profesor era que consideraba muy importante la puntualidad y, aunque ya no era un alumno, le inquietaba aparecer tan tarde frente a él.

Cuando por fin localizó el local, pese a la hora, no pudo evitar quedarse mirando la fachada con cierta contrariedad, echando ojeadas a la ubicación, bastante escondido de la calle principal.

—Con razón no lo encontraba —murmuró.

—¿Comienzas a rajarte? —le saludó su profesor asomándose con una sonrisa por la destartada puerta que carecía de seguridad aunque, según razonó William, tampoco importaba demasiado. Ese lugar no parecía ser del agrado de nadie a menos que fuera la morada de algún roedor.

Suspiró.

—¿En qué me habías dicho que querían convertir esto?

El hombre de pelo completamente blanco y de ojillos arrugados pero igual de vivaces de un tono azul, caminó hasta él y deteniéndose a su lado, contempló la fachada desde el ángulo que él la miraba poniendo las manos en la espalda.

—En un restaurante.

—Es una broma, ¿verdad?

—No.

—¿Intentas decirme que existe un loco que va a gastar dinero en poner un restaurante aquí?

—Arreglarlo es tu trabajo.

—No, no, por muy bonito que lo ponga, y te recuerdo que soy arquitecto, no decorador, milagros no hago.

—Esto necesita la mano de un arquitecto experto, no de un decorador.

—No me veo tan capaz.

—¿Y eso lo deduces con sólo ver el exterior?

William lanzó una mirada sin expectación al viejo profesor.

—Sé lo que me voy a encontrar al otro lado.

El hombre se rió despacio.

—Has hecho milagros con cosas peores por eso te he llamado.

—Tu confianza me halaga pero esto es... ¿No había un lugar peor para poner un restaurante?

—¿Desde cuándo la calidad de un servicio se mide por su ubicación?

—La calidez no lo sé pero darse a conocer...

—Vamos, vamos, con los años has perdido tu espíritu ante los desafíos.

William esbozó una media sonrisa.

—En serio, ¿a qué loco se le ocurriría poner un restaurante aquí?

El profesor asintió despacio, sin cambiar la postura y mirando la fachada.

—Además es un restaurante vegetariano.

William giró el cuello bruscamente para mirar al hombre.

—¿Qué?

—Sí, ya sabes, un restaurante vegetariano. Hay muchas personas vegetarianas.

—Sí, lo sé.

William bufó incapaz de disimular una triste sonrisa. No podía evitar relacionar aquello con Kristine y mucho menos que una punzada de dolor atravesara su pecho.

—Parece que conoces a alguien.

—Sí, diría que sí —admitió bajando la mirada.

—Y por tu expresión diría que a una mujer.

William volvió a bufar.

—Quien sabe.

—Entonces mejor. Encárgate de este lugar e invítala a comer aquí.

William no respondió a eso.

Después de aceptar sus sentimientos y comprender que quería intentar tener una relación con Kristine, que lo que sentía por ella era mucho más fuerte que cualquier miedo a sufrir, a cualquier pasado doloroso y que ella había conseguido resquebrajar la muralla fortificada en la que había protegido su corazón y que quería amarla abiertamente, cubrir esa sensación de soledad que sentía cuando entraba a su casa, cuando finalmente había entendido todo eso y la había llamado para suplicar su perdón y que le diera una oportunidad, había descubierto que su número de teléfono no le daba señal y al ir a su casa la había encontrado vacía y después de varias semanas había descubierto que se mudaba una nueva pareja de inquilinos.

Había intentado buscarla, incluso había ido a su lugar de trabajo pero la amiga de Kristine le había dicho que se había marchado de la ciudad, que no quería volverlo a ver y que, simplificando, la dejara en paz.

Al principio no se lo había creído y hasta había seguido a Anabel, convencido de que se habría mudado con su amiga, algo que descubrió que no era así, ya que no sólo no la vio llegar a la casa en ningún momento, sino que su amiga

vivía con un hombre.

Después de varios intentos, William había terminado aceptado que Kristine se había mudado fuera de la ciudad y aunque había intentado varias veces que Anabel le diera el nuevo número de contacto o le dijera donde estaba para ir a verla sin ningún éxito, le había pedido que ella le pasara el mensaje de que le llamara, que tenía algo muy importante que decirle. Anabel había asentido molesta, pidiéndole que se marchara de su lugar de trabajo si no planeaba comprar nada.

Aún estaba esperando su llamada y por el tiempo que había pasado, Will dudaba a esas alturas que alguna vez fuera a recibirla.

—¿Me escuchas, Will?

—¿Hm?

Will parpadeó y miró a su viejo profesor.

—Decía que si querías entrar y ver el interior.

William hizo una mueca y el hombre se rió, comprensivo.

—Aún no me puedo creer que vaya a aceptar esto —dijo molesto.

—Es todo un desafío.

—Sinceramente no tengo la cabeza para ningún desafío.

Sí, era verdad.

Había perdido a la mujer de su vida por ser un estúpido y ahora sólo le quedaban las cenizas de un amor vacío, el dolor de lo que nunca llegó a ser y el anhelo de querer volver a verla.

—Eso suena más a un corazón roto —probó el profesor con una media sonrisa—. Siempre te creí un casanova.

—Siento decepcionarlo. Soy simplemente un estúpido.

—Todos lo somos alguna vez —aceptó él asintiendo con la cabeza aún con las manos en la espalda—, pero también hay que aprender a disculparse.

—Sí, lo sé —murmuró sin ganas de recibir ningún consejo.

Claro que lo sabía. Estaba dispuesto a arrodillarse y pedir su perdón si era necesario, pero ella no quería ni oír su voz, ¿cómo se disculpaba uno ante eso?

—Venga, entremos. El trabajo te ayudará a distraerte.

—Esto no es trabajo, de hecho no sé ni que es.

—Vamos, vamos —el hombre tiró de él hasta el interior de la lonja y William se quedó completamente petrificado en la entrada, incapaz de dar un sólo paso hacia el interior.

Estaba en ruinas y según le había dicho, había problemas con las paredes. Otro problema más, realmente.

—¿Qué has dicho que quieren construir aquí?

William miró a su profesor por el rabillo del ojo. El hombre sonreía visiblemente.

—Un restaurante —le recordó.

—Vegetariano —escupió él.

—Eso es —aceptó el hombre—. Restaurante vegetariano.

—Ya... —William suspiró—. ¿Y cuándo has dicho que conoceré al dueño de esta maravilla? —soltó irónicamente.

—Deja esa actitud. Sé que el desafío te encanta.

—No ahora ¿y cuando conoceré a los dueños? Aún no me lo has dicho.

—Pronto —rió el hombre—. Hoy tenían algo que hacer—, pero son muy buena gente.

—Ya... —masculló Will—. No lo dudo.

Capítulo 27

—Para ser honesta no tenía mucha fe en que pudiera quedar tan bien.

Kristine no respondió a su amiga, sino que contempló maravillada el resultado casi final de su restaurante.

Jonathan se había encargado de casi todo, no porque ella quisiera delegar en él ese trabajo, sino porque después de estar más de dos semanas cuidando a Anabel tras operarse de un tumor benigno en el estómago, su amiga le había pedido que fueran a descansar unos días a la playa. Sólo ellas dos y al final se había alargado otros quince días. Para entonces, la obra estaba muy adelantada y ella, tras una rápida visita una noche y ver que estaba todo levantado y que no tenía nada que decir al proyecto, decidió permitir que Jonathan se encargara de ello junto a su amigo arquitecto.

—Yo tampoco —admitió al final acariciando una de las sillas que rodeaban una mesa cuadrada.

—¿Te acuerdas cuando conocimos al arquitecto?

Kristine asintió con la cabeza.

—Pensaste que era muy viejo, ¿verdad? —rió ella al recordar la expresión de horror que le acompañó todo el día cuando aquel hombre de unos ochenta años

se presentó asegurando que dejaría aquel lugar como nuevo.

—No me daba confianza —admitió Anabel.

Kristine sonrió.

Pese a sus palabras, aquel día su amiga había estado todo el rato diciendo lo experto que parecía y que se vía a leguas que tenía muchísima experiencia. Kristine agradecía que hubiera tratado de animarla.

—Bueno, yo fui quien peor lo encajó.

—Sí.

—¡Era mi última esperanza!

Las dos rieron.

—Y todo es gracias a mi querido Jonathan —dijo Anabel agarrando del brazo a su pareja cuando éste entró al establecimiento apartando el móvil de la oreja.

—¿De qué habláis?

Kristine bufó débilmente y miró hacia otro lado sin contradecir a su amiga.

—Del arquitecto —explicó Anabel—. Para ser sinceras nos dio mucho miedo cuando lo conocimos pero ha hecho un trabajo increíble. Parece otro lugar.

—Parece magia —aceptó Kristine mirando a su alrededor con un nudo inexplicable en el estómago.

—¡Y eso que hubiera jurado que el hombre debía estar jubilado ya!

—De hecho lo estaba —dijo Jonathan distraído—. Era un favor y realmente no lo ha hecho él. Llamó a un antiguo alumno o algo así.

—Ey, ey, ey —llamó su atención Kristine—. ¡Dije que no podía permitirme otro!

—Tranquila —la animó Jonathan—. La tarifa es la misma.

Kristine lo miró desconfiada. Seguía sin creerse que alguien que hubiera dejado de aquella manera aquel minúsculo espacio lleno de problemas aceptase cobrar tan poco.

—Vamos, Kris, no te preocupes. Sea quien sea cobra lo mismo.

—Ya, bueno, si es así, no importa...

¡Y había quedado todo tan perfecto...!

—Puedes estar agradecida que el amigo de mi padre tuviera un alumno dispuesto a encargarse de la obra. Se lo pidió como un favor —explicó Jonathan dando un beso en la mejilla a Anabel. Kristine desvió la mirada con disgusto—. Al parecer quitar aquellas paredes que había ahí —señaló con el dedo hacia el fondo donde se encontraban los baños. No muy grandes pero servirían—, fue toda una odisea. Sostenían no sé qué y no podían quitarse pero él estudió otra forma de soporte o refuerzo o no sé qué y al final dieron los permisos.

—Ha quedado muy bonito —reconoció Anabel.

—Sí y al final le pedí que opinara sobre la decoración. Pensé que se negaría pero dio muchas opiniones y el resultado es este. ¿Contenta, Kristine?

Kristine rumió algo en voz alta, bufó un poco más y terminó asintiendo con la cabeza mientras miraba a otro lado. Fastidiaba, y mucho, que hubiera sido Jonathan quien se hubiera encargado de toda la supervisión y que el resultado hubiera sido ese. No tenía nada que objetar. Estaba perfecto, estaba precioso y en realidad dudaba que hubiera podido con la ansiedad de la presión.

—Hm —terminó diciendo de mala gana—. Supongo que tendré que agradecersele también al arquitecto, ¿no?

Y pagarle.

Ese había sido el acuerdo. Pagaría al final, cuando pudiera ver el resultado y no volvieran a engañarla como con la lonja.

—Oh, bien. Justamente he quedado con él... —Revisó el reloj de su muñeca— pues estará para llegar porque además suele ser muy puntual.

—Oh, genial —respondió Anabel por ella—, yo también tengo ganas de conocerlo. ¿Es joven?

Kristine puso los ojos en blanco.

—No empecemos, Ana.

—Pues es joven, sí —rió Jonathan viendo las intenciones de su novia—, y yo diría que guapo.

Kristine bufó.

—No estoy interesada.

Por lo que a ella respectaba, el amor estaba muerto en su vida. No quería volver a enamorarse, ni siquiera quería intentar conocer a alguien. Para ser honestos aún tenía una espinita por los sentimientos que albergaba por William.

—Oh, ya está aquí.

Kristine se giró con una sonrisa al escuchar el tintineo de las campanillas que había puesto en la puerta para poder saber cuando entraba un nuevo cliente y se quedó completamente de piedra al ver a William cruzar las miradas con ella con los ojos muy abiertos, sorprendido.

Capítulo 28

—¿Qué haces aquí?

Kristine parpadeó, recobrándose de la sorpresa cuando escuchó hablar a su amiga con rabia dando un paso hacia Will que también pareció recuperar la compostura.

—Ana, es el arquitecto, ¿qué te ocurre?

Hasta Kristine podía notar el ambiente tenso que se había creado alrededor y los envolvía completamente pero sobre todo, Kristine se sorprendió de escuchar que había sido Will quien se había encargado del local.

—Señor Asert, ella es Kristine Hersen, la dueña... aunque supongo que ya os conocéis...

La voz de Jonathan se fue apagando despacio al ver como William sin dirigirle la mirada pasó por su lado, acortando las distancias con ella y Kristine se puso rígida al ver que iba directamente hacia ella. O lo hubiera hecho si Anabel no se hubiera interpuesto en su camino, obligándole a detenerse y desviar la mirada hacia ella.

—Te dije que no la buscaras —dijo furiosa cruzando los brazos sobre el pecho.

—También dijiste que se había ido de la ciudad —le recordó él con aspereza.

Kristine los escuchó aún más asombrada, ignorando la forma en la que palpitaba su corazón al volver a ver a William pero comprendiendo varias cosas en la pequeña conversación cargada de reproches que él y su amiga estaban teniendo, excluyéndola igual que a Jonathan que parecía confuso con la situación y ligeramente avergonzado por la escena.

Lo que primero entendía era que William y Anabel debían haberse visto. Y por lo que decían más de una vez aunque no estaba segura de como se sentía al respecto.

Lo segundo era que Will la había estado buscando.

Y por último que si en algún momento había creído que había superado lo de William y que ya no lo quería, había bastado volver a verlo, sólo una vez más y un instante par darse cuenta que estaba muy equivocada.

—Suficiente —pidió ella levantando la voz para que los dos se callaran—.

¡Basta ya!

William la miró y Kristine se apresuró a apartar la mirada de aquellos intensos ojos verdes.

—Tienes razón, Kristine, vámonos de aquí. Jonathan se puede encargar del resto.

Sí, podía, tal y como había hecho hasta ahora.

Anabel se acercó a ella y la rodeó por los hombros, tirando de ella hasta la puerta. Durante unos instantes la siguió con toda la información sobrecargando su cerebro.

—Espera —pidió William agarrándola suavemente del brazo—. Tenemos que hablar.

—¡No tiene nada que hablar contigo!

Anabel lo fulminó con la mirada.

—Es con ella con quien quiero hablar —dijo él con el mismo tono áspero de

antes haciendo que todo el cuerpo de Kristine vibrara y contuvo la respiración cuando sus ojos se desviaron de nuevo hacia ella—. Sólo quiero decirte algo, Kristine...

—¡Te he dicho...!

—Ana, espera.

Anabel giró bruscamente la cabeza para mirarla.

—¿Vas a hablar con él? ¿Es que te has olvidado todo lo que ha pasado?

Kristine abrió la boca para replicar. Agradecía lo que su amiga había hecho y lo que intentaba hacer pero no era fácil desde otro punto de vista, desde su punto de vista cuando era ella la implicada. Ella lo había aceptado, reconocía que el amor o los sentimientos no desaparecían de golpe por mucho que se sintiera dolida en su momento. Anabel debía saberlo mejor que nadie después de perdonar a Jonathan. Con un suspiro buscó la manera más suave de explicárselo, de pedirle que les dejara un momento de intimidad para hablar ya fuera lo que William quisiera decirle, pero no tuvo la necesidad de decirle nada.

—Anabel, nos vamos.

Jonathan se acercó a ellos y agarrando de la mano a su mujer, tiró de ella sacándola fuera del restaurante.

—¡Pero...! —protestó ella que después de la sorpresa comenzó a zarandear el brazo de Jonathan—. Suéltame.

—No lo voy a hacer. Los dejamos solos que contigo no van a poder hablar.

—¡No hay nada que tengan que decirse!.

—No es a ti a quien corresponde decidirlo —respondió Jonathan con un tono duro saliendo por la puerta, echando un vistazo antes de dejar que se cerrara y los dejara solos en el interior—. Lo siento.

Y sin esperar respuesta, apartó la mano que sostenía la puerta y desapareció.

Fue en ese momento que Kristine notó la tensión que había entre ella y Will, incluso sintió la rigidez de los músculos de los hombros, de los brazos y las piernas pero se obligó a girar la mirada hacia los brillantes ojos verdes de él.

—Te he echado de menos —soltó él haciendo que sus débiles barreras

cedieran de golpe y retrocedió un paso para intentar conseguir algo de espacio y de aire que le negaba su proximidad.

—¿Qué? —logró preguntar.

William dio un paso hacia ella.

—Estuve muy ciego y necesité tiempo para darme cuenta que no sólo era sexo lo que quería contigo.

—Espera —pidió ella incapaz de asimilar lo que comenzaba a entender que desembocaban sus palabras.

William dio otro paso hacia ella.

—Me negaba a querer, me negaba a querer para que no me volviesen a herir pero apareciste tú y lo pusiste todo patas arriba.

—Espera.

—William dio otro paso y Kristine se obligó a retroceder para que él no pudiera alcanzarla.

—Te quiero.

Kristine contuvo ruidosamente la respiración, abriendo mucho los ojos y no tuvo tiempo de retroceder antes de que William salvara la pequeña distancia que los separaba y se detuvo frente a ella, inclinando un poco el cuello para que sus miradas se encontrasen a escasos milímetros.

—No...

Kristine trató de negar con la cabeza, trató de poner en orden sus pensamientos, pero no podía. Desde esa distancia sentía la calidez de su aliento haciendo cosquillas en su piel, podía oler el perfume que emanaba de su cuerpo, el calor de su piel y cerró los ojos, demasiado cautivada por las emociones que le provocaban.

—No quiero vivir sin ti.

—No...

Kristine pidió tiempo levantando una mano entre ellos pero teniendo cuidado de no tocarlo.

—No puedo vivir sin ti...

—Lo has hecho muy bien hasta ahora —replicó ella sin apartar la mano.

—Eso no ha sido vivir.

—Espera, no lo entiendes —murmuró ella sofocada.

—¿No lo entiendo?

Kristine respiró hondo, buscando la manera de calmarse.

—No puedes venir después de tanto tiempo y soltarme eso.

—Sólo digo lo que siento.

—¡Lo que sea! —gruñó ella—. Yo ya te he olvidado —mintió, arrepintiéndose un segundo después de haberlo soltado cuando vio el dolor reflejado en sus hermosas pupilas.

—No te creo —dijo él tras una corta pausa.

William dio un paso más, obligándola a retroceder hasta chocar contra la pared y la retuvo allí, acorralándola entre su cuerpo con las manos apoyadas cerca de su rostro, apoyadas en la pared.

—Es... es la verdad —insistió ella sin una pizca de convicción.

—Entonces... —susurró él cerca de su oído convencida de que podría escuchar el fuerte latido de su corazón—, ¿por qué estás temblando?

Kristine sintió como se sonrojaba con violencia y miró espantada a William que volvió a mirarla, clavando unos ojos cargados de cariño y deseo en ella que hicieron que toda la coraza que había intentado fingir se desmoronara y sin pensarlo dos veces pasó los brazos por su cuello y lo besó, primero con timidez pero cuando vio que él respondía a aquello casi con ferocidad, como si hubiera estado hambriento de ello, se apretó con fuerza a él y se permitió saborear la calidez de su boca con ansias.

Lentamente los labios de él se apartaron de los suyos, hinchados y enrojecidos y comenzó a besarle el cuello y los hombros mientras deslizaba una mano dentro de su camiseta.

Sin dudarle, Kristine los apartó con una mano firme, obligándolo a mirarla de nuevo.

—¿Qué...? —preguntó él con la mirada turbia del temor a que todo hubiera sido un espejismo.

Kristine se mordió el labio buscando una vez más las palabras adecuadas para decir lo que quería.

—Puede que te siga queriendo —aceptó despacio, viendo sobrecogida como los ojos de William se iluminaban contentos y se obligó a desviar la cara para no seguir mirándolos—, pero...

—¿Pero?

—No va a ser todo tan fácil —dijo tajante muy segura de si misma.

—¿A qué... te refieres?

—Me has hecho sufrir mucho.

—Lo siento.

Kristine movió una mano delante de su cara tratando de no demostrar los nervios y la inseguridad que sentía, tratando de mostrarse fuerte y decidida.

—No importa —siguió tomando aire—. No estabas obligado a corresponder mis sentimientos.

—Pero te quiero —repitió él como si tuviera la urgencia de recordárselo.

Kristine cerró unos segundos los ojos.

—No se trata de eso...

—Te quise antes pero no quería reconocerlo.

—Querías acostarte conmigo.

—Sí, es verdad —aceptó él sin dudar haciendo que Kristine le lanzara una lánguida mirada. William sonrió—, pero también es algo que quiero ahora.

—¡Eh!

—¿Qué? ¿Qué tiene de malo desear y querer acostarte con la mujer que amas?

Kristine abrió la boca para replicar pero al ver que no tenía nada que decir, la volvió a cerrar, puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos.

—Para empezar —dijo de golpe—. No pienso acostarme contigo ahora.

—Ya.... lógico.

—Y mucho menos en mi restaurante.

—Vegetariano.

Kristine se puso de morros.

—¿Qué problema tienes con lo vegetariano?

—¿Tú sabes dónde has puesto el restaurante?

Kristine miró alrededor sin entender y luego se encogió de hombros.

—Claro, yo lo he comprado.

—¿Y tenía que ser aquí?

Kristine lo miró rencorosa, rememorando lo que había pasado cuando entró por primera vez en aquel lugar.

—¡Era lo más barato que encontré! ¿Crees que soy millonaria?

—Ni siquiera se me pasa por la cabeza tal cosa pero mira la ubicación, ¿no lo había más escondido?

—Seguía siendo más barato.

—¡Y encima un restaurante vegetariano! ¿No puede ser al menos uno normal?

—¿Normal? Soy vegetariana, ¿recuerdas? ¿Eso significa que piensas que no soy normal?

William la miró unos instantes y luego sonrió, desviando la mirada para contener la risa.

—Ey... —musitó ella de pronto de muy mal humor.

William levantó una mano para pedirle un segundo. Cuando volvió a mirarla aún sonreía.

—En serio...

—¿Te parece muy gracioso?

—Lo que me hace gracia es que después de tanto tiempo buscándote, lo único que hacemos es discutir por tu restaurante.

Kristine lo miró fijamente. ¿No había dicho después de tanto tiempo buscándola? Hizo un mohín y sonrió también.

—Te demostraré que mi cocina es muy buena y no podrás decir nada.

—¿Vas a cocinar para mí?

William parecía animado de pronto.

—Sí. Ven a cenar a mi casa.

—No sé donde vives —soltó William de pronto ensombreciendo la mirada—. Te mudaste.

—Es verdad... mi piso actual es más pequeño. La renta, ya sabes —puso los ojos en blanco—. Ven, te daré mi dirección. ¡Y tenemos que hablar del pago!

—Oh, eso. Creo que no te cobraré. Por ser tú.

Kristine echó a andar hacia la puerta, sorprendiéndose cuando sintió los dedos de él entrelazándose con los suyos y sin siquiera mirarla, tiró de su mano hacia la salida.

—Ni hablar —dijo Kristine con una sonrisa—. No tiene nada que ver mi restaurante con nosotros.

—¿Con nosotros? —se interesó él inclinándose hacia ella cuando el sonido de las campanas se escuchó al abrir la puerta y le dio un beso en la mejilla.

—Bueno —se hizo Kristine la interesante arrastrando deliberadamente la

palabra—. Si es que al final hay un nosotros.

Capítulo 29

—Si sigues poniendo esa cara te vas a envejecer antes —le aseguró Kristine a Anabel que no había dejado de aplastar el peluche en forma de corazón que le había regalado William el día de San Valentín.

—Aún no me lo puedo creer —rumió su amiga dando un puñetazo a la pobre víctima.

—¿Qué parte? Y dame el peluche que tengo que meterlo en la caja.

—¿De verdad te vas a mudar con él?

—Sí.

Kristine sonrió sin poder evitarlo y Anabel frunció el ceño, inquisitiva ante su reacción.

—¿Así sin más?

—En realidad es algo que hemos hablado desde hace un tiempo.

De hecho lo habían hablado el mismo día que se habían reencontrado hacía seis meses en su restaurante.

No habría sexo.

Esa era la condición que Kristine le había impuesto para aceptar salir con él. En aquel momento había sido una decisión muy meditada ya que después de encontrarse a solas, Kristine había tenido dudas de que realmente William no intentara acostarse con ella sin más y sólo fuera una táctica. No lo creía pero no había podido pensar en ello.

Él la había aceptado pero con una condición.

Si él tenía que aguantarse seis meses de abstinencia, ella después de ese tiempo tendría que irse a vivir con él.

Kristine también había aceptado.

Y aunque no lo parecía estaba realmente nerviosa.

La idea de irse a vivir con él no le desagradaba. Habían sido seis meses increíbles desde que habían empezado a salir y aunque aún chocaban mucho en el tema de la comida, William solía ir todos los días después del trabajo al restaurante y se quedaba con ella hasta que cerraba y la acompañaba a casa.

Nunca subía y cuando Kristine un día le invitó a subir, extrañada de que siempre se despidiera en la puerta del portal con un casto y rápido beso en la mejilla, la respuesta de él la había sorprendido aunque no lo suficiente como para escandalizarse, posiblemente porque ella se sentía igual.

—Imposible —le había dicho—. Si subo no me conformaré con un beso.

Y tras eso, se había dado la vuelta y se había alejado hacia el coche.

Y aquella noche no sólo sería la primera que pasaría en su casa, sino que sería la primera que pasaría en su cama y que compartiría con él.

Y estaba realmente nerviosa.

—¡Kristine!

—¿Si?

—No me escuchas.

—Déjalo. Tú te fuiste a vivir con Jonathan antes que yo.

—Ese no es el punto. No me gusta Will.

Kristine bufó.

—A mí Jonathan tampoco.

—No seas cruel. Jon ya no sabe que hacer para que no le mires como si fuera un demonio.

—No comportándose como un demonio.

—Já.

Y posiblemente hubieran empezado un absurda discusión donde Kristine le habría dicho que no le convenía estresarse tanto en su estado si no quería cometer la locura de perder al bebé si no hubieran llamado al timbre en aquel momento.

Kristine se alegraba mucho por su amiga pero había estado más tensa que ella las primeras semanas por miedo a que sufriera un aborto más pero por ahora aguantaba y aunque el médico le había pedido que tratara de no hacer ejercicio y reposara todo lo posible, Anabel tenía la confianza de que esta vez sí lo conseguiría.

—Voy a abrir.

—Será Jonathan. Dijo que haría unas compras y pasaría a buscarme.

—Claro.

Kristine abrió la puerta y miró con ojeriza a Jonathan que la saludó con una sonrisa cordial antes de volverse hacia William que parecía encantado.

—¿Preparada?

—¿No venías a recogerme a las ocho?

—Oh, decidí dejar el trabajo antes.

Kristine lo miró sorprendida sin prestar atención a Jonathan que se tomaba la confianza de entrar sin permiso a su casa en busca de su mujer.

—¿Por qué? Sólo son... —miró el reloj—. Las cinco...

—Ya —aceptó él mirándola de aquella forma que le había visto hacer cuando se encontraban solos y él evitaba de la manera posible no tener un roce accidental con ella—, pero no podía aguantar más.

Podía haber significado cualquier cosa, sí, pero Kristine notó como se sonrojaba hasta las orejas y se giró completamente, hiperventilando.

—Ayúdame con las últimas cajas —pidió en un hilo de voz.

Terminar de bajar las últimas cajas fue un espectáculo. Anabel trató de coger una de ellas, sin peso, y Jonathan se la arrancó de las manos literalmente haciendo que Anabel se enfadara, le dijera que estaba embarazada que no era una inútil y luego se echara a llorar. Jonathan había ido corriendo a consolarla y pedirle perdón pero visto que no quería estar con él, Kristine había tomado su lugar, animando a su amiga y hasta buscando un repertorio lo más suave

posible para referirse a su marido sin parecer realmente falsa. Al final, Anabel se había echado a reír.

—Será mejor que no sigas intentándolo —le había aconsejado su amiga secándose las últimas lágrimas—. Suena muy extraño que hables bien de Jonathan.

—Muy graciosa.

Al final, cuando había conseguido entrar en el piso de William, se sentía psicológicamente exhausta.

—Bueno, ya estamos en casa —dijo él acercándose a ella y le acarició los brazos por detrás mientras apoyaba la cabeza en su hombro—. ¿Quieres tomar algo?

Kristine lo miró de reojo.

—No, ya sabes que no bebo alcohol.

—También he comprado zumos extraños de esos que tanto te gustan

Kristine entrecerró los ojos.

—¿Quieres empezar una pelea? —preguntó en broma.

—No —dijo él muy suavemente en el oído—, quiero hacerte el amor.

Kristine notó como se estremecía violentamente mientras los labios de él rozaban su nuca y descendían por el cuello mientras sus manos comenzaban a quitar su ropa.

—¿Quieres hacerlo en mitad del pasillo?

—Estamos en el salón.

—¿Entonces quieres hacerlo en el salón?

—No —respondió él con voz ronca y sin previo aviso la agarró y la levantó, llevándola en brazos hasta el dormitorio.

—Espera, ¡puedo caminar!

Sin responderla, Will la dejó con suavidad en la cama y se sentó a horcajadas sobre ella, terminando de desabrochar su blusa y tras observar sus pechos con el agitado movimiento de su respiración, se quitó el jersey y la camiseta, mostrando un torso perfectamente moldeado con un ligero vello oscuro que sobresalía en su vientre.

Sin pensarlo, Kristine levantó la mano y acarició la parte de su ombligo, recorriendo la piel desnuda hasta deslizar la yema de los dedos por encima de la tela del pantalón allí donde se marcaba la fuerte erección.

—Muéstrame —pidió desinhibida.

Sin responder, William se desabrochó los pantalones y apartándose lo justo para poder quitárselos, volvió a sentarse sobre ella, mostrando el grueso pene duro y erecto. Despacio, Kristine levantó la mirada hasta encontrarse con la mirada turbia por el deseo de William y se relamió, alcanzando el miembro con las manos y empezando a masajearlo.

—Espera —murmuró él con voz débil, apartando su mano con cuidado—. No necesitas hacer eso.

—Pero me apetece hacerlo.

William sonrió, inclinándose hacia ella y la besó dulcemente en los labios.

—Hoy no —pidió él—, ¿seis meses no es suficiente tiempo de tortura?

Kristine abrió mucho los ojos y soltó una carcajada revolviéndose bajo su cuerpo.

—Vale —aceptó—. Hagámoslo hoy a tu ritmo.

—Soy un hombre muy simple —rió él en su oído, empujando su sujetador hacia arriba mientras abarcaba uno de sus pechos entre las manos y pellizcaba el duro pezón.

Kristine dejó escapar un jadeo al sentir el duro miembro de Will golpeando su vientre y levantó las rodillas, lamentando no haberse quitado la falda antes de terminar en esa postura. Sentía como toda la sangre de las venas comenzaba a hervir y se aferró con fuerza al cuello de Will, aceptando sus caricias y sus besos, la manera tan tortuosa que recorrían sus labios sus pechos o mordía sus pezones.

—¿Y tú hablas de tortura? —jadeó ella con la voz entrecortada,, tirando de los cabellos de William cuando tiró con los dientes de la cinturilla de la falda.

William la miró, levantando apenas un poco la cabeza de su vientre y Kristine ahogó una exclamación cuando las manos del hombre levantaron suavemente la falda, acariciando deliberadamente sus piernas y notó como sus dedos se deslizaban entre sus bragas y acariciaba con ellos su palpitante y húmedo sexo.

Desesperada, Kristine arqueó la espalda y se mordió los labios con fuerza hasta sentir el sabor amargo de la sangre cuando él enterró la cabeza entre sus piernas, bajando las bragas.

—¡Will! —suplicó, intentando liberarse de él—. Por favor...

Kristine escuchó una risita y notó como Will se enderezaba, volviendo a besar sus pechos y alcanzó su rostro, besando su mejilla una vez antes de deslizar la lengua entre sus labios.

—¿Recuerdas el tiempo que me has hecho sufrir a mí?

—¡No seas vengativo!

William volvió a reír y volvió a besarla, buscando la postura más cómoda hasta que notó la presión de su pene contra ella antes de penetrarla suavemente, arrancando de sus labios un gemido y William volvió a besarla,

hundiéndose en su interior y permaneció inmóvil unos segundos, mirándola, antes de comenzar a moverse rítmica y suavemente a principio y más rápido después, arrancando pequeños gemidos de placer que se escapaban de sus labios hasta que notó como al fin llegaba al ansiado orgasmo, segundos antes de sentir como el cuerpo de William se estremecía y eyaculaba en su interior.

—Ha sido... —musitó ella cuando William se hizo a un lado, abrazándola con fuerza—, increíble.

—Si quieres lo hacemos otra vez —sugirió él besando su nuca.

Kristine le dio un codazo, arrancando de los labios de Will un quejido.

—Ni siquiera he sacado mis cosas de las cajas —protestó ella con una sonrisa que Will no llegó a ver.

—Qué cruel.

—Además —dijo Kristine borrando lentamente la sonrisa al mover las piernas —, no hemos usado condón, ¿verdad?

Entrecerró los ojos al notar como William apretaba con más fuerza los brazos alrededor de su cintura y besaba su nuca.

—No.

Kristine respiró hondo.

—¿Por qué?

—La idea era cena romántica, charla seductora y luego a la cama... hacerlo nada más llegar no estaba previsto y no tenía nada preparado.

—¿Esa es tu excusa?

—No, no es una excusa, sólo digo la verdad.

Kristine bufó. Realmente no le daba demasiada importancia... al menos a ella no le preocupaban las consecuencias que podía tener un acto tan descuidado pero le asustaba que William no pensara en esa posibilidad.

—Sabes que puedo quedarme embarazada, ¿verdad?

Y aunque lo intentó, no pudo evitar contener brevemente la respiración.

—¿Quieres que empecemos a pensar en nombres por si acaso?

—¡Will!

Kristine volvió a darle otro codazo, más relajada.

—Vamos, un hijo no es tan mala idea —insistió él haciendo que Kristine notara una nueva oleada de calidez.

Familia...

No, no era tan mala idea tener una familia. Su propia familia.

—No... —musitó acariciando la mano que Will apretaba contra su cintura—, no lo es.

—Aunque primero deberíamos pensar en casarnos.

—¡Eh! ¡No te pases!

Kristine escuchó la risa de Will en su cuello.

—Por cierto, mi familia quiere conocerte de una vez, ¿vamos a comer con ellos el domingo?

—Hmmm —murmuró ella como si realmente pensara en ello aunque hacía tiempo que había decidido ir a conocerlos—. Tal vez.

William volvió a besarla en el cuello.

—¿Estás segura que no quieres volver a hacerlo?

Kristine puso los ojos en blanco, sonriendo.

— No sé... —dijo revolviéndose con una sonrisa—. Convénceme.

FIN

